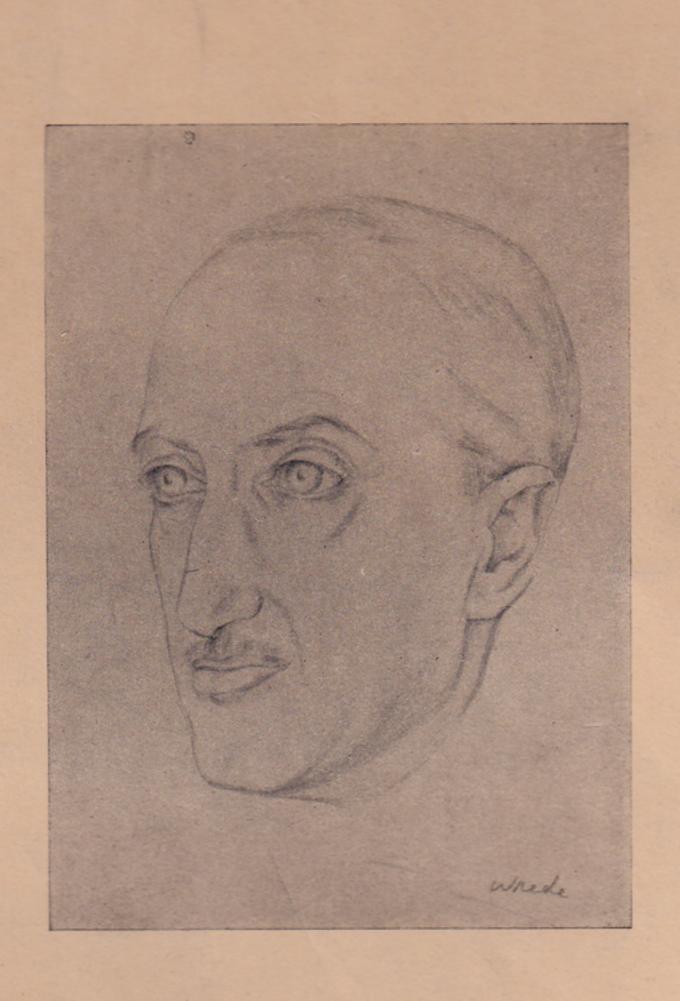
IOSANALES

DE BUENOS AIRES

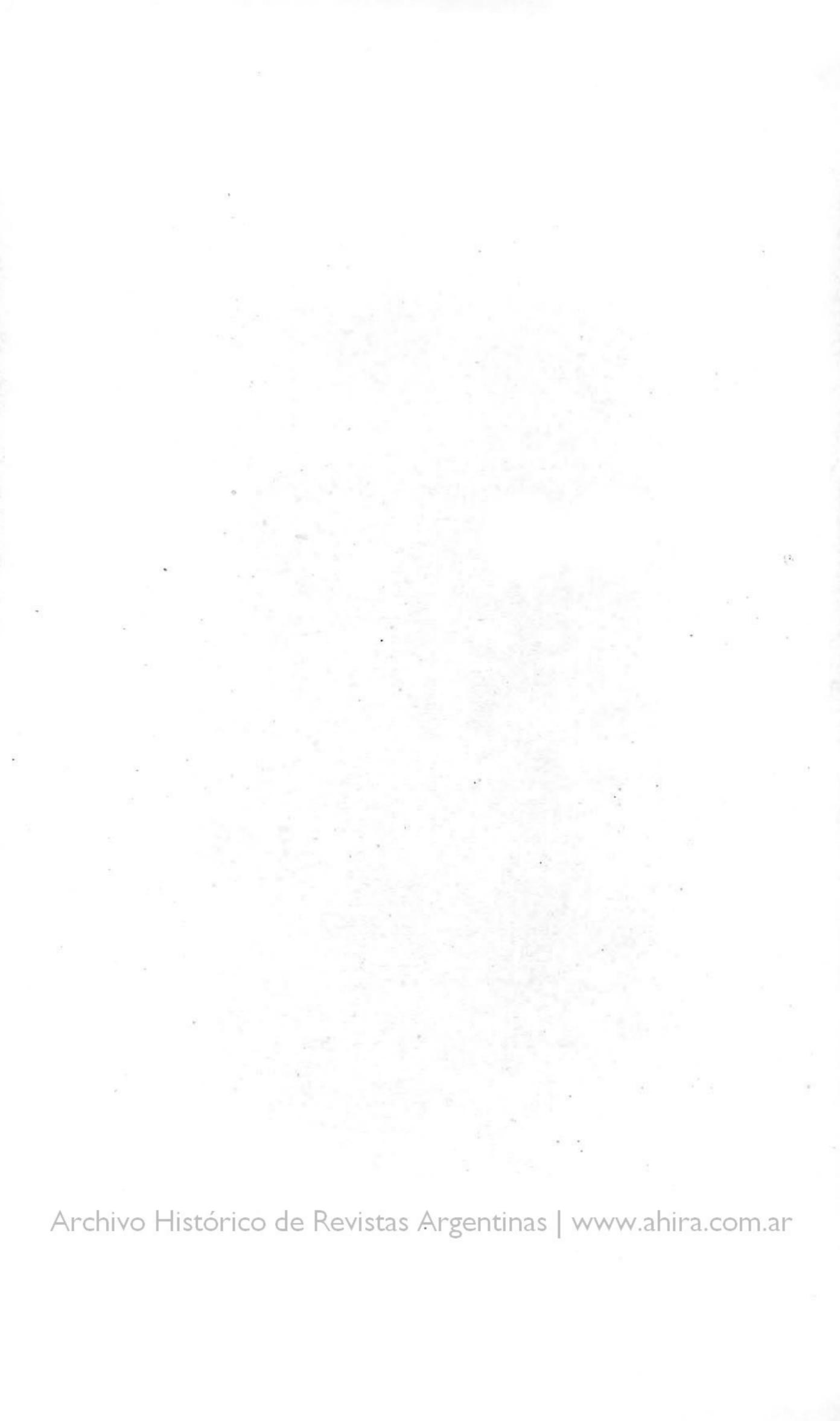


DESPLEGADO

EN ESTE NÚMERO COLABORAN

JULIO CORTAZAR
LUIS DE PAOLA
MIGUEL D. ETCHEBARNE
ANTONIO ESPINA
NEWTON FREITAS
CECILIA INGENIEROS
CÓRDOVA ITURBURU
ARTURO MARASSO
ANDRÉ MAUROIS
MARTHA MOSQUERA EASTMAN
SILVINA OCAMPO

BARRY PEROWNE
MANUEL PINEDO
LUIS M. RAVAGNAN
ALBERTO MARIO SALAS
ARTURO SANCHEZ RIVA
MARCEL THIEBAUT
GLORIA ALCORTA GIRONDO
NORAH BORGES
CARIBÉ
JONQUIERES
JULIA PEYROU
MARIE ELISABETH WREDE



LOS ANALES

DE BUENOS AIRES

ASESOR: JORGE LUIS BORGES

DESPLEGADO

SUMARIO

ANDRE MAUROIS: CLIMAS DEL AMOR MODERNO .	3
SILVINA OCAMPO: LA FUENTE DE SALDAN	20
BARRY PEROWNE: PUNTO MUERTO	22
ARTURO MARASSO: CERTIDUMBRE DE UNA PRE-	
SENCIA	33
MIGUEL D. ETCHEBARNE: EL CUCHILLO	38
JULIO CORTAZAR: BESTIARIO	40
ANTONIO ESPINA: ELLAS Y QUEVEDO	53
LUIS DE PAOLA: PERFIL DE ALMAFUERTE	58
CECILIA INGENIEROS: LA DANZA HECHA POESÍA	
EN CLOTILDE Y ALEJANDRO SAKHAROFF	73
CORDOVA ITURBURU: POEMA	78
NEWTON FREITAS: DESTINO DEL MAR	80
LUIS M. RAVAGNAN: EL SENTIDO DE LA SOLEDAD	90
MARCEL THIEBAUT: BIBLIOTECA	92
MANUEL PINEDO: PINTURA	96
ARTURO SÁNCHEZ RIVA, ALBERTO SALAS,	
MARTA MOSQUERA EASTMAN: Los LIBROS	99

PORTADA: MARIE ELIZABETH WREDE

ILUSTRACIONES: GLORIA ALCORTA GIRONDO, NORAH BORGES, CARIBÉ, JONQUIERES, JULIA PEYROU

Dirección Editora: LOS ANALES DE BUENOS AIRES

ANUARIO

GRAN GUIA GENERAL DE AMERICA DEL SUD

Fundado en 1885

COMERCIO, INDUSTRIA, AGRICULTURA, GANADERÍA, PROFESIONALES, ADMINIS-TRACIÓN PÚBLICA.

ARGENTINA - BOLIVIA - BRASIL - COLOMBIA CHILE - CUBA - ECUADOR - MÉXICO - PANAMÁ PARAGUAY - PERÚ - URUGUAY Y VENEZUELA. SECCIONES ESPECIALES DEDICADAS A EE. UU. DE NORTEAMÉRICA Y EUROPA.

5 Volúmenes - 7.000 páginas 3.000.000 de direcciones

> ADMINISTRACIÓN: EDIFICIO KRAFT

RECONQUISTA 319/27 ♦ T. A. 31 - 3411 ♦ BUENOS AIRES
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CLIMAS DEL AMOR MODERNO

Señores, Señores:

Antes de entrar en el tema de esta conferencia desearía poder manifestarles la alegría con que un escritor francés, luego de haber recorrido 15.000 kilómetros de vuelo, atravesado un océano, volado sobre montañas, sobre planicies infinitas, encuentra de pronto un gran país amigo, una ciudad que, por su orden y su belleza, le hace recordar París, y sobre todo hombres y mujeres cuya familiaridad con la literatura francesa es tal que, de inmediato, la conversación se hace fácil, vivaz, como si las riberas del Río de la Plata continuasen los bordes del Sena.

El único punto negro en este cuadro es la dificultad extrema del primer tema que se me ha pedido que trate ante ustedes: Clima del amor moderno.

Les confieso que me he sentido atemorizado y no me es posible abordar semejante tema, tan delicado, tan complejo, sin llamarles la atención sobre algunos puntos preliminares. Por lo pronto, no me permitiré hablarles sino de las naciones que yo mismo he observado, es decir Francia y los países anglosajones. La historia de los sentimientos en el país de ustedes pertenece a sus escritores y es a ellos a quienes acudiré para que me la hagan conocer.

En una de las universidades estadounidenses donde he enseñado, un profesor dictaba un curso sobre el matrimonio. Como el tema me interesaba, asistí un día a una de sus clases. Por la noche, al encontrar a su mujer, le dije: "¿Sabe? Esta mañana estuve en la clase de su marido sobre el matrimonio." Se encogió de hombros y me respondió: "¡Pobre hombre! ¡El matrimonio! Antes sería necesario que conociera algo de ese asunto . . . !"

De igual manera tendrían ustedes el derecho de decirme: "¿El amor moderno? Pero, señor, ¿está usted tan seguro de conocerlo...?" La respuesta es: "¡No! Más aún, estoy seguro de no conocerlo y sólo les hablaré de él como un novelista que ha leído muchísimo a sus colegas y sobre todo a los más jóvenes de entre ellos.",

Finalmente se me podría hacer una última objeción y decirme: "¿El amor moderno? ¿Existe acaso un amor moderno? ¿Qué quiere decir eso? Se puede estudiar la física moderna, la de los electrones,

protones y neutrones, pues es realmente muy diferente de la física del siglo xix. Pero, ¿el amor? ¿No es el amor un sentimiento eterno que depende de la naturaleza de los seres humanos, de la división de la especie en dos sexos, y que perdurará tanto como haya hombres y mujeres? ¿No vemos al leer las grandes obras de todos los tiempos que en todas las civilizaciones y en todas las épocas se presentan las mismas situaciones sentimentales? ¿No se reproducen acaso los dramas de la antigüedad, a la letra, en nuestras novelas y hasta en las noticias diarias de los periódicos?

Tomemos un ejemplo. Hubo en Grecia, hace tres mil años, durante la guerra de Troya, una mala esposa, Clitemnestra, que tomó un amante, Egisto, mientras su marido, el rey Agamemnón, estaba en el frente. Cuando Agamemnón regresó, su mujer y el amante de ésta lo mataron. Naturalmente, los hijos de Agamemnón se pusieron de parte de la memoria de su padre, y en particular su hija, Electra, impulsó al hijo, Orestes, a vengar el asesinato del rey. Bien... He ahí una historia de amor antigua. Pero ella ha podido ser transportada con exactitud por el dramaturgo norteamericano Eugenio O'Neill, sin alterar en nada las situaciones relativas de los personajes, en una historia de amor que ocurre durante la guerra de Secesión, y continúa siendo verosímil, humana. Este drama, llamado "Mourning becomes Electra", ha sido representado recientemente en París por la actriz Margherite Jamois y en ningún momento tuvo el público la impresión que se trataba de sentimientos inverosímiles.

Esto no es todo. La guerra de Secesión nos deja todavía en 1860, pero un novelista norteamericano, James Cain, ha escrito una novela, El cartero llama dos veces, que es asimismo la aventura de Agamemnón, transportada esta vez a nuestros días y a un medio popular. Agamemnón se convierte en un griego norteamericano, propietario de una estación de servicio en California; lleva a su casa un empleado que se enamora de la mujer del patrón; ésta, que también lo ama, le sugiere que mate al marido, a fin de que esa pareja de asesinos pueda reinar sobre su pequeño negocio tal como Clitemnestra quería reinar con Egisto sobre Argos y Micenas. Esto ha dado argumento a una cinta que es aceptada, sin un murmullo de sorpresa, por las multitudes "modernas" del mundo entero. ¿Qué diferencia hay, en este ejemplo, entre el amor antiguo y el amor moderno?

Otro ejemplo: Recientemente he vuelto a ver, en la Comédie Française, la admirable Andromaque de Racine, que no es sino una transposición de dramas antiguos. ¿Tenía el público la impresión de que se trataba de sentimientos pretéritos? De ninguna manera. Sigue siendo verdad, ¡ay!, como en los tiempos de Racine, que la mu-Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

jer que amamos no es siempre aquella que nos ama; sigue siendo verdad que es un movimiento absurdo, pero natural, el de perseguir lo que se nos escapa y desdeñar lo que se nos ofrece demasiado fácilmente. Es una idea que Proust, autor moderno, ha expresado como Racine. Uno de mis colegas franceses solía afirmar que nada es más sencillo que hallar el tema de una novela. Basta, decía, tomar la situación de una de las tragedias de Racine o de uno de los grandes dramas de la Biblia y elegir luego un ambiente pintoresco. Según eso, no se necesita, para escribir un libro, nada más que una buena guía del país elegido. Verdad es que podrían ustedes retomar exactamente la historia de *Andromaque*: A. ama a B.; B. ama a C.; y C. ama a D. que no ama a nadie, fiel a un recuerdo o a un voto y, situando esta aventura en Alaska o en Hiroshima, escribirían quizás una excelente novela. En todo caso, no sería ella inverosímil.

Abran ahora la *Odisea*. Relean toda la historia de Penélope, que es lo contrario de la Clitemnestra, la historia de la esposa fiel que no quiere engañar al marido ausente, pero que al mismo tiempo no puede, por razones de seguridad, enemistarse abiertamente con los pretendientes que la cortejan, y verán cómo sus elementos permanecen siendo verdaderos.

Ulises es el eterno veterano que regresa al hogar, respetado por las mujeres y hasta amado por ellas debido a su valor, pero eso no obstante exasperante para ellas, porque no habla sino de sus campañas, no piensa sino en sus compañeros de armas y ha adquirido hábitos nuevos y brutales. Se podría sacar de la Odisea una comedia moderna: El regreso del veterano, y sería buena. Del mismo modo sería posible transportar a la Grecia antigua historias de guerra ocurridas en la Francia de hoy. Por ejemplo, ese drama conmovedor del que he sido testigo en un pueblo vecino al mío. Una mujer, muy fiel, como Penélope, aguardaba el retorno de su marido prisionero. Una mañana el Alcalde le anuncia que el marido regresará durante el día. La mujer prepara la mesa para dos, la adorna con flores, y luego sale a buscar los platos preferidos del marido. El marido llega mientras la mujer se halla ausente. Ve la mesa preparada para dos; cree que su mujer vive con otro hombre; y se marcha. La mujer no lo ha vuelto a ver nunca más. Coloquen esta historia en el tiempo de los griegos: será una segunda partida de Ulises que no tendrá nada de inverosímil.

Naturalmente, todo cuanto acabamos de decir sería más verdadero aún en el caso de novelistas más recientes, como Stendhal y Balzac. Hace poco he releído La cousine Bette; he reconocido allí a numerosos personajes de nuestra época. El viejo enamorado de una mujer joven y que, no pudiendo inspirar amor, se esfuerza por comprarlo, como si el amor pudiera venderse, se arruina en ese jue-Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.anira.com.ar

go sin esperanza y compromete además su honor; los odios y celos de los hombres, mucho más violentos aún y más duros que los de las mujeres; la paciente destrucción de un hogar por una solterona agriada; la mujer honesta acechada por el cínico, que espera el momento en que ella lo necesitará; todo eso podemos observarlo en todos los países y en todas las épocas, en las comedias de Plauto como en las de Molière, como en las de Salacrou o de Marcel Achard, y también en los diarios, pues esas pasiones están ligadas a la belleza, a la vejez, a la juventud, al deseo, a la venalidad, cosas todas que no varían. Relean los Secrets de la Princesse de Cadignan, esa historia de la conquista de un gran hombre ingenuo por una coqueta. No hay un solo detalle que deba cambiarse, fuera de las decoraciones y las vestimentas, para hacer de ella una historia de 1947.

II

Todo cuanto acabamos de decir es verdad. Hay en el amor elementos duraderos que no son ni antiguos ni modernos, sino eternos. Sin embargo, cuando leemos, por ejemplo, una novela de Dickens o de Octavio Feuillet, de Rousseau o de Bourget, sentimos de inmediato que hay también algo que no es más actual. De ninguna manera. Los hombres y las mujeres no hablan más en esa forma ni piensan más así. Aunque el deseo sexual, que da origen a los sentimientos amorosos, continúe siendo un instituto casi fijo y cambie con tanta lentitud como el cuerpo humano mismo, las manifestaciones de este instinto, que son los modos de amar, han evolucionado en el transcurso de las épocas.

Consideren por ejemplo una joven de Balzac, Modeste Mignon. Ha escrito secretamente al poeta Canalis a quien admira. Hoy esto sucede todos los días, y por otra parte, nueve veces de cada diez, el poeta arroja la carta al cesto, pero el padre de Modeste está sofocado: "Es —dice— un paso que habría podido permitirse una mujer que conoce la vida, pero que en una joven de veinte años es una falta monstruosa." "¿Es una falta, padre, la de desear por marido un hombre de genio, noble y de bella posición?" "¿Lo ama?" "Padre —dice ella, colocando la cabeza sobre el pecho del coronel—, si no deseáis verme morir . . ." "Basta —dice el viejo soldado—. Tu pasión es, ya lo veo, inquebrantable." "Inquebrantable."

Este diálogo nos parecería hoy completamente desprovisto de naturalidad... O bien relean las novelas de Jane Austen. Sus castas heroínas se ruborizan en cuanto un hombre se interesa por ellas; se desvanecen si tienta besarlas. Por cierto que tenían, tanto como las mujeres de hoy, el deseo de conquistar y ser conquistadas, pero

había palabras que jamás hubieran empleado y que las hubieran ofendido de habérselas empleado delante de ellas. Se pedía su mano a los padres. Hoy un joven que nunca dijo a una muchacha que la amaba, la lleva a una fiesta y, mientras bailan, le dice indiferentemente: "Me voy a casar." "Ah —dice ella— ¿con quién?" "Contigo." Y ella se casa con él.

En la época victoriana, una joven no habría recibido a un hombre fuera de la presencia de sus padres. Hoy, en muchos países, las mujeres dicen y leen cualquier cosa —y aún más. Se oye decir a una rubia angelical, incidentalmente: "He leído Le Sabbat y Henry Miller; quedé decepcionada." El vocabulario sentimental ha descendido tres tonos. Allí cuando una mujer del siglo xix hubiera dicho: "Experimentamos una felicidad divina", una mujer moderna dirá: "Fué encantador; pasamos un rato muy agradable". Así pues, aunque no falten las novelas en nuestra época, son de un tipo diferente. Hay por lo tanto formas del amor que, legítimamente, se puede llamar modernas. Tratemos de recorrer las etapas de la evolución.

III

Los antiguos no hacían, como nosotros, de las pasiones del amor el tema principal de sus ficciones. Hay en la Biblia historias de amor, pero son muy diferentes de las nuestras. El hombre de edad es mejor tratado (Rut y Booz, la virgen de Sunam). La mujer es alabada por su belleza; es deseada; puede, como Betsabé, convertirse en la causa de una tragedia, pero el amor pasión, con sus complicaciones, no existe. En Homero, Aquiles se enfurece si se le arrebata su cautiva Briseide, pero es por orgullo más que por celos. El amor es reducido al deseo; la mujer cede al más fuerte, al más rico, al más poderoso, y llega a amarlo. Helena ama a Paris mientras éste se halla a su lado, pero cuando Menelao acude a llevársela de nuevo, encuentra muy natural el volver al vencedor y éste el perdonarla. En los poetas latinos, Virgilio, Catulo, Propercio, se encuentran sentimientos de pesar, de melancolía, de celos, pero todo eso está subordinado a los dioses de la ciudad, al destino. Se acusa a Venus y a su hijo. Es necesario llegar a la Edad Media para encontrar, en las novelas de caballerías, algo que se asemeja a lo que denominamos las pasiones del amor.

Por qué en esa época, se comenzó a dar tanta importancia a las reacciones sentimentales y espirituales que acompañan el deseo? Por diversas razones. En primer término el cristianismo había nacido y se había propagado. Al insistir sobre la santidad del matrimonio, sobre el pudor de la mujer, había creado obstáculos morales que au-Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mentaron a los ojos del hombre el valor del amor. Se desea más lo que es más difícil de obtener. Asimismo, el cristianismo, por la confesión, había desarrollado la necesidad de la confidencia. Las mujeres habían adquirido el hábito de analizarse. Se objetará a esto que el matrimonio cristiano y el sacramento de la penitencia existían muchos siglos antes que las novelas de caballerías. Es verdad, mas era necesario, para que naciera el amor romancesco, el encuentro del cristianismo con otras corrientes.

En primer término, en el mediodía de Francia, en España y Portugal, hubo la influencia de la poesía árabe, poesía muy amorosa, muy sensual. Además, en Galia y en Irlanda, hubo la influencia de los celtas, raza ensoñadora y apasionada que piensa mucho en la muerte y la asocia al amor. El romance de Tristán e Isolda surgió de esa asociación. El deseo se convierte en pasión y la pasión contrariada no encuentra refugio sino en la muerte.

Pero, sobre todo, hubieron las cruzadas y las peregrinaciones. Esos largos viajes que los hombres debían realizar solos crearon en la

Edad Media dos públicos para las novelas.

1º) Los guerreros que, alejados de las mujeres las idealizan. La mayor fuerza de las mujeres —decía mi maestro Alain— es la de hallarse retrasadas y estar ausentes." En efecto, esas ausentes se transformaban en heroínas sublimes e irreales como bien se lo advierte en las novelas de caballería.

2º) Las mujeres, que en ausencia de su dueño y señor reinaban en el castillo. No tenían a su alrededor sino pajes respetuosos a los que podían imponer el respeto del amor constante. Nacen entonces las cortes de amor tan importantes para la formación de la civilización. La mujer y la religión transforman el guerrero en caballero.

He ahí pues, una primera época feliz del amor pasión, la Edad

Media.

Hubo una segunda durante la vida de la corte del siglo xvII; una

tercera en la época del romanticismo.

Pero cada vez, después de un período romancesco se produce un retorno al realismo cínico y brutal. ¿Por qué? Porque la cortesía romancesca, sincera al principio se convierte en una galantería formal que despierta la ironía. Es así que Cervantes se burla del amor pintado en las novelas de caballerías y que Flaubert hace en Madame Bovary la parodia del amor romántico.

3) Porque para detenerse a analizar los sentimientos, para que la conquista amorosa sea lenta y sabia, se necesita tiempo. Es menester una civilización estable que deje al hombre tiempo para soñar y amar. Amor y ocio van en compañía.

4) Porque en tiempos de guerra civil o de revolución no hay ni tiempo libre ni estabilidad, lo que lleva al hombre a la bru-

talidad instintiva. El siglo xvi, época de grandes perturbaciones, produce los libros de Rabelais o los de Brantôme, en los que los sentimientos son substituídos por una concepción cómica y enteramente carnal.

Se comprende así que, necesariamente, en la historia de las sociedades humanas, hay una alternación constante entre el amor espiritual y el amor bestial.

Los anglosajones tienen dos palabras para designar esos dos aspectos del amor. Llaman sex al amor instintivo y love al amor sentimental y hay una anécdota inglesa que encuentro encantadora, la del abuelo que al llegar a una estación con su nieta, desea comprarle a ésta un libro. Elige una novela y, dirigiéndose a la librera, dice: "Supongo, señora, que no habrá nada sexual en la obra". "¡Oh, no señor! —responde la mujer—. Es una historia de amor."

IV

El siglo xix trae a la historia del sentimiento del amor un fenómeno nuevo y curioso: es lo que podríamos llamar el amor enfermedad. Los dos escritores que descubrieron y describieron sus síntomas son Stendhal y Proust. Los dos muy grandes, pero ambos también enfermos, lo que hace que el amor que ellos describieron no sea "sano".

Para Stendhal hay (y es verdad) cuatro clases de amor: el amor físico, el amor vanidad, el amor inclinación y el amor pasión. Este último es el único verdadero. ¿Cómo nace? 1º) Admiración. 2º) Uno se dice: "Que placer besarlo, que nos bese". 30 La esperanza. 40 El amor ha nacido. 50) Comienza la cristalización. La rama de Salzburgo. Ya no se reconoce la rama primitiva. Cristalización-operación del espíritu que extrae de todo lo que se le presenta el descubrimiento de que el objeto amado posee nuevas perfecciones. 6º) La duda. 7º) Segunda cristalización: "¿Qué piensa ella? ¿Cómo obtener la prueba de ese amor?" Si la mujer disipa todo temor por la franqueza de sus confesiones, la cristalización cesa. Es más rápida en la mujer que en el hombre, pues tiene más tiempo para cristalizar (lo que no sería ya verdad en nuestros días). De donde resulta: a) Se ama menos a aquéllos que nos aman; b) la verdadera política es la coquetería. Este amor enfermedad es un estado de fiebre agotadora. Emoción. Terror. Eso es Stendhal.

Proust ha retomado la idea y ha avanzado más allá aún. Para Rousseau, Stendhal, el amor tiene un valor absoluto. La heroína es como la ve el héroe (Clelia, Mathilde, Mme. de Chasteller). Se cristaliza sobre quien lo merece. Proust, por su parte, no cree que la violencia de las pasiones sea legitimada por la calidad excepcional de

los seres que son objeto de ellas. A su juicio el amor es una enfermedad que puede declararse por una mujer vulgar, como una fiebre alta por un bacilo minúsculo. Las heroínas de Proust sólo existen en el espíritu de aquél que las ama.

Relean, por ejemplo, la historia del amor de Swann por Odette de Crécy. Al principio la ve tal como es ella en realidad. Pero Odette es una de esas personas mentirosas, misteriosas, que provocan los celos y esos mismos celos son los que lo atan a Swann. El sufrimiento es, según Proust, el elemento esencial del amor. Swann obtiene la prueba de que Odette le es infiel; sin embargo, terminará por casarse con ella. "De que he desperdiciado años de mi vida, que he deseado morir, que he tenido mi mayor amor por una mujer que no me gustaba, que no era mi tipo..." En otras palabras, el microbio amor nos une a seres que no han sido hechos para nosotros. No los vemos. ¿Son hermosos? ¿Son feos? Ni eso sabemos más. Los necesitamos.

Lo mismo ocurre con otra heroína del libro, Albertine. El primer día Marcel la ve como una muchacha fresca, mofletuda, que habla demasiado fuerte y de un modo que él juzga vulgar. Pero como nunca está seguro de volverla a ver, como también ella es misteriosa e inasequible termina por no poder prescindir de ella. No la ve más tal como es. La mujer que amamos, dice Proust, no es nunca la verdadera mujer. Así ocurre con Albertina: El primer día una muchacha fresca, mofletuda, que habla demasiado alto, que dice: "Vivir su vida". Pero, movimientos irregulares de la banda, se produce la cristalización. "Se compromete uno por procuración y luego se cree en el deber de casarse con la persona interpuesta." En torno de un rostro hermoso construimos un ser imaginario, luego, cuando descubrimos el ser real, lo aceptamos y trasponemos sobre él los sentimientos nacidos de una ficción.

Es por eso que siempre nos asombramos de los amores de los demás, 2"¿Cómo?" ¿Por una mujer como esa tantas amarguras, tanta pena, tantas locuras?" Dejemos las mujeres bonitas, concluye Proust, a los hombres sin imaginación, y Goethe: "Con ese brebaje, amigo mío, verás a Helena en toda mujer". Hay un amor místico que prescinde de la cristalización. Hablaremos de él más adelante, pero antes es necesario avanzar hasta nuestro tiempo. Observemos solamente que el amor de los personajes de Proust, como el de los personajes de Stendhal, se halla ligado a una civilización de ocios, por lo tanto de riqueza y de paz.

V

Llegamos ahora a la época moderna. ¿Cuáles han sido los grandes cambios en la vida de las mujeres, primero en los países anglo-Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar sajones y, más lentamente, en los países latinos desde 1918? En primer término, la emancipación económica de las mujeres. No sólo muchas mujeres trabajan, sino que rivalizan con el hombre en terrenos que parecerían ser del dominio exclusivo de éste. Son médicas, abogadas, diplomáticas y hasta oficiales. Se derivan de eso consecuencias importantes hasta en el dominio del matrimonio y del amor.

En los tiempos de Balzac y de Dickens, a menos que una mujer hubiera nacido rica, debía casarse para subvenir a sus necesidades y las de sus hijos. Cuando trabajaba se le pagaba mucho menos que al hombre (por la misma tarea) y era raro que se le confiase un trabajo importante y creador. Por lo tanto, enamorada o no, la joven debía conquistar un hombre o aceptar el que le indicaban sus padres, pues no tenía la posibilidad de elegir otro tipo de vida. La convención del siglo xix suponía que la mujer nunca toma la iniciativa y que espera al hombre. "Lo esperaba —dice Shaw—, como la araña espera a la mosca." Un marido era una presa, necesaria para la mujer.

La mujer moderna no tiene más las mismas razones económicas para casarse con urgencia y a toda costa. La casa de muñecas de Ibsen se ha convertido en un anacronismo. La mujer sola, en los Estados Unidos, asegura fácilmente su subsistencia. Casi todas las carreras le están abiertas. Algunas le están reservadas (secretaria, enfermera, ayudante de médico o de dentista, camarera de aviones). De ser necesario hasta podría costear los gastos de la educación de los hijos nacidos fuera del matrimonio, a los cuales la ley aseguraría además una contribución obligatoria del padre. La joven moderna no tiene iguales razones que su abuela para precipitarse, la cabeza baja, al primer casamiento que se presente; puede, mucho más que su madre, elegir libremente su marido o libremente permanecer soltera, si no encuentra el hombre con quien desea vivir. No es una razón para que no se case, pero es una razón para que elija con mayor prudencia.

Además cuenta para la elección con un campo muchísimo más vasto. La joven de Balzac, atada a las faldas de su madre, vigilada, casi secuestrada, conocía muy pocos hombres. La joven norteamericana (o francesa) de hoy ha vivido en la universidad (o en la Resistencia o en el ejército) con millares de varones. Desde el momento en que ejerce un oficio, entra en contacto con hombres, sus jefes o sus camaradas, o sus clientes, en circunstancias que le permiten mostrar su encanto y hacer valer sus capacidades. Hay carreras que conducen casi naturalmente al casamiento. Una secretaria no siempre pretende conquistar al patrón, pero sí lo desea, si él es soltero, y a veces, aunque no lo sea, se encuentra por cierto en una situación táctica admirable. Puede, sin escándalo, verlo libremente. Conoce su trabajo, comparte sus intereses, tiene con él un tema de conversación inagotable, puede hacerse indispensable y convertírsele en una mujer perfecta.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las camareras de los aviones suelen casarse a menudo con los pilotos o con los pasajeros. Y hay, en los Estados Unidos, universidades que anuncian en su publicidad: "85 % de casamientos".

Esta conquista por la mujer de un gran número de carreras ¿asegura o acrecienta su felicidad? Muchos lo dudan. "Primero —dicen— la carrera encierra el peligro de hacerle perder a la mujer la inclinación por el matrimonio. Una heroína de Balzac, si no amaba a su marido, estaba por lo menos segura de encontrar en el matrimonio una vida más personal, una casa que administraría ella misma, la emancipación de la vigilancia de la familia, una cierta liberación de acción. ¿Pero la joven moderna? Dispone de cuanta libertad desea. ¿La vigilancia de los padres? Es ella en realidad quien los vigila. ¿Una casa propia, hijos? En una sociedad tal como las de Norteamérica o de la Europa moderna, sin servidumbre, eso quiere decir que dejará un hogar donde todo lo encontraba hecho y el trabajo interesante de su laboratorio o de su oficina para convertirse en niñera, cocinera, mucama, ama seca, sirvienta para todo quehacer. No es un cambio tentador."

Si, por otra parte, no quiere renunciar a su carrera ¿puede ser al mismo tiempo buena dueña de casa, buena madre de familia o siquiera compañera tal como el hombre la desea? Todo es posible, sobre todo para las mujeres, y conozco algunas que atienden con buen éxito las diversas ocupaciones. Pero es difícil. Antes había entre los sexos una cierta división del trabajo. El hombre era el elemento activo, el guerrero, el cazador; protegía y alimentaba a la familia. La mujer era el sexo afectivo; experimentaba más vivamente que el hombre los sentimientos y afectos; era ella quien lo obligaba a ser tierno y cortés; lo civilizaba. Le impedía poner los pies sobre las sillas y sus proyectos por encima del amor. Este doble papel hacía mucho la felicidad de la pareja. Novelistas y dramaturgos lo subrayaban. Arnold Bennett, escribió una vez una pieza curiosa: Un gran aviador se casa, después de largas dificultades, con la mujer que ama. Esta mujer es un ser prodigioso: hermosa, inteligente, encantadora, espiritual. Ha resuelto hacer de los primeros días de la luna de miel un hechizo. Están ahora en un hotel en la montaña, divinamente felices. Pero el marido se entera de que uno de sus rivales ha batido o está por batir el récord de que más se enorgullecía. Inmediatamente se siente poseído por el deseo de combatir con un igual. Su mujer le habla de amor; él, mientras escucha, piensa en poner en condiciones el motor. Cuando al fin adivina que él desea partir, ella murmura tristemente: "¿No entiendes que en mi carrera, en mi oficio de mujer, estos pocos días eran por lo menos tan importantes como tu aventura de aviador en tu vida de hombre?..." Pero él no lo comprende

y sin duda tenía razón de no comprender. Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar Hoy podría escribirse la comedia contraria: la recién casada que quiere regresar a sus cultivos microbianos o a su periódico. Una joven actriz amiga mía rehusó hacer un viaje de bodas por Marruecos para no ser "doblada" en el papel de la Reina de Ruy Blas. Esto perjudica la solidez del matrimonio. Nada más necesario para completar un hombre, realmente hombre, que la presencia de una mujer realmente mujer. Además, la carrera puede convertirse en una especie de esclavitud sentimental para la mujer que necesita de su jefe o que lo admira, y el matrimonio puede resentirse por esa causa. Es muy difícil ser marido de una mujer triunfante y tonante, de una mujer de negocios, de una mujer ministro.

Por otra parte, ¿es realmente una conquista y es acaso la mujer más activa y más feliz? La mujer de antaño reinaba por los hombres. Podía ser poderosa (Madame Récamier) pero de una manera sagazmente discreta y que dejaba al hombre la ilusión de su superioridad, ilusión que le es preciosa y que lo ayuda a vivir. La mujer sonreía y dejaba hablar (Cándida, Les secrets de la Princesse de Cadignan).

Victorias semejantes son mucho más difíciles para una mujer que, al desempeñar un papel activo, queda despojada de su misterio. Ella misma siente a veces que está desempeñando un papel para el que no está hecha. He conocido una francesa que dirigía con éxito una gran revista y que a pesar de su notable triunfo no era feliz. Volvió a encontrar su equilibrio al entregar la dirección a un hombre del cual se ha convertido en la invaluable auxiliar.

Aun en los Estados Unidos son muy pocas las mujeres que actúan como alcaldes, senadores o ministros. ¿Por qué? ¿Son menos inteligentes que los hombres? Lejos de eso, pero carecen de la afición natural por la acción. Madame de Staël decía que la gloria es para la mujer el duelo ostentoso de la felicidad. Una carrera es a menudo para ella el duelo discreto de la felicidad. "Mis camaradas masculinos —me decía una estudiante de medicina— mis camaradas, si tienen una pena de amor van sin embargo a visitar sus enfermos y se ocupan de ellos como de costumbre. Pero yo, si me siento desdichada sólo puedo acostarme en la cama y llorar..." Para una mujer, el amor y quizás el matrimonio continúan siendo lo más importante.

La solución es tal vez la colaboración de la pareja en una misma ocupación. Esta colaboración ha sido admirablemente realizada en ciertos matrimonios políticos ingleses y franceses. He conocido en los Estados Unidos esposas de presidentes de universidades que desempeñaban un papel igualmente importante que sus maridos en la buena marcha de la institución. Hay en Francia mujeres médicos que han terminado su carrera y que, sin embargo, se contentan con ser auxiliares de sus maridos; hay mujeres de escritores, dotadas ellas mismas de mucho talento, que aceptan modestamente no ser sino las

secretarias de sus maridos. Nadie lo sabe mejor que yo. Cuando un matrimonio es unido, la cuestión de la jerarquía está fuera de lugar. La pareja funciona como una unidad social. Sí, en verdad, creo que es la solución ideal porque, sea que lo admita o no (y se equivocaría en no admitirlo pues es su fuerza), la mujer sigue siendo el sexo afectivo. Basta ver lo que gustan de leer o escribir. Gustan de las novelas de amor; continúan apasionadamente interesadas por los problemas de la felicidad sentimental.

La gran novelista inglesa, Virginia Woolf, ha sostenido en un ensayo brillante que si la mujer, durante largo tiempo, se ha mostrado inferior al hombre en la literatura y en las artes es porque carecía de "un cuarto propio" donde pudiera trabajar y meditar sin ser molestada a cada minuto por la cocinera o por los niños. Quizás, pero el día en que la mujer ha poseído ese "cuarto propio" y que algunas de entre ellas han escrito allí con genio, la mujer ha producido, y está muy bien que así sea, literatura femenina, hecha de impresiones más que de acciones, de sentimientos más que de ideas. Colette, Katherine Mansfield, he ahí las grandes, las descollantes mujeres de la literatura. Y lo que escriben es admirable, pero prodigiosamente femenino, todo en sensaciones. Para la escritora se trata de crearse "el nido más mullido posible, reuniendo sus tesoros, recuerdos de infancia, flores, animales, amores y caricias". Una mujer gusta de arreglar su casa; una escritora gusta de describir su casa u otras casas. ¿También Balzac? Pero Balzac describe como un tasador, como un tapicero, no como quien siente voluptuosamente un home que encarna la unidad armoniosa de una vida.

Simone de Beauvoir ha expresado muy bien esto. Hasta estos últimos años, dice ella, la mujer carecía de asidero sobre el mundo. Dos eran los caminos que se le abrían. Era necesario luchar para elevarse al nivel del hombre o aceptar vivir a su sombra. Hoy día las mujeres parecen haber ganado su batalla en numerosos países. Desempeñan papeles de hombre, pero en realidad sienten que su posición es ambigua y sería bien aventurado suponer que la singularidad de su condición ha sido abolida. En literatura, algunas tratan grandes temas (la Resistencia, la guerra española) pero los ven a través de la sensibilidad de una heroína femenina.

Obsérvenlas en los Estados Unidos, donde la evolución ha sido más rápida. ¿Están satisfechas? No. De cien que se interroga, sólo once dicen tener interés por su carrera; ochenta y nueve desearían un hogar confortable, hijos y un marido que les diera la seguridad material. Han franqueado una etapa económica y política. "Les falta —añade atinadamente Simone de Beauvoir— encontrar eso natural." Todavía no lo encuentran natural. Y cabe preguntarse si alguna vez lo encontrarán natural y si la unidad natural no es la pareja. Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mas surge aquí otra cuestión. ¿Es esa unión tan estable como antes? Aquí debemos examinar otro fenómeno moderno, tan importante como la emancipación económica de la mujer. Es el conocimiento consciente por la mujer del amor físico. "¿Cómo? —se dirá— ¿Qué hay en eso de nuevo? ¿Acaso las mujeres del siglo xviii no sabían tanto y no hablaban tanto sobre el tema como las mujeres modernas?"

Pues bien ¡no! Era muy diferente. Es cierto que en el siglo xvIII algunas mujeres, y en particular de la Corte o de la aristocracia provinciana fueron muy depravadas, pero la misma palabra depravada demuestra que se trataba de un fenómeno anormal y considerado por aquellos mismos que eran los actores como inmoral. El libertinaje y la liviandad no constituyen una emancipación sino un estado de rebelión, o de desafío, que por otra parte no duró. En Inglaterra y en Francia, el siglo XIX fué infinitamente más severo que el anterior; en cuanto a los Estados Unidos, eran puritanos los del norte, por la naturaleza misma de sus fundadores y caballerescos y medievales los Estados del sur (Virginia). Hasta 1920 las mujeres podían soñar en muchas cosas prohibidas y aún hacerlas, pero no podían hablar libremente de ellas.

Todo eso ha sido transformado por la influencia de los psicoanalistas, de Freud y sus discípulos. En otros países, y en particular en los países católicos, esta acción ha sido pequeña. Se ha hablado del freudianismo, algunos médicos lo han estudiado, practicado, pero toda una nación no ha encontrado en él un vocabulario y una moral. En los países anglosajones, por el contrario, el freudianismo ha sido el antídoto del puritanismo. Todos los descendientes de los puritanos habían sufrido de esas famosas represiones de que habla Freud. Pero he ahí que se las reconocía como peligrosas, declaradas culpables por sabios, por médicos; era posible afirmar que eran causas de neurosis, que colmaban los manicomios de alienados. Era pues necesario curarse de ellas cuanto antes y, con razón o sin ella, se hizo un inmenso esfuerzo por establecer la franqueza en esos asuntos.

De pronto, gracias a un vocabulario científico, se pudo decir todo. La ciencia purificaba todo. Se oyó a abuelas hablar con candor de perversiones que hubieran horrorizado a sus maridos. En las universidades, en las escuelas se enseñaron "los hechos de la vida". Se creyó que era posible enseñar todo. Antes, en Inglaterra, había preguntas que ninguna mujer debía formular. Julien Huxley gusta narrar la historia de la dama que tuvo la audacia de preguntar al hombre que tenía a su cargo el hipopótamo en el Jardín Zoológico de Londres: "Dígame, señor, ¿este hipopótamo es macho o hembra?" "Señora

-respondió severamente el guardián puritano—. Esa es una cuestión que sólo debería interesar a otro hipopótamo." Hoy en cambio, en todas las escuelas inglesas se habla libremente a los niños de esos temas. Es probable que así sea mejor. No olvidemos que Balzac dijo que muchos recién casados le hacían pensar en un orangután que tratara de tocar el violín. En todo caso es mejor que el orangután aprenda a tocar el violín. Simultáneamente la literatura anglosajona se torna muy libre. Cuando pienso que hubo un tiempo en que la novela francesa de tapas amarillas era mirada con horror por la reina Victoria, ¡qué diría hoy de las obras de sus súbditos y más aún de las novelas norteamericanas, cuya audacia espanta hasta a los críticos franceses!

Al principio, muchos espíritus se sintieron asustados de tanta licencia. "Esta manera científica y brutal de hablar de las cosas del amor destruirá —dicen ellos— todo romance. Las mujeres perderán el encanto del pudor y del misterio." No hay que exagerar. Si fuera verdad, ninguna médica, ninguna enfermera sería sentimental. La verdad es que lo romancesco no reside en la sensualidad: lejos de eso. Los novelistas más romancescos, como Stendhal, no son sensuales. El amor es un sentimiento construído sobre la sensualidad, ayudado por ella, pero más grande y más complejo que ella. La sensualidad es una ocasión en la que vienen a unirse la ternura, los gustos comunes, la comprensión, en fin, el amor.

No creo que haya que lamentar la ignorancia total de las "oies blanches" del siglo xix. Éstas recibieron terribles sorpresas y cometieron, por ignorancia, tremendos errores. Algunos hombres lamentarán el sentimiento de superioridad que les era dado experimentar antes, pero en cambio contarán con una camaradería franca que puede ser deliciosa. Las jóvenes modernas no temen a los hombres, como las de Balzac; salen con ellos, los ven a solas. ¿Son peores los resultados que en el tiempo de sus abuelas? No es seguro. Los jóvenes se acostumbran a esta camaradería familiar y se dominan mejor. Cuando una pareja victoriana tenía dificultades, éstas eran serias. Recordarán, en los viejos melodramas, la pobre muchacha, pálida y avergonzada, que daba a luz furtivamente a su hijo en un granero y moría en el parto, mientras la vecina compasiva murmuraba: "Sin anillo de casamiento... ¡La eterna historia!" También hoy ocurren accidentes semejantes pero las soluciones son más humanas. La madre soltera tiene su hijo en una maternidad y, bien cuidada, sobrevive para criarlo.

En los tiempos de la ignorancia muchas uniones fueron arruinadas por una educación puritana en la que el matrimonio aparecía como un idilio irreal y el amor físico como una especie de fruto prohibido, de vergüenza y de envilecimiento. Ya no es más así. Después que hube publicado "Terre promise", que era la historia de una mu-Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

jer decepcionada de la vida amorosa, un sacerdote católico belga me escribió una hermosa carta en la que me decía: "Felizmente, los sacerdotes jóvenes empiezan a reaccionar vigorosamente contra esta concepción maniqueísta del matrimonio que, menester es confesarlo, fué demasiado a menudo la característica de la generación precedente. Ahora enseñan la belleza y el sentido profundo del amor total. Muestran que más allá del instinto, que es necesario y querido por Dios, el amor conyugal tiene su cumbre sublime que es la amistad, una fuerza de amistad más bella que todo cuanto sueñan los adolescentes. A mis estudiantes les digo que la felicidad conyugal existe, pero que es necesario crearla".

Hay en efecto en el matrimonio la posibilidad de algo muy bello. Dos seres perfectamente instruídos, perfectamente unidos, pueden formar parejas tan bellas, si no más bellas que las del pasado. Pero es menester confesar que esas uniones perfectas son raras y que la agitación extrema de nuestra época, la falta de freno al deseo de experiencias. la necesidad de sensaciones fuertes desarrollada por un cinematógrafo y una prensa que las prodigan porque de esos viven, todo eso engendra grandes apetitos, una gran dificultad de contentarse con una felicidad tranquila e imperfecta que antaño hubiera parecido natural. Este amor ideal del que hemos hablado exige fidelidad, delicadeza, una cierta estabilidad, ocio. Ahora bien, la vida de los últimos treinta años no ha favorecido por cierto la aparición de esas virtudes y ahora nos es necesario hablar de los efectos de la guerra sobre el amor.

VII

Fidelidad, estabilidad, delicadeza no pueden desarrollarse sino en un clima de calma y civilización. Se necesitan cuadros sociales que fijen la pareja, casas donde guarecerse, una cierta seguridad. A falta de todo eso subsiste el deseo, pero el amor pasión y el amor amistad se tornan difíciles.

En toda guerra el soldado pierde la seguridad, pero si es una guerra ordenada, si se halla encuadrado en un ejército organizado, tiene tiempo de cristalizar. Sus deberes son rudos pero simples; sueña, cristaliza. Al contrario, en la guerra civil, en la conspiración, en los campos de concentración no hay cuadros. Los lazos de la civilización se aflojan. La moral sentimental depende de la existencia de un medio social hacia el cual el individuo se sienta responsable... Rómpase todo lazo y será menester una religión firme, almas nobles, para que la moral conserve su poder.

amorosas de Europa, particularmente entre los jóvenes. Ese cambio se caracteriza ante todo, por el desprecio de los sentimientos manifestados. La Princesse de Clèves interesa como un fósil no como un libro vivo. Aquellos que experimentan sentimientos (y son muchos) les acuerdan menos importancia. Saben que se puede sufrir por el amor, pero también que es posible curarse. Es fastidioso tener un resfrío de cabeza, pero todo el mundo sabe que de eso no se muere; dura quince días. Igualmente, es doloroso sufrir de un amor no correspondido, pero es cuestión de tiempo. Los amantes desdichados lo saben, se arman de paciencia y tratan de ocuparse. Esto les es tanto más fácil por cuanto se interesan por la política ,por su profesión, más que por el amor. Aman y se casan por comunidad de gustos más que por pasión. El discrețeo les aburre. Si lo encuentran en una comedia, lo juzgan anticuado. Un joven y una muchacha gustan ambos del esquí, de la música. Eso basta. El amor vendrá por sí mismo. Son jóvenes, son sanos. "Con ese brebaje verás a Helena en toda mujer."

¿Cuáles son las consecuencias de este nuevo estado de espíritu? Y bien, son excelentes. Siento la mayor admiración por esos jóvenes matrimonios franceses. Llevan una vida muy dura. Tienen poco dinero, ninguna servidumbre, les es difícil encontrar las cosas más necesarias, y sin embargo, logran realizar una felicidad de una rara calidad. Dan a las artes amplio lugar; compran discos, reproducciones de cuadros, van a los conciertos, al teatro.

Una de las mejores características de Francia es su capacidad de retornar a la normalidad después de períodos peligrosos o difíciles.

Lo que hemos atravesado desde la guerra nada tiene de sorprendente. No es la primera vez que en la historia de Francia se comprueba la alternación del amor instintivo y del amor cortés. Ya en el siglo xv, Carlos de Orleáns añoraba el amor de los buenos tiempos pasados. Sea la guerra de los cien años o las guerras de religión, el Terror o la guerra mundial, las calamidades coinciden siempre para una parte de la población con un relajamiento de las costumbres. Lo físico triunfa entonces sobre lo espiritual. Se cree que el matrimonio está amenazado. Luego se restablece el equilibrio. ¿Será siempre así? ¿Cuál será la continuación de la historia? No soy profeta, mas sé bien lo que deseo.

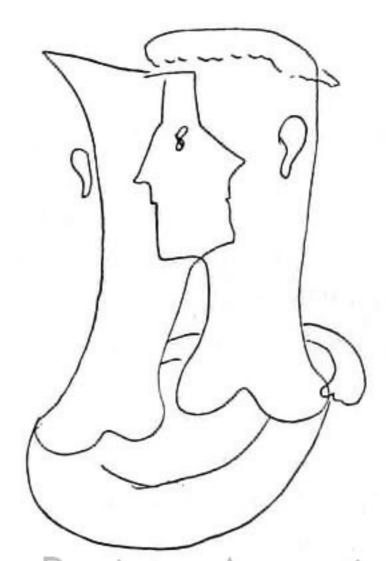
Deseo, primero, la conservación de la unión estable, el respeto del matrimonio porque la familia es la célula sobre la cual está construída nuestra civilización y porque el matrimonio es el único lazo que el tiempo puede afianzar. Segundo, deseo lo romancesco dentro del matrimonio. ¿Es posible? Ciertamente. Más aún, es necesario. Hay más aventura real en el conocimiento profundo de una sola mujer que en el desconocimiento de las mil y tres amantes por Don

Juan. Lo que es necesario que sepan nuestros jóvenes es que más allá del amor enfermizo descrito por Stendhal y Proust, hay un amor místico que es la fusión total de dos seres. Ese amor en el que intervienen a la vez el corazón, el espíritu y el cuerpo es la aventura suprema. "Las jóvenes tienen ilusiones —dice Claudel— no porque la realidad sea inferior a sus sueños sino porque es superior a sus esperanzas."

Y no creo, con toda sinceridad, que el amor moderno, a pesar de los cambios que hemos estudiado, tenga ninguna razón para ser inferior al de los siglos pasados. ¿Será la mujer más libre económicamente? Tanto mejor, tendrá la posibilidad de aguardar y de elegir. ¿Estarán marido y mujer informados de las realidades del amor físico? Tanto mejor. Dijo Byron: "Lo terrible es que no es posible vivir ni sin las mujeres ni con ellas". Pero es más fácil vivir con ellas si se las conoce mejor. Finalmente, ¿estarán las mujeres más asociadas a la vida del hombre? Tanto mejor, eso creará entre ellos nuevos lazos de unión.

No echemos pues de menos el amor de los buenos tiempos que para aquellos que lo vivieron fué un amor moderno. Hagamos más bien de nuestra época la del más bello amor. Y eso merece que se haga la prueba. La Bruyère ha dicho que hay buenos matrimonios pero que no los hay deliciosos. Tal vez pertenezca a la nueva generación demostrar a la sombra de La Bruyère que el matrimonio moderno puede ser delicioso. Y un cierto número de los que, como yo, pertenecen a una generación más antigua pensarán, en lo más íntimo del corazón, que hacía tiempo que lo sospechaban.

ANDRÉ MAUROIS



LA FUENTE DE SALDAN

Serena era en los cerros la mañana en la orilla del agua transparente donde se reflejaban las casas y los niños con jarros que bajaban al arroyo buscando el manantial que brilla;

deslumbrante la luz diamantina en las gotas caídas de las fuentes en las hojas de menta; las voces tenebrosas y la palabra lenta que acompañaba el ritmo de las manos devotas.

Recuerdo que el domingo, perfilado en los muros, afuera entre las sombras, un peluquero serio, ritualmente cortaba el pelo con misterio a los hombres erguidos, en los atrios oscuros,

y un canto que ascendía, entre riscos, inválido triste en el quejido del aire afortunado indiferentemente, y en vano enamorado, se extinguía en el fondo de la penumbra, pálido.

Borraban las violencias del sol colores tiernos, sobre las piedras grises y el silencio y las aves entre hojas deliraban con alegrías graves. Parecía imposible que existieran inviernos.

Fué allí que descubriste, serrano adolescente, en las albas doradas, en las grutas desiertas, pasando muchas tardes de tus siestas despiertas, qué secreto hechizaba la lechera obediente.

La seguiste a la cumbre del empinado cerro, por las sendas ardientes del poniente y del alba hasta la alta vertiente que nace entre la malvas la llamaste en las sombras, seguido por los perros. La viste detenerse junto a un follaje espeso y entre las ramas verdes retorcidas del suelo hallaste una imperiosa víbora sin recelo. Pronto viste el sutil intento en su progreso:

como una enredadera, a la pata enlazada de la lechera inmóvil, la víbora ascendía en busca de su leche como de una ambrosía. Arrancaste del árbol una rama alargada.

Te costó deshacer de la pata ese nudo, un vínculo sediento la adhería a su presa. La mataste despacio: se retorcía espesa, al pie de la lechera, con un furor agudo.

Como si fueras viejo hablabas de esa vaca y del ternero tímido que murió abandonado, con los ojos abiertos, y en el sol abrasado. Hablabas de la rosa de Jericó y la albahaca.

Gris y negro era el tronco del algarrobo viejo en el sendero estrecho y el canto desolado del "Crispín" en los montes sobre el cerro azulado; lenitivo el arroyo, el murmullo, el reflejo;

noble el rostro del ciego con el sombrero, el traje la barba y los cabellos desteñidos, que amaba las piedras que vendía y a veces descansaba atento sobre un banco inventando el paisaje.

¡Oh dulce y perfumado poniente violeta que extiende como un mar las montañas lejanas! En los troncos brillaban colores de manzanas y las flores silvestres entre las tijeretas.

Esplendores oscuros de los soles brillantes donde los niños juegan trabajando en la tierra en los ranchos de barro, perdidos en la sierra. Noches iluminadas, para siempre, como antes.

SILVINA OCAMPO

PUNTO MUERTO

Annixter sintió por el hombrecillo un cariño de hermano. Le puso un brazo sobre sus hombros, un poco por cariño y otro poco para no caerse.

Había estado bebiendo concienzudamente desde las siete de la tarde anterior. Era casi medianoche, y las cosas estaban algo confusas. En el vestíbulo no cabía el estruendo de la caliente música; dos escalones más abajo, había muchas mesas, mucha gente, y mucho ruido. Annixter no tenía la menor idea de cómo se llamaba ese lugar, ni cuándo, ni cómo había ido. Desde las siete de la víspera había estado en tantos lugares...

En un santiamén —dijo Annixter, apoyándose pesadamente en el hombrecillo—, una mujer nos da un puntapié, o el destino nos da un puntapié. En realidad, es la misma cosa: una mujer y el destino. ¿Y qué? Uno cree que todo se acabó, y sale y cavila. Se sienta, y bebe y cavila, y al final se encuentra con que ha estado incubando la mejor idea de su vida. Y así se empieza —dijo Annixter—, y esa es mi filosofía, ¡cuanto más fuerte le pegan al dramaturgo, tanto mejor trabaja!

Gesticulaba con tal vehemencia que se hubiera desplomado si el hombrecillo no lo hubiera contenido. El hombrecillo era de fiarse, su puño era firme. Su boca también era firme: una línea recta, descolorida. Usaba anteojos hexagonales, sin aro, un sombrero duro de fieltro, un pulcro traje gris. Parecía pálido y relamido junto al congestionado Annixter.

Desde el mostrador, la muchacha del guardarropa los miraba indiferente.

-¿No le parece -dijo el hombrecillo-, que es hora de volver a su casa? Me enorgullece que Ud. me haya contado el argumento de su pieza, pero . . .

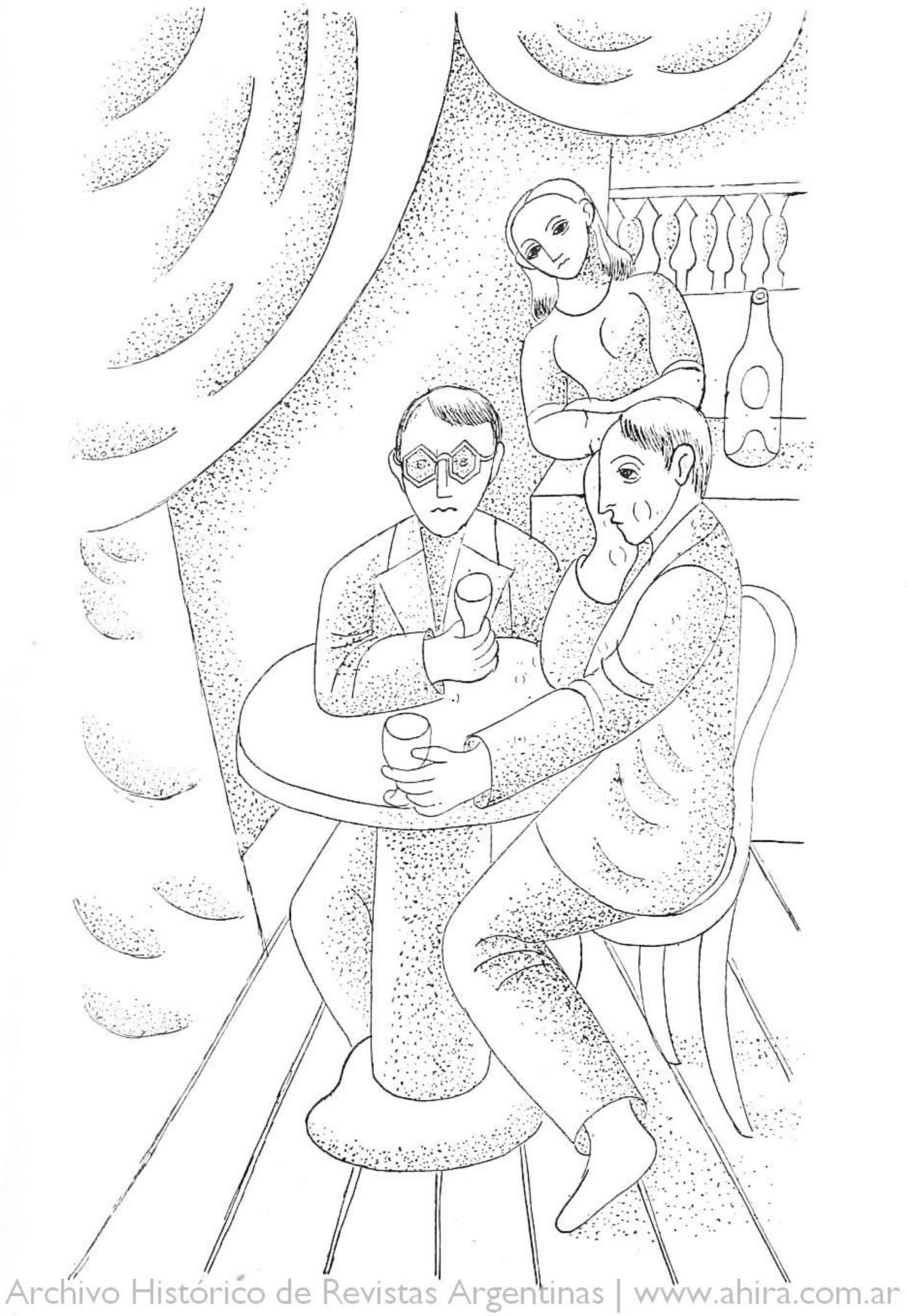
—¡Tenía que contárselo a alguien —dijo Annixter—, o me iba a estallar la cabeza! ¡Ah, muchacho, qué drama! ¿Qué asesinato, eh? Ese final...

Su plena y deslumbrante perfección lo asombró de nuevo. Se quedó serio, meditando, hamacándose, y de repente buscó a tientas la mano del hombrecillo, y la apretó calurosamente.

—Siento no poder quedarme —dijo Annixter—. Tengo que hacer.

Se puso el sombrero abollado, inició un movimiento un tanto

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



elíptico a través del vestíbulo, embistió las puertas dobles, las abrió con las dos manos, y se sumió en la noche.

Su imaginación exaltada la veía llena de luces, parpadeando y guiñando en la oscuridad. Cuarto Sellado de James Annixter. No. Cuarto Reservado de James ... No, no. Cuarto Azul, de James Annixter...

Dió unos pasos, absorto, dejó la acera, y un taxi que doblaba hacia el lugar que él acababa de dejar, patinó con las ruedas trabadas y chirriantes en la húmeda calzada.

Annixter sintió un golpe violento en el pecho, y todas las luces que había estado viendo explotaron en su rostro.

Y ya no hubo más luces.

James Annixter, el dramaturgo, fué atropellado anoche por un taxi, al salir de Casa Habana. Después de ser atendido en el hospital por conmoción cerebral y lesiones leves, se reintegró a su domicilio.

En el vestíbulo de "Casa Habana" no cabía el estruendo de la caliente música; dos escalones más abajo, muchas mesas, mucha gente, y mucho ruido. La muchacha del guardarropa miró a Annixter, asombrada, al parche de la frente, al brazo izquierdo en cabestrillo.

-¡Caramba! -dijo la muchacha-, ¡no esperaba verlo tan pronto por acá!

-¿Entonces se acuerda de mí? -dijo Annixter, sonriendo.

-A la fuerza -dijo la muchacha-. ¡Me dejó sin dormir toda la noche! Oí esas frenadas chirriantes justo al salir Ud. ¡Luego una especie de choque! -Se estremeció-. Y seguí oyéndolo toda la noche. Lo oigo todavía, después de una semana. ¡Es horrible!

-Es Ud. muy sensible -dijo Annixter.

—Tengo demasiada imaginación —concedió la muchacha del guardarropa—. Sabía que era Ud. antes de correr a la puerta y verlo allí tendido en la calle. El hombre que hablaba con Ud. estaba parado en la puerta. "¡Santo cielo! —le dije—. ¿es su amigo?"

-¿Y él, qué dijo? -preguntó Annixter.

-No es mi amigo -dijo-. Es alguien que acabo de encontrar. Raro ¿no?

Annixter se humedeció los labios.

- -¿Qué quiere decir? Era alguien con quien acababa de encontrarse.
- —Sí, pero un hombre con él que habían bebido juntos —dijo la muchacha—, muerto delante de él, porque él debió verlo; salió detrás suyo. Podía pensarse que a lo menos se interesaría. Pero cuando el conductor del taxi empezó a llamar testigos de su inocencia, miré por el hombre, ¡y éste había desaparecido!

Annixter cambió una mirada con Ransome, su representante, que lo acompañaba. Una mirada ansiosa y perpleja. Pero sonrió lue-

-Muerto delante de él -dijo Annixter-, no. Sólo un tanto vapuleado, eso es todo.

No era necesario explicar cuán curioso, cuán extravagante, había sido el efecto de aquel "vapuleo" en su mente.

-Si se hubiera visto, ahí en el suelo iluminado con las luces del

taxi.

-¡Ah, de nuevo esa imaginación suya! -dijo Annixter. Titubeó un instante y luego hizo la pregunta que había venido a hacer, la pregunta que tenía para él tan profunda importancia.

-Ese hombre con quien yo hablaba, ¿quién era?

La encargada del guardarropa los miró y sacudió la cabeza.

-Nunca lo había visto antes, y no he vuelto a verlo después.

Annixter sintió como si le hubieran golpeado en la cara.

Había esperado, esperado desesperadamente otra respuesta.

Ransome le puso la mano en el brazo, conteniéndolo.

-Ya que estamos aquí, beberemos algo.

Bajaron dos gradas para entrar en la sala donde la banda trompeteaba. Un mozo los condujo a una mesa y Ransome pidió algo.

- -Es inútil importunar a la muchacha -dijo Ransome-. No lo conoce al hombre, es evidente. Mi consejo es: No te preocupes. Piensa en otra cosa. Date tiempo. Después de todo no hace más que una semana desde . . .
- —¡Una semana! —dijo Annixter—. ¡Y lo que he hecho en una semana! Los dos primeros actos, y el tercero justo hasta ese punto muerto. ¡La culminación del asunto, la solución, la escena eje del drama! ¡Si la hubiera hecho, Bill, todo el drama, lo mejor que he hecho en mi vida, estaría concluído en dos días, si no hubiera sido por esto —se golpeó la frente—, ese punto muerto, esa maldita jugarreta de la memoria!
 - -Tuviste una buena sacudida.
- —¿Eso? —dijo Annixter despectivamente. Bajó la vista sobre el brazo en cabestrillo—, ni siquiera lo sentí; ni me preocupó. Me desperté en la ambulancia con mi pieza tan clara en la mente como en el momento en que el taxi me atropelló; más, tal vez, porque estaba completamente lúcido y sabía lo que valía. Una fija ¡algo que no puede errar!

-Si hubieras descansado -dijo Ransome-, como el médico dijo, en vez de sentarte en cama a escribir día y noche.

—Tenía que escribirlo. ¿Descansar? —dijo Annixter, con risa ronca—. No se descansa cuando se tiene una cosa así. Se vive para eso, cuando uno es un autor dramático. Eso es vivir. He vivido ocho vidas, en esos ocho personajes, en los últimos cinco días. He vivido tan plenamente en ellos, Bill, que sólo al querer escribir esa última escena comprendí lo que había perdido. ¡Todo mi drama! ¡Sólo eso!

¿Cómo Cynthia fué herida en ese cuarto sin ventanas en el que se había encerrado con llave? ¿Cómo hizo el asesino para entrar? Docenas de escritores, mejores que yo, han tratado ese tema del cuarto cerrado y nunca tan convincentemente; nunca lo han resuelto. Yo lo tenía, ¡ayúdame, Dios mío!, lo tenía. Sencillo, perfecto, deslumbrantemente claro cuando se ha visto una vez. ¡Y ese es el drama, el telón se levanta en ese cuarto hermético y cae en él! Esa era mi revelación! He pasado dos días y dos noches, Bill, tratando de recuperar esa idea. No quiere volver. Soy un escritor experimentado; conozco mi oficio, podría acabar mi pieza, pero sería como las demás ¡imperfecta, falsa! ¡No sería mi pieza! Pero por ahí anda un hombrecillo, en algún lugar de esta ciudad un hombrecillo con lentes hexagonales, que posee mi idea. Que la posee porque yo se la he contado. ¡Voy a buscar a ese hombrecillo y a recuperar lo mío!

Si el caballero que en la noche del 27 de enero, en la "Casa Habana", escuchó con tanta paciencia a un escritor que le refirió un argumento, quisiera comunicarse con la dirección más abajo apuntada, oiría algo ventajoso para él.

Un hombrecillo que había dicho: "No es mi amigo; es alguien a quien acabo de encontrar".

Un hombrecillo que vió el accidente pero que no quiso esperar para servir de testigo.

La muchacha del guardarropa tenía razón. Había algo un poco raro en eso.

Los días siguientes, cuando el aviso no recibió respuesta, empezó a parecerle a Annixter más que un poco raro.

Su brazo ya no estaba en cabestrillo, pero no podía trabajar. Una y otra vez, se sentaba ante el manuscrito casi terminado, lo leía con prolija y torva atención, pensando: ¡Debe volver otra vez!, para encontrarse de nuevo ante ese punto muerto, ante ese muro, ante ese lapsus de la memoria. Abandonaba su trabajo y rondaba las calles; se metía en bares y cafés; andaba millas en ómnibus y subterráneos, especialmente en las horas de más afluencia. Vió miles de caras, pero no la cara del hombrecillo de lentes hexagonales.

Pensar en él fué la obsesión de Annixter. Era injusto, era enfurecedor, era una tortura el pensar que un pequeño y vulgar azar hacía que un ciudadano anduviera tranquilamente por ahí con el último eslabón de la famosa pieza de James Annixter, la mejor que había escrito, encerrada en su cabeza. Y sin darse cuenta de su valor: sin la imaginación necesaria, probablemente, para apreciar lo que tenía! ¡Y sin la menor idea, con toda seguridad, de lo que esto significaba para Annixter! ¿O tenía alguna idea? ¿No era tal vez, tan vulgar como le pareció? ¿Había visto esos anuncios? ¿Estaba urdiendo algo para aplastar a Annixter?

Cuanto más Annixter pensaba, más se convencía de que la muchacha del guardarropa tenía razón. Había algo bastante raro en la actitud del hombrecillo, después del accidente.

La imaginación de Annixter giraba en torno del hombre que buscaba, tratando de escudriñar su mente, de encontrar razones por su desaparición después del accidente, por su descuido en responder los avisos.

Annixter tenía una activa imaginación dramática.

El hombrecillo que le pareció tan vulgar empezó a tomar una forma siniestra en la mente de Annixter.

Pero apenas se encontró con el hombrecillo, comprendió cuán absurdo era eso. Era ridículo. El hombrecillo era tan decente; sus hombros tan derechos; su traje gris tan pulcro; su fieltro negro tan bien colocado en la cabeza.

Las puertas del tranvía subterráneo acababan de cerrarse, cuando Annixter lo vió parado en la plataforma con una valijita en la mano, y un diario de la tarde bajo el otro brazo. La luz del coche brilló en su cara pálida y estirada; los lentes hexagonales resplandecieron Se volvió hacia la salida mientras Annixter, arremetiendo las puertas semicerradas del coche, se apretujó entre ellas hasta la plataforma.

Estirando la cabeza para mirar sobre el gentío, Annixter se abrió paso a codazos, subió de dos en dos la escalera y puso la mano en el hombro del hombrecillo.

-Un momento -dijo Annixter-. Lo he estado buscando.

El hombrecillo se detuvo en el acto, al sentir la mano de Annixter. Luego se dió vuelta y lo miró. Tras los lentes hexagonales sus ojos eran pálidos, de un gris pálido. La nuca era una línea recta, casi descolorida.

Annixter sentía por el hombrecillo un cariño de hermano. El solo hecho de haberlo encontrado era un alivio tan grande como si una nube negra se hubiera alejado de su espíritu. Palmeó al hombrecillo cariñosamente.

—Tengo que hablar con usted —le dijo Annixter—. Sólo un momento. Vamos a algún lado.

-No puedo imaginar de qué tiene que hablarme -dijo el hombrecillo.

Se hizo un poco a un lado, para dar paso a una mujer. El gentío disminuía, pero todavía había gente que subía y bajaba las escaleras. El hombrecillo miró a Annixter, interrogativamente cortés.

-Claro que no -dijo Annixter-, es algo tan estúpido. Se trata de aquel argumento.

–¿Argumento?

Annixter tuvo un débil sobresalto.

-Mire -dijo-, yo estaba borracho esa noche, ¡muy borracho! Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar Pero recordando, tengo la impresión de que usted estaba completamente fresco. ¿No es así?

-Jamás en mi vida he estado borracho.

-¡Gracias a Dios! -dijo Annixter-. Entonces no tendrá dificultad en recordar el pequeño punto que quiero que recuerde.

-No entiendo -dijo el hombrecillo-. Estoy seguro de que usted me toma por otro. No tengo la menor idea de lo que me dice. No lo he visto jamás en mi vida. Disculpe. Buenas noches.

Se dió vuelta y empezó a subir la escalera. Annixter lo contempló azorado. No podía creer a sus oídos. Por un instante se quedó absorto, luego una oleada de ira y de sospecha barrió su asombro. Subió la

escalera y agarró al hombrecillo por un brazo.

-Un momento -dijo Annixter-. Podía estar ebrio, pero...

-Me parece evidente -dijo el hombrecillo-. ¿Quiere quitarme la mano de encima?

Annixter se dominó.

—Disculpe —dijo—. Déjeme arreglar esto —dice que jamás me ha visto. Entonces, ¿no estaba usted en Casa Habana el 27, entre las diez y las doce de la noche? ¿No bebió conmigo un par de copas, y escuchó el argumento de un drama que se me acababa de ocurrir?

El hombrecillo miró a Anonixter fijamente.

-Jamás lo he visto; ya se lo he dicho.

-¿No vió que un taxi me atropelló? -prosiguió diciendo Annixter, ansioso-. ¿No le dijo a la muchacha del guardarropa: "No es un amigo, es alguien con quien me acabo de encontrar"?

-No sé de qué me habla -dijo el hombrecillo lacónicamente. Se dispuso a retirarse, pero Annixter volvió a prendérsele del

brazo.

-No sé -dijo Annixter entre dientes— nada de sus asuntos personales, ni quiero saber. Puede tener algún motivo para no desear servir de testigo en un accidente de tráfico. Puede tener algún motivo para proceder de este modo. Ni lo sé ni me importa. Pero es un hecho. ¡Usted es el hombre a quién relaté mi drama! Quiero que me diga como yo se lo dije: tengo motivos -motivos personales, que me conciernen, solamente a mí. Quiero que me devuelva mi cuento— es todo lo que quiero— No quiero saber quién es usted, ni nada de usted, lo único que quiero es que me cuente ese cuento.

-Pide un imposible -dijo el hombrecillo-, un imposible, por-

que nunca lo he oído.

-¿Se trata de dinero? Dígame cuánto quiere; se lo daré. ¡Ayúdeme, llegaré hasta a darle una participación en el drama! Eso significa dinero. Lo sé, porque conozco mi oficio. Y tal vez, tal vez —dijo Annixter, asaltado por una idea súbita—, usted también lo conoce ¿eh?

-Usted está loco o borracho -dijo el hombrecillo. Con un brusco

movimiento, liberó su brazo, y corrió por la escalera. Abajo se sentía retumbar un coche. La gente se atropellaba. El hombrecillo se metió entre la gente y se perdió con asombrosa celeridad.

Era pequeño, liviano y Annixter era pesado. Cuando éste llegó

a la calle, no había rastros del hombrecillo.

Había desaparecido.

¿Tendría la idea, pensaba Annixter, de robarle el argumento? ¿Por alguna extraña casualidad, alimentaba el hombrecillo la ambición fantástica de ser dramaturgo? ¿Había tal vez pregonado sus preciosos manuscritos, en vano, por todas las empresas? ¿Se le había aparecido el argumento de Annixter como un resplandor enloquecedor en la oscuridad del desengaño y del fracaso, como algo que podía robar impunemente porque le había parecido la inspiración casual de un borracho, que a la mañana siguiente olvidaría que había incubado algo más que un pasatiempo?

Bebió otra copa. Ya iban quince desde que el hombrecillo con los lentes hexagonales se le escapó, y ya iba llegando al grado en que perdía la cuenta de los lugares en que había bebido. Era el grado

en que empezaba a mejorar y su mente a trabajar.

Imaginaba cómo se había sentido el hombrecillo al oír el argumento entre su hipo y cómo gradualmente lo había ido comprendiendo.

—¡Dios mío! —había pensado el hombrecillo—. Tengo que apropiármelo. Está ebrio o borracho como una cuba. ¡Mañana no recordará una palabra! Adelante, adelante, señor. ¡Siga hablando!

También era ridícula la idea de que Annixter olvidara su pieza a la mañana siguiente —Annixter olvidaba otras cosas y hasta cosas importantes, pero nunca en su vida había olvidado el menor detalle dramático.

Salvo una vez porque un taxímetro lo había derribado. Annixter bebió otra copa. Le hacía falta. Ahora estaba en lo suyo. No había ningún hombrecillo de lentes hexagonales para iluminar ese punto oscuro. Tenía que hacerlo. ¡De algún modo!

Tomó otra copa. Ya había bebido muchas más. El bar estaba repleto y ruidoso, pero él no notaba el ruido, hasta que alguien le golpeó en el hombro. Era Ransome.

Annixter se levantó, apoyándose con los nudillos en la mesa.

-Mira, Bill -dijo Annixter-. ¿Qué te parece? Un hombre olvida una idea, ¿ves? Quiere recuperarla, ¡la recupera! La idea viene de adentro, para afuera, ¿verdad? Sale afuera, vuelve adentro. ¿Cómo es eso?

Se tambaleó, observando a Ransome. Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar -Mejor será que tomes un traguito -dijo Ransome-. Tengo que considerar bien eso.

-Yo -dijo Annixter-, ¡ya lo he considerado! -Se encajó el sombrero deformado en la cabeza-. Hasta pronto, Bill. ¡Tengo mu-

cho que hacer!

Salió haciendo eses en busca de la puerta y de su departamento. Fué José, su servidor, quien le abrió la puerta del departamento, unos veinte minutos después. José abrió la puerta mientras Annixter describió círculos infructuosamente alrededor de la cerradura.

-Buenas noches, señor -dijo José.

Annixter se quedó mirándolo.

-No le he dicho que se quede esta noche.

-No tenía motivos para salir, señor -explicó José.

Ayudó a Annixter a quitarse el abrigo.

-Me gusta una velada tranquila de vez en cuando. Tiene que irse de aquí -dijo Annixter.

-Gracias, señor, -dijo José-. Pondré algunas cosas en una valija. Annixter entró en su gran biblioteca, y se sirvió una copa.

El manuscrito de su drama estaba sobre el escritorio. Annixter tambaleándose un poco, con el vaso en la mano, se detuvo mirando incómodo a la descuidada pila de papel amarillo, pero no empezó su lectura. Esperó hasta oír girar la llave de José que salía, cerrando tras él la puerta de calle, y entonces recogió su manuscrito, la jarra y el vaso y la cigarrera. Cargado con esto entró en el hall, y lo atravesó hasta la puerta del cuarto de José.

Por dentro, la puerta tenía un pasador, y el cuarto era el único sin ventana en el departamento: cosas que lo hacían el único posible para sus fines.

Con la mano encendió la luz.

Era un cuartito sencillo, pero Annixter notó, con una sonrisa que la colcha y el almohadón en la usada silla de paja eran azules. Cuarto Azul, de James Annixter.

Era evidente que José había estado acostado en la cama, leyendo el diario de la tarde; el diario estaba sobre la colcha arrugada, y la almohada estaba hundida en parte. Junto a la cabecera de la cama, frente a la puerta, había una mesita cubierta de cepillos y de lienzos.

Annixter los tiró al suelo. Colocó encima de la mesa su manuscrito, la jarra, el vaso y los cigarrillos y se dirigió a la puerta y le echó el cerrojo. Acercó la silla de paja a la mesa, se sentó y encendió un cigarrillo.

Se recostó en la silla fumando, dejando la mente tranquila en el ambiente deseado —el ambiente espiritual de Cynthia, la mujer de su drama, la mujer tan asustada que se había encerrado completamente, en un cuarto sin ventanas, un cuarto hermético.

—Así se sentó —se dijo Annixter—, justo como estoy sentado yo: en un cuarto sin ventanas, con la puerta cerrada con pasador. Sin embargo, él la alcanzó. La alcanzó con un cuchillo —en un cuarto sin ventanas, con la puerta cerrada con pasador. ¿Cómo lo hizo?

Había una manera de hacerlo. Él, Annixter, había pensado en ese medio, lo había concebido, lo había inventado y olvidado. Su idea había creado las circunstancias. Ahora, deliberadamente reproducía las circunstancias, para recuperar la idea. Había puesto su persona en la posición de la víctima, para que su mente pudiera recuperar el procedimiento perdido. Todo estaba tranquilo: ni un sonido en el cuarto ni en el departamento. Annixter estuvo inmóvil por largo rato. Así quedó hasta que la intensidad de su concentración comenzó a flaquear. Se oprimió la frente con las palmas de las manos, y luego agarró la jarra. Se echó un buen trago. Casi había recobrado lo que buscaba, lo sentía cerca, casi al borde.

-Calma -se dijo-, tómalo con calma, descansa. Afloja. Ensaya de nuevo un instante.

Miró a su alrededor buscando algo que lo distrajera y tomó el diario de José.

A las primeras palabras que cayeron bajo su vista se le detuvo el corazón.

La mujer en cuyo cuerpo descubrieron tres puñaladas, las tres mortales, yacía en un cuarto sin ventana, cuya única puerta estaba cerrada por dentro con llave y pasador. Estas precauciones excesivas parece que le eran habituales, y no hay duda que temía constantemente por su vida, pues la policía la sabía chantagista contumaz y despiadada.

Al singular problema de las circunstancias del cuarto herméticamente cerrado se añade el problema de cómo el crimen puede haber estado oculto durante tanto tiempo, pues el médico estima, según las condiciones del cadáver, que éste debió cometerse hace doce o catorce días.

Hace doce o catorce días.

Annixter volvió a leer el resto de la historia; luego dejó caer el diario en el suelo. Le latían las sienes con fuerza. Tenía el rostro lívido. ¿Doce o catorce días? Podía ser exacto. Hacía trece noches justas que él estuvo en Casa Habana y contó a un hombrecillo de lentes hexagonales cómo matar a una mujer en un cuarto cerrado.

Annixter quedó sin moverse un instante. Luego llenó un vaso. Era grande y le hacía falta. Sintió una curiosa sensación de asombro, de espanto. Él y el hombrecillo estaban en idéntico aprieto hace trece noches. Ambos ultrajados por una mujer. Como resultado, uno había concebido un drama de crimen. El otro había llevado el drama a la realidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

31

-¡Y yo, esta noche, le ofrecía una participación! -pensó Annixter-. Le hablé de dinero en efectivo.

Se oyó una carcajada. Todo el dinero del mundo no haría confesar al hombrecillo que había visto alguna vez a Annixter, ese Annixter que le había contado el argumento de un drama en el que se mataba a una mujer en un cuarto cerrado. Porque él era la única persona en el mundo que podía denunciarlo. Aun si no podía decirles, porque lo había olvidado, de qué manera el hombrecillo había cometido el crimen, podía poner sobre su pista a la policía, podía dar sus señas, para que lo localizaran. Y una vez sobre su pista, la policía buscaría los vínculos, casi inevitablemente, con el crimen.

Idea rara —que él, Annixter era probablemente la única amenaza, el único peligro, para el pulcro, pálido hombrecillo de lentes hexagonales. La única amenaza y, por supuesto, el hombrecillo lo sabía muy bien.

Se le acababa de ocurrir a Annixter que era desde esta noche, precisamente desde esta noche, un peligro para el hombrecillo. Un peligro mortal desde el descubrimiento del asesinato en el cuarto cerrado. Ese descubrimiento se acababa de publicar esta noche y el hombrecillo pudo haber tomado la suya, la pista de Annixter.

Annixter había despachado a José. El crimen estaría por caer los avisos, cuando perdió la pista en la estación del subterráneo, el hombrecillo pudo haber tomado la suya, la pista de Annixter.

Annixter había despachado a José. El crmiinal estaría por caer sobre Annixter, solo en el departamento, solo en el cuarto sin ventanas, con la puerta cerrada por dentro con llave y pasador, a sus espaldas.

Annixter sintió un súbito terror, salvaje, glacial.

Medio se levantó, pero demasiado tarde.

Demasiado tarde, porque en ese instante se deslizó la hoja del puñal, fina, penetrante y delicada, en sus pulmones, entre las costillas.

La cabeza de Annixter se fué inclinando lentamente hacia adelante hasta que su mejilla descansó sobre el manuscrito del drama. Sólo se oyó un sonido, un sonido raro, confuso, algo parecido a una risa.

Annixter, de pronto, había recordado.

BARRY PEROWNE

CERTIDUMBRE DE UNA PRESENCIA

Vuelve el año a las brillantes noches de estío. Desde las colinas pedregosas miraba en mi infancia el vuelo de ese silencio diamantino. Veo a Júpiter, a Marte, subir al alto espacio. Lejos, mi vista está en mi ser distraído en las horas en que pedía inspiración a estos visitantes de la igual región del brillo. Idénticos, el Toro tras las Híades, Proción, me encuentran en latitud distante de donde mi ansiedad los contemplaba. ¿Qué me enseñó la invisible joven viajera cuando la realidad despertaba en un llamado de mil voces que me detenían en cada cosa? Cerrados los oídos al disturbio apresurado, nos recoge en esta noche el silencio en que recobra su libertad la inteligencia, concertada la paz en nuestra persona, como si hubiéramos pasado un límite. Contribuyó a extender el patrimonio el descubrimiento de nuevas zonas estelares dándonos más detallada descripción de nuestro sitio.

La vida de la tierra, el vestigio de secreto antiquísimo, me traían la certidumbre de una presencia siempre perseverante, de ese cerrado círculo de perfección que hace intuir el misterio que anima y corona el ser y le acerca a la naturaleza divina del amor, le lleva a encontrar en la capacidad circunscrita un fin insondable al que se aproximaron, despojándose, los enamorados de la unidad encendida en su belleza a la que anuncia algún signo vislumbrado. Llegando a abarcar el espacio que habla si se pregunta, la simultánea diversidad de las cosas, de paso a quien las resume, el escenario innumerable de la memoria, la íntima voz que presiente, el orden activo de reminiscencias y conocimientos que aún no advertidos están presentes, desde esta hojosa rama a la más impensada afinidad de un sonido, el alma cuando se mira acrecentada por estas dinámicas riquezas que encierra, no podrá contenerse en un límite inexorable; es difícil que este vagar anhelante no le avise una noticia desde el principio de su génesis, de su participación primera; no podrá quedar detenida si indaga en ella, ni habrá fuerza que le impida continuar en las etapas de sucesivos itinerarios hasta alcanzar a escucharse en su anterior idioma propio. Deja ya de elegir alternativamente lo uno o lo otro; deseosa de su interior herencia, va entrando, ganada así, aunque aislándose, en cuanto descubre;

oye, en un anticipo de adivinación, la continuidad no interrumpida del instante; advierte consigo misma, desasida de repentinas apariencias, en la claridad de su origen, con delicioso apartamiento, una bondad que a sí se basta. Parece que el reintegro mejor fuese su ascendente peregrinar por esta posibilidad que se realiza. Quiere arribar a la videncia en la contemplación, impelida por el estímulo que la transporta en su viaje con las restricciones que se convierten en dádivas, al ir abandonando lo accesorio. El vigía, detenido para prevenir, explica las señales al no acostumbrado. Se cuenta de quienes llegaron al manantial de corrientes aguas que al serenar dan brillo al aire, armonía al oído; allí está, sin que ninguno quede sin asombro al escucharle, quien ha de mediar en el acercamiento a quien en nosotros buscamos.

Burlados los guardianes crueles, la iniciación ajustada a la conciencia, pide veracidad al fiel de la balanza. Tanto vale este acto de pesar cuidadosamente si la equidad conduce a creernos llamados a ser, por fin, reconocidos por la vista del espíritu, si nos hemos negado a los tentadores que embelesaban para sumergirnos en las abismales apetencias. El anhelo que se interna va acentuándose con fidelidad en el orden invisible. Superada la experiencia con la desconfianza de uno mismo, atento el ser a la desnuda palabra, la descubre en su fundación de letra perenne; se mezcla, al quitarse los desfigurantes adornos, a algún coro gozoso; sigue a la inmóvil idea, no a su engaño; no reduce a axioma la facilidad que aprisiona en el olvido del saber heroicamente conquistado. Aspirando en sí a mayores boscajes, se arriesga y da un paso en su estimación del espacio descubierto; le anima la necesidad de erguirse sobre las alternativas exigentes; en vencimiento transformante adquiere la seguridad de una correspondencia; el largo período de la redondez del tiempo le trae a la vista lo que ya otra vez había mirado y en breve espejo en el año, cuando le das, reaparición, tus alas vencedoras del destierro; asomas de las ocultas mansiones, convocada por el solsticio, embellecida por el cortejo de hojas y de racimos, por la frescura que esparce el aroma insumergible; tú, la que estás pronta a brotar, a extender tus ramas, a renovar tu verdor en este cósmico valle rodeado por el océano. Ella, la joven, se detiene para mirarse y ve también quien la precede y quien la sigue. Ve lucir en multiplicidad la cultivada espiga; escucha palabras que serán incitación y advertencia, precursoras de otros indicios. Ya aquí no atrae mucho la avaricia inmediata, la solemnidad postulante del ídolo; se encarece la precaución de no tornar la vista que aguarda asegurar doblemente la esperanza; en gemela influencia la ofrecida hermosura del fruto nace de la magnificencia solar y de la oscuridad de las raíces. Así trabajó el ceramista de la granada. La mano delicada, que

ahora la muestra al asombro, se goza con sus colores y su esfera, nos reúne a admirarla. El rubí del grano; por estar escondido, da el conocimiento de la subterránea sombra, como el esmalte, la forma y la corona la rotación ordenada de los ejes en el torno diestramente movido. Más valía quedarse a contemplar esta creación esmerada que sentirse llevado por habituales inclinaciones y no consultadas aquiescencias donde con poco se impide y se conforma, si el amor no nos ha herido y suspira cuando aún no se cierran los oídos a la voz que le recuerda su promesa antes de que sea imposible el reconocimiento. Alejado el falso límite empieza la viajera a testimoniar que si la onda se negó a su sed fué por culpa de la esquividad de su labio. Esta voluntad a ciegas en el acontecimiento en busca de la irradiante estabilidad permanente, de la liberación de los rencores del individualismo vegetativo, se aventura en el albergue propio, conduce a la beatitud esencial en su aspiración a confrontar en su causa la intención y el acto. Halagados los indagadores no se detuvieron indiferentes, practicaron la independencia sojuzgando nuestras miserias.

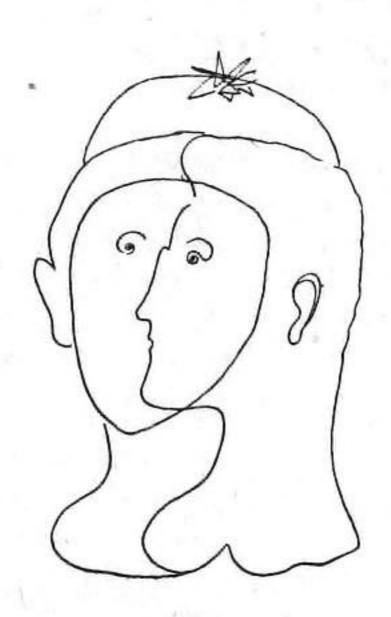
Errantes muchos, los pies descalzos, pisando mentalmente extremas regiones de la real existencia, veíanse ellos, los ilustres, conseguir de su elaborada condición pensante, el modelo ejemplar con la integridad de la mínima circunstancia medida; consultaban, como en secreta gruta, a su alma, aún negándole algunos perduración definitiva, por la comprobación aprendida cuando ella fué llamada para encargársele una obra dotada de movimiento; por la obra la conocieron; fué vehículo el ahinco estudioso; se hacía instrumento invencible del discernimiento que se emancipa, cada vez más compenetrado por su admiración en lo divino. La vehemente aspiración, quizá juego de niño, quiere volverse idéntica al ser, viene a darnos voces; esas voces, incremento de bellas acciones, dictamen hallado en la aversión de lo que entretiene en la discordia. Oponíanse, en el inevitable drama, las afirmaciones urgidas por la ponzoña terrestre, que a su pesar la tierra padece. Habiéndose retardado demasiado algunos, no Îlegaron cuando se premiaba a los primeros haciéndoles conocer la norma excelente; un pérfido designio les aguija, aunque ignore quien infiere el daño por qué le place; no se detiene a considerar la altitud del bien que pasa al acto hermoso, queda el inexplorado enigma del que no se pregunta cuáles son los fundamentos crecientes que invitan a participar de la convergencia unánime. Los pareceres más opuestos, los contrarios irreconciliables que se obstinan en mostrar vías diversas, no niegan un ámbito común, el que en todos mantiene su parte en la permanencia de la proporción ineludible. Allí se descansa, allí nos es concedida la descubierta fisonomía en la grada donde ya las esculpidas figuras se animan y oyen de más lejos; resalta, con el tallado balaustre, la construcción entera, no de inmediato accesi-Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ble, ápice de la iluminación entregada a la oscura conciencia que limpia de mal continuo va escuchando hasta llegar a la santidad del propio respeto. Como quien está a punto de partir para visitar una ciudad afligida donde se confía la salvación a su eficiencia, y se despide con advertencias previsoras, ante el mensajero que le escucha, esta sabiduría, en sus curiosas informaciones, exige la existencia del oído obediente, si no lo sobrepasa el éxtasis que no pudo contenerse; por eso llegó a temer el apresuramiento de la duración mezquina, la dispersión y el desasosiego que se oponen al hallazgo de la mirada que valora en la dubitación del examen. El tentado anticipadamente por el rapto puede extraviarse en la apariencia, no entra en la terminada arquitectura, no soporta, al comienzo, el vacío y el desierto, se vuelve a sus gustos contradictorios; siente ahora el temor del rostro verdadero, de renunciar al error que lo abriga, a las preferencias de la simpatía y la costumbre, quiere armarse de cautela para desviar en su deleite la justicia, o quizá le llama en el huído tiempo una isla que quedó más alejada de lo que preveía quien se confió a la nave y conoció países, aunque ya no estén allí quienes añoran y con ternura esperan; parece que vaga ante la vista ese lugar donde los ojos encontraron la configuración del árbol, de la nube. La esforzada ruta desdeñada por quien se opuso a frecuentarla, ofrecía al artífice de sí mismo la certeza de su triunfo al darle posesión del sitio alcanzado, primicia magnífica de aquel dar generoso que se acrecienta con la victoria de quien llega a merecerlo. Poseía un precedente el aceptado a participar de los dones definitivos, cuando la inteligencia, al comparar, le llevó a descubrir, separándose del engaño cambiante, cuanto es realidad del ser, origen en la creación y el anhelo, rehusando defender lo estrechamente suyo que empequeñece. Falto de la afin convivencia perdurable, que en amistad conmovida continúa comunicándose, o de intrepidez lúcida, por no haber persistido, el esbozo inconstante se reduce a visión temporánea como se trasladan en pintura impresionable los aspectos sensibles.

En el momento próximo donde ella empieza a mostrarse quien se atreve a seguirla recuerda un propósito interrumpido y se creería que una gota de licor le hace volverse ligeramente delirante, se apacigua al ver en la húmeda piedra el encanto. Si no miró más que una parte con la cuidada reflexión en la forma y la memoria, nos llama, enseñoreada por el vuelo, para andar universalmente con ella, descubierto el móvil, adquirida la ciencia que acerca la extensión lejana. La obligaron a desesperantes labores a las que dió término ayudada por la diligencia que ella labró en los seres comedidos; si no se ofreció a servir, según refieren de la errante extranjera, cuando en la angustia de la pérdida se desea instituir el misterio del rescate, fué porque su curiosidad impaciente quiere alumbrar donde la obscuridad vela el

amor todavía no mirado. Traspasa las puertas de la opinión abandonada por su ceñida audacia, con valor al que se debe reverencia por
lo mucho que ella padeció anteriormente. Esta joven alada que educó
al que salía de la sombra para mirar el aire, aparece en sus trabajos
con la animación dialogada de las sucesivas escenas de un friso legendario; atenta siempre, en el ir y venir incesante, al sentido que ha de
llevar al posible conocimiento que quiere ver en lo oculto lo que se
puede alcanzar consigo mismo.

ARTURO MARASSO



EL CUCHILLO

Remotas huellas de llama y de martillo lo azulan con brillos que confabulan los cruces de la amalgama; con reverberos de escama el resplandor lo sonroja y si en el mango se moja la luz en candor de plata, entre hielos se amorata la línea cruel de la hoja.

Su finura traicionera
es parca y seria en la zaina
intimidad de la vaina
con un trébol por puntera,
pero el recato de afuera
que en redondeces se alisa,
en lo oscuro profundiza
un acerado punzar
siempre dispuesto a brotar
de pronto, como la brisa.

No es la mano quien lo busca sino su peso liviano que lleva hacia atrás la mano como una llamada brusca; no hay ruego que lo reduzca antes que la carne duela, después se empaña en la suela o carcomido de herrumbre, esconde su pez de lumbre bajo una capa canela.

Lleva la muerte sumida y aunque lo melle el trabajo, Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar guarda la forma del tajo y el ángulo de la herida, tiene en la noche guarida y en la sangre madrugada, blandura en la rebanada de la galleta pulposa y gusto en la carne untuosa de la costilla adobada.

Hendiendo la lonja alarga una aspereza ligera como rasguño que fuera rayando al través la sarga, y si la fuerza lo carga a plomo en un alambrado, corta si está bien pulsado, entre notas de violín, hasta alambre San Martín de un solo golpe ladeado.

Conoce el lugar del cuello donde de un tajo se mata mientras un hilo escarlata se agloba con el resuello, y con pausado destello y suavidad minuciosa, corre en la espuma viscosa que hay entre la res y el cuero, como una quilla de acero que surca la carne rosa.

Al cuchillo se lo estima como a la punta del brazo: es lo mismo que un retazo de muerte llevado encima; y así como tiene el clima viviente de la cintura, vale por lo que figura y por lo que es realmente: emblema resplandeciente del alma de la llanura.

BESTIARIO

Entre la última cucharada de arroz con leche —poca canela, una lástima— y los besos antes de subir a acostarse, llamó la campanilla en la pieza del teléfono e Isabel se quedó remoloneando hasta que Inés vino de atender y dijo algo al oído de su madre. Se miraron entre ellas y después las dos a Isabel, que pensó en la jaula rota y las cuentas de dividir y un poco en la rabia de misia Lucera por tocarle el timbre a la vuelta de la escuela. No estaba tan inquieta, su madre e Inés miraban como más allá de ella, casi tomándola por pretexto; pero la miraban.

-A mí, creéme que no me gusta que vaya- dijo Inés.- No tanto por el tigre, después de todo cuidan bien ese aspecto. Pero

la casa tan triste, y ese chico solo para jugar con ella...

—A mí tampoco me gusta— dijo la madre, e Isabel supo como desde un tobogán que la mandarían a lo de Funes a pasar el verano. Se tiró en la noticia, en la enorme ola verde, lo de Funes, lo de Funes, claro que la mandaban. No les gustaba pero convenía. Bronquios delicados, Mar del Plata carísima, difícil manejarse con una chica consentida, boba, conducta regular con lo buena que es la señorita Tania, sueño inquieto y juguetes por todos lados, preguntas, botones, rodillas sucias. Sintió miedo, delicia, olor de sauces y la u de Funes se le mezclaba con el arroz con leche, tan tarde y a dormir, ya mismo a la cama.

Acostada, sin luz, llena de besos y miradas tristes de Inés y su madre, no bien decididas pero ya decididas del todo a mandarla. Antevivía la llegada en break, el primer desayuno, la alegría de Nino cazador de cucarachas, Nino sapo, Nino pescado (un recuerdo de tres años atrás, Nino mostrándole unas figuritas puestas con engrudo en un álbum, y diciéndole grave: "Este es un sapo, y éste un pes - ca - do".) Ahora Nino en el parque esperándola con la red de mariposas, y también las manos blandas de Rema — las vió que nacían de la oscuridad, estaba con los ojos abiertos y en vez de la cara de Nino zás las manos de Rema, la menor de los Funes. "Tía Rema me quiere tanto", y los ojos de Nino se hacían grandes y mojados, otra vez vió a Nino desgajarse flotando en el aire confuso del dormitorio, mirándola contento. Nino pescado. Se durmió querientistorico de Revistas Argenturas "WWW.ahira.com.ar

40

do que la semana pasara esa misma noche, y las despedidas, el viaje en tren, la legua en break, el portón, los eucaliptos del camino de entrada. Antes de dormirse tuvo un momento de horror cuando imaginó que podía estar soñando. Estirándose de golpe dió con los pies en los barrotes de bronce, le dolieron a través de las colchas, y en el comedor grande se oía hablar a su madre y a Inés, equipaje, ver al médico por lo de las erupciones, aceite de bacalao y hamamelis virgínica. No era un sueño, no era un sueño.

No era un sueño. La llevaron a Constitución una mañana ventosa, con banderitas en los puestos ambulantes de la plaza, torta en el Tren Mixto y gran entrada en el andén número catorce. La besaron tanto entre Inés y su madre que le quedó la cara como caminada, blanda y oliendo a rouge y polvo rachel de Coty, húmeda alrededor de la boca, un asco que el viento le sacó de un manotazo. No tenía miedo de viajar sola porque era una chica grande, con nada menos que veinte pesos en la cartera, Compañía Sansinena de Carnes Congeladas metiéndose por la ventanilla con un olor dulzón, el Riachuelo amarillo e Isabel repuesta ya del llanto forzado, contenta, muerta de miedo, activa en el ejercicio pleno de su asiento, su ventanilla, viajera casi única en un pedazo de coche donde se podía probar todos los lugares y verse en los espejitos. Pensó una o dos veces en su madre, en Inés -ya estarían en el 97, saliendo de Constitución-, leyó prohibido fumar prohibido escupir capacidad 42 pasajeros sentados, pasaban por Banfield a toda carrera, vuuuúm! campo más campo más campo mezclado con el gusto del milkibar y las pastillas de mentol. Inés le había aconsejado que fuera tejiendo la mañanita de lana verde, de manera que Isabel la llevaba en lo más escondido del maletín, pobre Inés con cada idea tan pava.

En la estación le vino un poco de miedo, porque si el break...

Pero estaba ahí, con don Nicanor florido y respetuoso, niña de aquí y niña de allá, si el viaje bueno, si doña Elisa siempre guapa, claro que había llovido — Oh andar del break, vaivén para traerle el entero acuario de su anterior venida a Los Horneros. Todo más menudo, más de cristal y rosa, sin el tigre entonces, con don Nicanor menos canoso, apenas tres años atrás, Nino un sapo, Nino un pescado, y las manos de Rema que daban deseos de llorar y sentirlas eternamente contra su cabeza, en una caricia casi de muerte y de vainillas con crema, las dos mejores cosas de la vida.

Le dieron un cuarto arriba, entero para ella, lindísimo. Un cuarto para grande (idea de Nino, todo rulos negros y ojos, bonito en su mono azul; claro que de tarde Luis lo hacía vestir muy bien, de gris pizarra con corbata colorada) y dentro otro cuarto chiquito con un cardenal enorme y salvaje. El baño quedaba a dos puertas Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(pero internas, de modo que se podía ir sin averiguar antes dónde estaba el tigre), lleno de canillas y metales, aunque a Isabel no la engañaban fácil y ya en el baño se notaba bien el campo, las cosas no eran tan perfectas como en un baño de ciudad. Olía a viejo, la segunda mañana encontró un bicho de humedad paseando por el lavabo. Lo tocó apenas, se hizo una bolita temerosa, perdió pie y se fué por el agujero gorgoteante.

Querida mamá tomo la pluma para — Comían en el comedor de cristales, donde se estaba más fresco. El Nene se quejaba a cada momento del calor, Luis no decía nada pero poco a poco se le veía brotar el agua en la frente y la barba. Solamente Rema estaba tranquila, pasaba los platos despacio y siempre como si la comida fuera de cumpleaños, un poco solemne y emocionante. (Isabel aprendía en secreto su manera de trinchar, de dirigir a las sirvientitas.) Luis casi siempre leía, los puños en las sienes y el libro apoyado en un sifón. Rema le tocaba el brazo antes de pasarle un plato, y a veces el Nene lo interrumpía y lo llamaba filósofo. A Isabel le dolía que Luis fuera filósofo, no por eso sino por el Nene, porque entonces el Nene tenía pretexto para burlarse y decírselo.

Comían así: Luis en la cabecera, Rema y Nino de un lado, el Nene e Isabel del otro, de manera que había un grande en la punta y a los lados un chico y un grande. Cuando Nino quería decirle algo de veras le daba con el zapato en la canilla. Una vez Isabel gritó y el Nene se puso furioso y le dijo malcriada. Rema se quedó mirándola, hasta que Isabel se consoló en su mirada y la sopa ju-

liana.

Mamita, antes de ir a comer es como en todos los otros momentos, hay que fijarse si — Casi siempre era Rema la que iba a ver si se podía pasar al comedor de cristales. Al segundo día vino al living grande y les dijo que esperaran. Pasó un rato largo hasta que un peón avisó que el tigre estaba en el jardín de los tréboles, entonces Rema tomó a los chicos de la mano y entraron todos a comer. Esa mañana las papas estuvieron resecas, aunque solamente el Nene y Nino protestaron.

Vos me dijiste que no debo andar haciendo — Porque Rema parecía detener, con su tersa bondad, toda pregunta. Estaban tan bien que no era necesario preocuparse por lo de las piezas. Una casa grandísima, y en el peor de los casos había que no entrar en una habitación; nunca más de una, de modo que no importaba. A los dos días Isabel se habituó igual que Nino. Jugaban de la mañana a la noche en el bosque de sauces, y si no se podía en el bosque de sauces les quedaba el jardín de los tréboles, el parque de las hamacas y la costa del arroyo. En la casa era lo mismo, tenían area de las hamacas y la costa del arroyo. En la casa era lo mismo, tenían area de las hamacas y la costa del arroyo. En la casa era lo mismo, tenían area de las hamacas y la costa del arroyo. En la casa era lo mismo, tenían area de las hamacas y la costa del arroyo. En la casa era lo mismo, tenían area de las hamacas y la costa del arroyo. En la casa era lo mismo, tenían area de las del arroyos en la casa era lo mismo, tenían area de la costa del arroyo.

sus dormitorios, el corredor del medio, la biblioteca de abajo (salvo un jueves en que no se pudo ir a la biblioteca) y el comedor de cristales. Al estudio de Luis no iban porque Luis leía todo el tiempo, a veces llamaba a su hijo y le daba libros con figuras: pero Nino los sacaba de ahí, se iban a mirarlos al living o al jardín del frente. No entraban nunca en el estudio del Nene porque tenían miedo de sus rabias. Rema les dijo que era mejor así, se los dijo como advirtiéndoles; ellos ya sabían leer en sus silencios.

Al fin y al cabo era una vida triste. Isabel se preguntó una noche por qué los Funes la habrían invitado a veranear. Le faltó edad para comprender que no era por ella sino por Nino, un juguete estival para alegrar a Nino. Sólo alcanzaba a advertir la casa triste, que Rema estaba como cansada, que apenas llovía y las cosas tenían sin embargo algo de húmedo y abandonado. Después de unos días se habituó al orden de la casa, a la no difícil disciplina de aquel verano en Los Horneros. Nino empezaba a comprender el microscopio que le regalara Luis, pasaron una semana espléndida criando bichos en una batea con agua estancada y hojas de cala, poniendo gotas en la placa de vidrio para mirar los microbios. "Son larvas de mosquito, con ese microscopio no van a ver microbios", les decía Luis desde su sonrisa un poco quemada y lejana. Ellos no podían creer que ese rebullente horror no fuese un microbio. Rema les trajo un calidoscopio que guardaba en su armario, pero siempre les gustó más descubrir microbios y numerarles las patas. Isabel llevaba una libreta con los apuntes de los experimentos, combinaba la biología con la química y la preparación de un botiquín. Hicieron el botiquín en el cuarto de Nino, después de requisar la casa para proveerse de cosas. Isabel se lo dijo a Luis: "Queremos de todo; cosas." Luis les dió pastillas de Andreu, algodón rosado, un tubo de ensayo. El Nene, una bolsa de goma y un frasco de píldoras verdes con la etiqueta raspada. Rema fué a ver el botiquín, leyó el inventario en la libreta, y les dijo que estaban aprendiendo cosas útiles. A ella o a Nino (que siempre se excitaba y quería lucirse delante de Rema) se les ocurrió montar un herbario. Como esa mañana se podía ir al jardín de los tréboles, anduvieron sacando muestras y a la noche tenían el piso de sus dormitorios llenos de hojas y flores sobre papeles, casi no quedaba donde pisar. Antes de dormirse, Isabel apuntó: "Hoja Nº 74: verde, forma de corazón, con pintitas marrones." La fastidiaba un poco que casi todas las hojas fueran verdes, casi todas lisas, casi todas lanceoladas.

El día que salieron a cazar las hormigas, vió a los peones de la estancia. Al capataz y al mayordomo los conocía bien porque Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

iban con las noticias a la casa. Pero estos otros peones, más jóvenes, estaban ahí del lado de los galpones con un aire de siesta, bostezando a ratos y mirando jugar a los niños. Uno le dijo a Nino: "Pa que vaj a juntar tó esos bichos", y le dió con dos dedos en la cabeza, entre los rulos. Isabel hubiera querido que Nino se enojara, que demostrase ser el hijo del patrón. Ya estaban con la botella hirviendo de hormigas y en la costa del arroyo dieron con un enorme cascarudo y lo tiraron también adentro, para ver. La idea del formicario la habían sacado del Tesoro de la Juventud, y Luis les prestó un largo y profundo cofre de cristal. Cuando se iban, llevándolo entre los dos, Isabel le oyó decirle a Rema: "Mejor que se estén así quietos en casa". También le pareció que Rema suspiraba. Se acordó antes de dormirse, a la hora de las caras en la oscuridad, lo vió otra vez al Nene saliendo a fumar al porch, delgado y canturreando, a Rema que le llevaba el café y él que tomaba la taza equivocándose, tan torpe que apretó los dedos de Rema al tomar la taza, Isabel había visto desde el comedor que Rema tiraba la mano atrás y el Nene salvaba apenas la taza de caerse, y se reía con la confusión. Mejor hormigas negras que coloradas: más grandes, más feroces. Soltar después un montón de coloradas, seguir la guerra detrás del vidrio, bien seguros. Salvo que no se pelearan. Dos hormigueros, uno en cada esquina de la caja de vidrio - Se consolarían estudiando las distintas costumbres, con una libreta especial para cada clase de hormigas. Pero casi seguro que se pelearían, guerra sin cuartel para mirar por los vidrios, y una sola libreta.

A Rema no le gustaba espiarlos, a veces pasaba delante de los dormitorios y los veía con el formicario al lado de la ventana, apasionados e importantes. Nino era especial para señalar en seguida las nuevas galerías, e Isabel ampliaba el plano trazado con tinta a doble página. Por consejo de Luis terminaron aceptando hormigas negras solamente, y el formicario ya era enorme, las hormigas parecían furiosas y trabajaban hasta la noche, cavando y removiendo con mil órdenes y evoluciones, avisado frotar de antenas y patas, repentinos arranques de furor o vehemencia, concentraciones y desbandes sin causa visible. Isabel no sabía ya qué apuntar, dejó poco a poco la libreta y se pasaban horas estudiando y olvidándose los descubrimientos. Nino empezaba a querer volverse al jardín, aludía a las hamacas y a los petisos. Isabel lo despreciaba un poco. El formicario valía más que todo Los Horneros, y a ella le encantaba pensar que las hormigas iban y venían sin miedo a ningún tigre, a veces le daba por imaginarse un tigrecito chico como una goma de borrar, rondando las galerías del formicario; tal vez Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar por eso los desbandes, las concentraciones. Y le gustaba repetir el mundo grande en el de cristal, ahora que se sentía un poco presa, ahora que estaba prohibido bajar al comedor hasta que Rema les avisara.

Acercó la nariz a uno de los vidrios, de pronto atenta porque le gustaba que la consideraran; oyó a Rema detenerse en la puerta, callar, mirarla. Esas cosas las oía con tan nítida claridad cuando era Rema.

- –¿Por qué así sola?
- -Nino se fué a las hamacas. Me parece que ésta debe ser una reina, es grandísima.

El delantal de Rema se reflejaba en el vidrio. Isabel le vió una mano levemente alzada, con el reflejo en el vidrio parecía como si estuviera dentro del formicario, de pronto pensó en la misma mano dándole la taza de café al Nene pero ahora eran las hormigas que le andaban por los dedos, las hormigas en vez de la taza y la mano del Nene apretándole las yemas.

- -Saque la mano, Rema- pidió.
- -¿La mano?
- -Ahora está bien. El reflejo asustaba a las hormigas.
- -Ah. Ya se puede bajar al comedor.
- -Después. ¿El Nene está enojado con usted, Rema?

La mano pasó sobre el vidrio como un pájaro por una ventana. A Isabel le pareció que las hormigas se espantaban de veras, que huían del reflejo. Ahora ya no se veía nada, Rema se había ido, andaba por el corredor como escapando de algo. Isabel sintió miedo de su pregunta, un miedo sordo y sin sentido, quizá no de la pregunta como de verla irse así a Rema, del vidrio otra vez límpido donde las galerías desembocaban y se torcían como crispados dedos dentro de la tierra.

Una tarde hubo siesta, sandía, pelota a paleta en la pared que miraba al arroyo, y Nino estuvo espléndido sacando tiros que parecían perdidos y subiéndose al techo por la glicina para desenganchar la pelota metida entre dos tejas. Vino un peoncito del lado de los sauces y los acompañó a jugar, pero era lerdo y se le iban los tiros. Isabel olía hojas de aguaribay y en un momento, al devolver con un revés una pelota insidiosa que Nino le mandaba baja, sintió como muy adentro la felicidad del verano. Por primera vez entendía su presencia en Los Horneros, las vacaciones, Nino. Pensó en el formicario, allá arriba, y era una cosa muerta y rezumante, un horror de patas buscando salir, un aire viciado y venenoso. Golpeó la pelota con rabia, con alegría, cortó un tallo de aguaribay

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con los dientes y lo escupió asqueada, feliz, por fin de veras bajo el

sol del campo.

Los vidrios cayeron como granizo. Era en el estudio del Nene. Lo vieron asomarse en mangas de camisa, con los anchos anteojos negros.

-¡Mocosos de porquería!

El peoncito escapaba. Nino se puso al lado de Isabel, ella lo sintió temblar con el mismo viento que los sauces.

-Fué sin querer, tío.

-De veras, Nene, fué sin querer.

Ya no estaba.

Le había pedido a Rema que se llevara el formicario y Rema se lo prometió. Después, charlando mientras la ayudaba a colgar su ropa y a ponerse el piyama, se olvidaron. Isabel sintió la cercanía de las hormigas cuando Rema le apagó la luz y se fué por el corredor a darle las buenas noches a Nino todavía lloroso y dolido, pero no se animó a llamarla de nuevo, Rema hubiera pensado que era una chiquilina. Se propuso dormir en seguida, y se desveló como nunca. Cuando fué el momento de las caras en la oscuridad, vió a su madre y a Inés mirándose con un sonriente aire de cómplices y poniéndose unos guantes de fosforescente amarillo. Vió a Nino llorando, a su madre y a Inés con los guantes que ahora eran gorros violeta que les giraban y giraban en la cabeza, a Nino con ojos enormes y huecos -tal vez por haber llorado tanto- y previó que ahora vería a Rema y a Luis, deseaba verlos y no al Nene, pero vió al Nene sin los anteojos, con la misma cara contraída que tenía cuando empezó a pegarle a Nino y Nino se iba echando atrás hasta quedar contra la pared y lo miraba como esperando que eso concluyera, y el Nene volvía a cruzarle la cara con un bofetón suelto y blando que sonaba a mojado, hasta que Rema se puso delante y él se rió con la cara casi tocando la de Rema, y entonces se oyó volver a Luis y decir desde lejos que ya podían ir al comedor de adentro. Todo tan rápido, todo porque Nino estaba ahí y Rema vino a decirles que no se movieran del living hasta que Luis verificara en qué pieza estaba el tigre, y se quedó con ellos mirándolos jugar a las damas. Nino ganaba y Rema lo elogió, entonces Nino se puso tan contento que le pasó los brazos por el talle y quiso besarla. Rema se había inclinado, riéndose, y Nino la besaba en los ojos y la nariz, los dos se reían y también Isabel, estaban tan contentos jugando así. No vieron acercarse al Nene, cuando estuvo al lado arrancó a Nino de un tirón, le dijo algo del pelotazo al vidrio de su cuarto y le empezó a pegar, miraba a Rema cuando pegaba, parecía furioso contra Rema y ella lo desafió un momento con los ojos, Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Isabel asustada la vió que lo encaraba y se ponía delante para proteger a Nino. Toda la cena fué un disimulo, una mentira, Luis creía que Nino lloraba por un porrazo, el Nene miraba a Rema como mandándola que se callara, Isabel lo veía ahora con la boca dura y hermosa, de labios rojísimos; en la tiniebla los labios eran todavía más escarlata, se le veía un brillo de dientes naciendo apenas. De los dientes salió una nube esponjosa, un triángulo verde, Isabel parpadeaba para borrar las imágenes y otra vez salieron Inés y su madre con guantes amarillos; las miró un momento y pensó en el formicario: eso estaba ahí y no se veía; los guantes amarillos no estaban y ella los veía en cambio como a pleno sol. Le pareció casi curioso, no podía hacer salir el formicario, más bien lo alcanzaba como un peso, un pedazo de espacio denso y vivo. Tanto lo sintió que se puso a buscar los fósforos, la vela de noche. El formicario saltó de la nada envuelto en penumbra oscilante. Isabel se acercaba llevando la vela. Pobres hormigas, iban a creer que era el sol que salía. Cuando pudo mirar uno de los lados, tuvo miedo; en plena oscuridad las hormigas habían estado trabajando. Las vió ir y venir, bullentes, en un silencio tan visible, tan palpable. Trabajaban allí adentro, como si no hubieran perdido todavía la esperanza de salir.)

Casi siempre era el capataz el que avisaba de los movimientos del tigre; Luis le tenía la mayor confianza y como se pasaba casi todo el día trabajando en su estudio, no salía nunca ni dejaba moverse a los que venían del piso alto hasta que don Roberto mandaba su informe. Pero también tenían que confiar entre ellos. Rema, ocupada en los quehaceres de adentro, sabía bien lo que pasaba en la planta baja y arriba. Otras veces eran los chicos que traían la noticia al Nene o a Luis. No porque vieran nada, pero si don Roberto los encontraba afuera les marcaba el paradero del tigre y ellos volvían a avisar. A Nino le creían todo, a Isabel menos porque era nueva y podía equivocarse. Después, como andaba siempre con Nino pegado a sus polleras, terminaron creyéndole lo mismo. Eso, de mañana y de tarde; por la noche era el Nene quien salía a verificar si los perros estaban atados o si no había quedado rescoldo cerca de las casas. Isabel vió que llevaba el revólver y a veces un bastón con puño de plata.

A Rema no quería preguntarle porque Rema parecía encontrar en eso algo tan obvio y necesario; preguntarle hubiera sido pasar por tonta, y ella cuidaba su orgullo delante de otra mujer. Nino era fácil, hablaba y refería. Todo tan claro y evidente cuando él lo explicaba. Sólo por la noche, si quería repetirse esa claridad y esa evidencia, Isabel se daba cuenta de que las razones im-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

portantes continuaban faltando. Aprendió pronto lo que de veras importaba: verificar previamente si se podía salir de la casa o bajar al comedor de cristales, al estudio de Luis, a la biblioteca. "Hay que fiar en don Roberto", había dicho Rema. También en ella, y en Nino. A Luis no le preguntaba porque pocas veces sabía. Al Nene, que sabía siempre, no le preguntó jamás. Y así todo era fácil, la vida se organizaba para Isabel con algunas obligaciones más del lado de los movimientos, y algunas menos del lado de la ropa, las comidas, la hora de dormir. Un veraneo de veras, como debería ser el año entero.

...verte pronto. Ellos están bien. Con Nino tenemos un formicario y jugamos y llevamos un herbario muy grande. Rema te manda besos, está bien. Yo la encuentro triste, lo mismo a Luis que es muy bueno. Yo creo que Luis tiene algo, y eso que estudia tanto. Rema me dió unos pañuelos de colores preciosos, a Inés le van a gustar. Mamá esto es lindo y yo me divierto con Nino y don Roberto, es el capataz y nos dice cuándo podemos salir y adónde, una tarde casi se equivoca y nos manda a la costa del arroyo, en eso vino un peón a decir que no, vieras qué afligido estaba don Roberto y después Rema, lo alzó a Nino y lo estuvo besando, y a mí me apretó tanto. Luis anduvo diciendo que la casa no era para chicos, y Nino le preguntó quiénes eran los chicos y todos se rieron, hasta el Nene se reía. Don Roberto es el capataz.

Si vinieras a buscarme te quedarías unos días y podrías estar

con Rema y alegrarla. Yo creo que ella...

Pero decirle a su madre que Rema lloraba de noche, que la había oído llorar pasando por el corredor a pasos titubeantes, pararse en la puerta de Nino, seguir, bajar la escalera (se estaría secando los ojos) y la voz de Luis, lejana: "¿Qué tenés, Rema? ¿No estás bien?", un silencio, toda la casa como una inmensa oreja, después un murmullo y otra vez la voz de Luis: "Es un miserable, un miserable...", casi como constatando fríamente un hecho, una filiación, tal vez un destino.

... está un poco enferma, le haría bien que vinieras y la acompañaras. Tengo que mostrarte el herbario y unas piedras del arroyo que me trajeron los peones. Decile a Inés...

Era una noche como le gustaban a ella, con bichos, humedad, pan recalentado y flan de sémola con pasas de corinto. Todo el tiempo ladraban los perros sobre la costa del arroyo, un mamboretá enorme se plantó de un vuelo en el mantel y Nino fué a buscar la

lupa, lo taparon con un vaso ancho y lo hicieron rabiar para que mostrase los colores de las alas.

-Tirá ese bicho- pidió Rema. -Les tengo tanto asco.

-Es un buen ejemplar- admitió Luis. -Miren cómo sigue mi mano con los ojos. El único insecto que gira la cabeza.

-Qué maldita noche- dijo el Nene detrás de su diario.

Isabel hubiera querido decapitar al mamboretá, darle un tijeretazo y ver qué pasaba.

-Dejalo dentro del vaso -pidió a Nino-. Mañana lo podría-

mos meter en el formicario y estudiarlo.

El calor subía, a las diez y media no se respiraba. Los chicos se quedaron con Rema en el comedor de adentro, los hombres estaban en sus estudios. Nino fué el primero en decir que tenía sueño.

-Subí solo, yo voy después a verte. Arriba está todo bien.-Y Rema lo ceñía por la cintura, con un gesto que a él le gustaba

tanto.

-¿Nos contás un cuento, tía Rema?

-Otra noche.

Se quedaron solas, con el mamboretá que las miraba. Vino Luis a darles las buenas noches, murmuró algo sobre la hora en que los chicos debían irse a la cama, Rema le sonrió al besarlo.

- —Oso gruñón— dijo, e Isabel inclinada sobre el vaso del mamboretá pensó que nunca había visto a Rema besando al Nene y a un mamboretá de un verde tan verde. Le movía un poco el vaso y el mamboretá rabiaba. Rema se acercó para pedirle que fuera a dormir.
 - —Tirá ese bicho, es horrible.
 - -Mañana, Rema.

Le pidió que subiera a darle las buenas noches. El Nene tenía entornada la puerta de su estudio y estaba paseándose en mangas de camisa, con el cuello suelto. Le silbó al pasar.

-Me voy a dormir, Nene.

-Oíme: decile a Rema que me haga una limonada bien fresca y me la traiga aquí. Después subís nomás a tu cuarto.

Claro que iba a subir a su cuarto, no veía por qué tenía él que mandárselo. Volvió al comedor para decirle a Rema.

-No subas todavía. Voy a hacer la limonada y se la llevás vos misma.

−Él dijo que...

-Por favor.

Isabel se sentó al lado de la mesa. Por favor. Había nubes de bichos girando bajo la lámpara de carburo, se hubiera quedado horas mirando la nada y repitiendo: Por favor, por favor. Rema, Rema — Cuánto la quería, y esa voz de tristeza sin fondo, sin

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

49

razón posible, la voz misma de la tristeza. Por favor. Rema, Rema... Un calor de fiebre le ganaba la cara, un deseo de tirarse a los pies de Rema, de dejarse llevar en brazos por Rema, una voluntad de morirse mirándola y que Rema le tuviera lástima, le pasara finos dedos frescos por el pelo, por los párpados...

Ahora le alcanzaba una jarra verde llena de limones partidos

y hielo.

—Llevásela.

-Rema...

Le pareció que temblaba, que se ponía de espaldas a la mesa para que ella no le viese los ojos.

-Ya tiré el mamboretá, Rema.

Se duerme mal con el calor pegajoso y tanto zumbar de mosquitos. Dos veces estuvo a punto de levantarse, salir al corredor o ir al baño a mojarse las muñecas y la cara. Pero oía andar a alguien, abajo, alguien se paseaba de un lado al otro del comedor, llegaba al pie de la escalera, volvía... No eran los pasos oscuros y espaciados de Luis, no era el andar de Rema. Cuánto calor tenía esa noche el Nene, cómo se habría bebido a largos sorbos la limonada. Isabel lo veía bebiendo de la jarra, las manos sosteniendo la jarra verde con rodajas amarillas oscilando en el agua bajo la lámpara; pero a la vez estaba segura de que el Nene no había bebido la limonada, que estaba aún mirando la jarra que ella le llevara hasta la mesa como alguien que mira una perversidad infinita. No quería pensar en la sonrisa del Nene, su ir hasta la puerta como para asomarse al comedor, su retorno lento.

-Ella tenía que traérmela. A vos te dije que subieras a tu cuarto.

Y no ocurrírsele más que una respuesta tan idiota:

-Está bien fresca, Nene.

Y la jarra verde como el mamboretá.

Nino se levantó el primero y le propuso ir a buscar caracoles al arroyo. Isabel casi no había dormido, recordaba salones con flo res, campanillas, corredores de clínica, hermanas de caridad, termómetros en bocales con bicloruro, imágenes de primera comunión, Inés, la bicicleta rota, el Tren Mixto, el disfraz de gitana de los ocho años. Entre todo eso, como delgado aire entre hojas de álbum, se veía despierta, pensando en tantas cosas que no eran flores, campanillas, corredores de clínica. Se levantó de mala gana, se lavó duramente las orejas. Nino dijo que eran las diez y que el tigre estaba en la sala del piano, de modo que podían irse en seguida al arroyo. Bajaron juntos, saludando apenas a Luis y al Nene que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

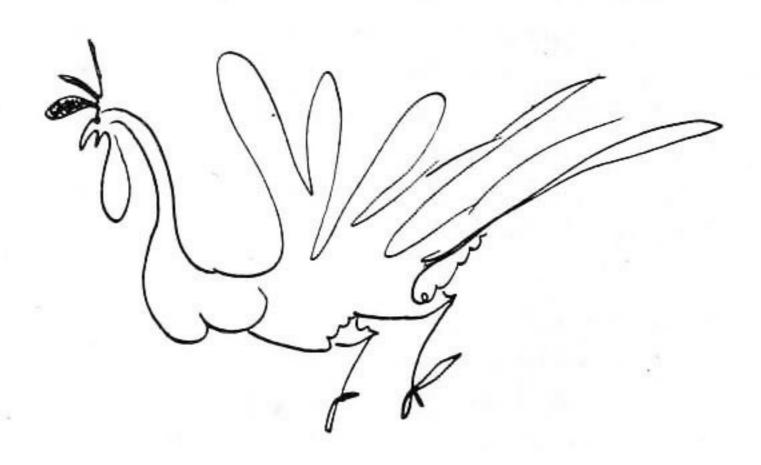
leían con las puertas abiertas. Los caracoles quedaban en la costa sobre los trigales. Nino anduvo quejándose de la distracción de Isabel, la trató de mala compañera y de que no ayudaba a formar la colección. Ella lo veía de repente tan chico, tan un muchachito entre sus caracoles y sus hojas.

Volvió la primera, cuando en la casa izaban la bandera para el almuerzo. Don Roberto venía de inspeccionar e Isabel le preguntó como siempre. Ya Nino se acercaba despacio, cargando la caja de los caracoles y los rastrillos, Isabel lo ayudó a dejar los rastrillos en el porch y entraron juntos. Rema estaba ahí, blanca y callada. Nino le puso un caracol azul en la mano.

-Para vos, el más lindo.

El Nene ya comía, con el diario al lado, a Isabel le quedaba apenas sitio para apoyar el brazo. Luis vino el último de su cuarto, contento como siempre a mediodía. Comieron, Nino hablaba de los caracoles, los huevos de caracoles en las cañas, la colección por tamaños o colores. Él los mataría solo, porque a Isabel le daba pena, los pondrían a secar en una chapa de cinc. Después vino el café y Luis los miró con la pregunta usual, entonces Isabel se levantó la primera para buscar a don Roberto, aunque don Roberto ya le había dicho antes. Dió vuelta al porch y cuando entró otra vez, Rema y Nino tenían las cabezas juntas sobre los caracoles, estaban como en una fotografía de familia, solamente Luis la miró y ella dijo: "Está en el estudio del Nene", se quedó viendo cómo el Nene alzaba los hombros, fastidiado, y Rema que tocaba un caracol con la punta del dedo, tan delicadamente que también su dedo tenía algo de caracol. Después Rema se levantó para ir a buscar más azúcar, e Isabel fué detrás de ella charlando hasta que volvieron riendo por una broma que habían cambiado en la antecocina. Como a Luis le faltaba tabaco y mandó a Nino a su estudio, Isabel lo desafió a que encontraba primero los cigarrillos y salieron juntos. Ganó Nino, volvieron corriendo y empujándose, casi chocan con el Nene que se iba a leer el diario a la biblioteca, quejándose por no poder usar su estudio. Isabel se acercó a mirar los caracoles, y Luis esperando que le encendiera como siempre el cigarrillo la vió perdida, estudiando los caracoles que empezaban despacio a asomar y moverse, mirando de pronto a Rema pero saliéndose de ella como una ráfaga, y obsesionada por los caracoles, tanto que no se movió al primer alarido del Nene, todos corrían ya y ella estaba sobre los caracoles como si no oyera el nuevo grito ahogado del Nene, los golpes de Luis en la puerta de la biblioteca, don Roberto que entraba con perros, las quejas del Nene entre los ladridos furiosos de los perros, y Luis repitiendo: "¡Pero si estaba en el estudio de él! ¡Ella dijo que estaba en el estudio de él!", inclinada sobre los caracoles Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar esbeltos como dedos, quizá como los dedos de Rema, o era la mano de Rema que le tomaba el hombro, la hacía alzar la cabeza para mirarla, para estarla mirando una eternidad, rota por su llanto feroz contra la pollera de Rema, su alterada alegría, y Rema pasándole la mano por el pelo, calmándola con un suave apretar de dedos y un murmullo contra su oído, un balbucear como de gratitud, de innominable aquiescencia.

JULIO CORTÁZAR



ELLAS Y QUEVEDO

¿Por qué sentía Quevedo tanta animadversión hacia la mujer? Es difícil encontrar otro alto espíritu entre todos los de cualquier país y época que experimente un sentimiento de hostilidad contra las mujeres, tan sañudo y tan constante. Quevedo se recrea en este sentimiento con ese gusto acerbo y procaz en que es maestro insuperable. Es, en realidad, un clásico del antifeminismo.

Quevedo no se enoja nunca al zaherir a las hijas de Eva. Las escarnece, las increpa, las injuria con admirable frialdad, con lo cual sus ataques toman un carácter desinteresado que refuerza su eficacia. Quevedo se enfrenta con ellas y las desafía flemáticamente.

El odio del hombre a la mujer puede ser —y lo ha sido con frecuencia— una forma indirecta o anómala de romanticismo. En este sentido constituye un homenaje disfrazado, una reacción defensiva de la sensibilidad masculina, movida por oscuros estímulos de amor. El amor y el odio son sentimientos reversibles. No se odia lo que no se estima, aunque sea de una manera negativa.

La mujer ha tenido siempre graves fiscales entre los grandes espíritus de la humanidad. Sin recurrir al manido ejemplo de Schopenhauer, no tenemos más que hojear las descripciones naturalistas de Maupassant o de Zola, los comentarios de Heine, muchas escenas de Strindberg, los artículos de Larra, etc., para darnos cuenta de cómo son (según estas lumbreras del pensamiento) nuestras inevitables compañeras de planeta. Cierto que las mujeres, a través de sus portavoces las literatas ilustres, han recusado a sus censores, tachándoles de resentidos y, por consiguiente, de parciales. De Schopenhauer dicen que era demaiado feo para hablar de ellas con conocimiento de causa. De Maupassant afirman que, aunque buen mozo, quizo vengar en el bello sexo el lamentable obsequio que le hizo una dama, de resultas del cual enfermó y murió, prematuramente, el autor de "Bel Ami". A Heine le restriegan por las narices (y perdonad el grafismo de la frase) el asunto de su guantera y a Larra, las reiteradas infidelidades de su Dolores Armijo. ¿No acabó "Fígaro" Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.anira.com.ar suicidándose por su amada? He aquí una prueba de su frivolidad. "¿Cómo ha de tenerse en cuenta lo que diga de las mujeres un hombre tan falto de juicio?" exclama María Llovet, desdeñosamente.

¡Ah, si no fuesen más que esos comentaristas apasionados los que fustigan a la mujer! Pero el caso es que ya los misóginos de la Biblia y los clásicos de casi todas las literaturas, con Molière y Lope a la cabeza, y el concienzudo Séneca lo mismo que el penetrante Federico Nietzsche, y Anatole France igual que el divino Aretino, casi toda la gente de pluma a través de los siglos coincide en una condenación fundamental de la mujer. Y todos estos hombres no eran feos, ciertamente, ni frívolos, ni paralíticos progresivos, ni escribieron bajo la pesadumbre de sus ramificaciones frontales.

Alguna razón habrá de concedérseles, aunque tal vez exageraron algo en sus juicios, porque es indudable que el cargamento de diatribas con que apabullan a la mujer es enorme. Pero todo ello no significa nada en cuanto agresión y desprecio, comparado con la violencia fría, sosegada, conque las trata Quevedo. Su ferocidad recuerda la del leopardo o la del gato jugando con el ratón antes de

devorarle.

A lo largo de tan duro castigo fraseológico, llega el lector a tener lástima de ellas. Llegamos hasta indignarnos con el escritor y considerar las pobrecillas como inocentes mártires víctimas de su despiadado vapuleo. El satírico las trata con mala sangre. Su encono hacia las mujeres es mucho mayor que el que emplea para desollar en vivo a toda la caterva de sus otros "favoritos": leguleyos, médicos, maridos complacientes, usureros, políticos y dómines. Veamos algunas muestras de estas recias acometidas.

Las mujeres —escribe en "Marco Bruto"— son artífices y oficiales de la vida y ocasiones y causas de la muerte. Si las tratan bien son malas; si las tratan mal son peores. Aquel es avisado que usa de

sus caricias y no se fía de ellas.

En "La hora de todos", un doctor a quien la barba le chorrea-ba hasta los tobillos se dirige a las mujeres diciendo: Si torcemos las leyes y la justicia, es porque seguimos la doctrina de vuestra belleza, y de las maldades que nos mandáis hacer cobráis los intereses y nos dejáis la infamia de jueces detestables. Luego, añade, defendiendo el derecho del marido al degüello de la cultura: Demonios de buen sabor, si una liviandad vuestra quita las honras a padres e hijos y afrenta a toda una generación ¿por qué se os antoja riguroso castigo la pena de muerte, siendo de tanta mayor estimación la honra de muchos inocentes que la vida de un culpado?... Si habéis de pedir lo que os falta, pedid moderación y seso. A las españolas, en particular, dedica un sarcástico "Epitafio contra las mujeres de España".

Es verdad que Quevedo escribió también algunos poemas amo-Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rosos, requiebros y romances amatorios. Pero, sin duda, lo hizo para despistar. En general, los clásicos españoles —dejando a un lado, como mirlos blancos, a Garcilaso, Gutierre de Cetina y Fernando de Herrera— suelen ser duros con la mujer. Por cada madrigal que le

dedican, la asaetean con innumerables epígramas.

El mismo Cervantes, tan comprensivo y generoso con las figuras femeninas, no se libra del contagio. Cervantes crea con rayos de luz a Dulcinea y para no desvirtuar lo etéreo de su naturaleza ni siquiera se atreve a sacarla de la fantasía de Don Quijote. Sin embargo, la única vez que se ve obligado a materializarla como tal mujer y a llevarla al mundo de la realidad, nos la presenta tosca y ruin, montada sobre un jumento y exhalando un fuerte olor a ajos.

Quevedo, a pesar de todo, fué un hombre mujeriego, aunque nunca un enamorado. Las mujeres, por su parte, experimentaban un extraño masoquismo por los zarpazos de su verdugo. Las damas de la Corte le leían con avidez. Si pasaba mucho tiempo sin castigarlas, ellas mismas se lo advertían. Entonces Quevedo, para complacerlas,

las ponía verdes.

Entre las señoras de alto rango que se honraban con la relativa amistad de D. Francisco, había un grupo a cuyo frente se hallaba la condesa de Olivares, doña Inés de Zúñiga, la cual a pesar de su espíritu severo y devoto, no rehuía tomar parte en algunas inocentes intrigas. La marquesa del Carpio y la condesa de Barajas tenían también predilección por el poeta y más que ninguna parecía mostrarlo una dama ya crepuscular —especie de Pomona rubicunda, fresca y encandilada como un modelo de Tiziano— llamada doña Esperanza de Mendoza y de la Cabra. Era viuda y rica y poseía el señorío de Cetina. Dicen que doña Esperanza gustaba (por cosquilleos del temperamento) de la poesía y de las artes.

Seguramente les parecería a todos inverosímil, pero no por ello el caso fué menos cierto. Don Francisco de Quevedo y Villegas, el

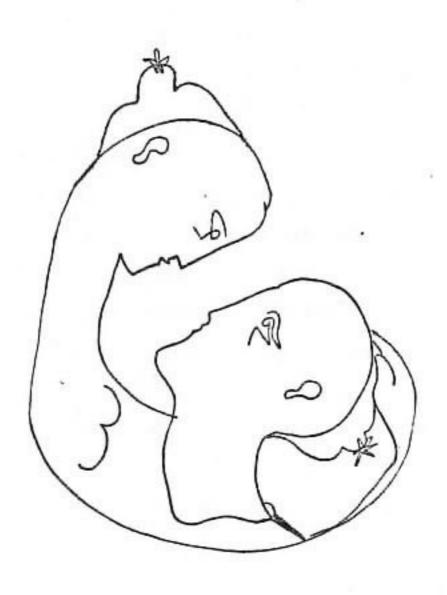
hombre que dijo con orgulloso aplomo:

Antes para mi entierro venga el cura que para desposarme, fué dócilmente conducido al altar por la blanca mano de doña Esperanza, con una rapidez y una impunidad que pasman, incluso tratándose de un galán de cincuenta y cuatro años, que eran los que entonces tenía el "Caballero de la Tenaza".

Ni qué decir tiene que el matrimonio fué un desastre. Doña Esperanza, bajo su apariencia malva, fácil y hasta espiritual, ocultaba un genio dominante y un carácter mezquino. Don Francisco tampoco era un marido manejable, ni quizá viable. En resumen, "tuvieron disgustos, pleitos y separáronse sin terminar el año", anota un biógrafo. El esposo apeló a la fuga y, para pasar la convalescencia de su ridículo matrimonio, corrió a la paz de su Torre de Juan Archivo Historico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar

Abad, una aldea grisácea, perdida en el yermo de la tierra manchega. Con todo ello, el odio de Quevedo por las mujeres se hizo ya inexorable, en fin, hasta atacar a una santa —en aquellos tiempos... — con el pretexto de defender a un santo. En efecto, no dió tregua a su pluma combatiendo denodadamente para que el patronazgo de España se adjudicase a Santiago Apóstol en sustitución de Santa Teresa de Jesús. Decía que era insufrible que también de tejas arriba tuvieran que supeditarse al imperio femenino los santos varones.

ANTONIO ESPINA



PERFIL DE ALMAFUERTE

Libertà va cercando, ch' è sí cara.

(Purgatorio-I).

Pedro B. Palacios es el único escritor argentino que ha logrado formar una secta: la de los almafuerteanos, lo que ha impedido que su obra sea estudiada con seriedad: la intransigencia y los ditirambos lo han impedido. Siguiendo el método fundamental de toda secta, han interpretado lo contrario de lo que el maestro escribió. Así, cuando Almafuerte, con impar sinceridad, exclamaba: "¡Soy el que ya no es! Soy el trasunto — De la soberbia de Satán domada!", Julio Cejador leía "San Miguel Arcángel" y anotaba esta desconcertante inversión en las apasionadas páginas que le dedicó en su Historia de la Lengua y la Literatura Española.

Otros han hablado del poeta de una época de transición, como si todas las épocas no lo fuesen, y como si cada instante no constituyera una transición cuya suma va formando la tela de la historia.

Luego hay una falange de detractores que, sin leerlo, arrojan insultos al voleo en nombre de creencias cuya generosidad ellos se encargan de desmentir; pero entre el incienso y la bomba de alquitrán, hay un hecho: Almafuerte es el único "caso" de nuestra literatura y es, juntamente con Hernández, el poeta más leído.

Y en fin, espíritus proclives a la simetría lo han parangonado con

Whitman.

En los últimos años, Almafuerte ha sido estudiado con menos garrulería, pero con más inteligencia y amor y, si bien los creyentes fanáticos han continuado con la obstinación de sus alabanzas perniciosas, otros han ido desentrañando en su obra, un poco montaraz, un valor que será siempre sorpresivo.

Borges, en una nota importante y discutible, publicada en La Nación, lamentó que Almafuerte hubiese vivido en una época adversa y que el destino le hubiese deparado suburbios, polvaredas, callejones y compadritos. Es precisamente de esas monótonas diversidades del país donde se nutrió su obra y esto hay que agradecérselo al destino. Su arte es la forma de esa experiencia.

Almafuerte pudo perderse en la literatura, que en aquellos años era vistosa, y superficial, como siempre ocurre, (El Misionero apareció en el mismo año que los Crepúsculos del Jardín) pero se topó con Archivo Historico de Revistas Argentinas www.anira.com.ar

la vida y su imperfecta grandeza salvó su obra. En sus versos se advierte, transmutada en desgarramientos ininterrumpidos, el andar por los pueblos bonaerenses, con sus remolinos de tierra, los amigos presos,

los comités y el periodismo de rompe y raja.

Su opinión del modernismo está de acuerdo a su rijosa naturaleza moral: "El Modernismo no es nada más que la saciedad, el hastío, la insensibilidad de las maneras conquistadas —que llamamos clásicas por lo mismo que ya están consagradas y probadas como buenas; el instinto de que lo nuevo es más eficaz que lo ya conocido porque se maneja con más amor y con más brío; el resultado de haberse conseguido una facilidad tal para hacer belleza, que ya no se sienten ni esa belleza ni el deleite de producirla (Evangélicas Completas, Claridad, pág. 96). "Es un grotesco murciélago dorado" (citado por Cejador). "He venido a salvar a las letras del afeminamiento" y "Lugones es un Almafuerte para señoras" (Bonastre, Almafuerte, pág. 17).

Pasó el modernismo del que Almafuerte no sintió la más mínima influencia, pues en su obra resuena el viejo verso español, descarnado y coral, nutrido de preocupaciones morales, sobre todo.

Acostumbrado nuestro gusto a una poesía de excitaciones sensibles, o a una poesía pura o totalmente impura, la de este poeta nos resulta, por momentos, pesada y chabacana; pero el gusto no es un elemento esencial en la historia del arte conforme lo advirtió el evidente crítico italiano. Verdad es que Almafuerte abusa de la fealdad más de lo permisible, pero ninguno de nuestros escritores tiene tal riqueza de intuiciones sobre el alma y el destino del hombre que a veces le dan el tono de un teólogo herético o de un desolado moralista como La Rochefoucauld. Llamarlo el poeta del hombre, como Antonio Herrero, o repetir con Borges que es nuestro escritor más complejo, es protocolizar una verdad.

Cuando la voz de orden era "Enrichissez-vous" y el alberdismo monopolizaba el panorama del pensamiento y los refinamientos decadentes eran la norma estética, Almafuerte traicionó la fiesta del progreso. Sus problemas son de orden teológico y moral y su preocupación por el origen del mal y de la predestinación de las almas condujo su espíritu hacia el fundamento de la teodicea.

El problema del mal está en el fondo de toda conciencia religiosa y Almafuerte es, por sobre todo, un hombre eminentemente religioso. Si se indaga su obra se verá cómo ella aparece conturbada por el problema del mal sobre la tierra y cómo el hombre es impotente para resistirlo. Creo que en este problema reside el nudo de la poesía y de la prosa de Palacios.

El problema del mal lo indujo, lógicamente, a preocuparse por el de la libertad ya que sin ésta no se podría explicar aquél. En esta pendiente interrogativa sobre los límites de la libertad humana, fué Archivo Historico de Revistas Argentinas Www.ahira.com.ar

a dar con la criminología. Todo hombre que se plantea el problema de la libertad, tiene, forzosamente, que inquirir el misterio del crimen y de las fuerzas extrañas que lo impulsan. El criminal marca el último límite de la libertad, ya que más allá sólo se siente la tempestad de las fuerzas inasibles. No sólo su obra está testimoniada con esta angustia, sino que en un poema originalísimo, "Gimió cien veces" y en el Canto XV de "El Misionero" desata sus lamentos sobre los condenados que descendieron al abismo "con la mente llena de lumbre — Y el corazón maldito lleno de sombras".

Los grandes penalistas italianos del siglo pasado, lejos de adiestrarlo, avivaron el interrogante de su vida y lo descaminaron al no responderle decisivamente a sus preguntas. Lo condujeron a la investigación del delito, que es el aspecto social del mal y al demorarse

en él concluyó por desconocer la ley y el derecho.

Almafuerte no constituye excepción a quienes al negar la responsabilidad niegan la libertad y al rebelarse contra la idea misma de libertad terminan por rebelarse contra Dios y la organización del Cosmos. No dirá como los maniqueos que Dios no puede sobreponerse al mal.o como los teólogos que creen en una limitación del poder de Dios, ni llega al ateísmo por considerar incompatible la existencia de un Dios todopoderoso con la existencia del mal. Dios es responsable del mal. Cree que lo permite y que imposibilita al hombre a resistirlo y que para agravar las condiciones de éste le deja abiertos "los ojos de la conciencia para juzgar sus propias aberraciones". En una de sus evangélicas se deja persuadir con esta triste reflexión: "La libertad de pensamiento y acción es el peso más formidable que pueda caer sobre las espaldas de un hombre".

El Dios de Almafuerte es una potencia inhumana y oscura. No es cristiano como se ha discurrido con insolvente pereza. Almafuerte se siente mortificado al admitir su infinitud y su omnipotencia. Precisamente, al admitir su inmensurable poder se coloca en el centro del más arduo problema de la teología, en el punto de intersección de la presciencia y la causalidad divinas con el libre albedrío y él, que se planteaba los problemas más terribles que han desesperado a los hombres, sin leer, seguramente, a los teólogos, los resolvía en contra de la libertad. El intercesor del hombre, negaba la libertad del hombre. El atacante de Dios le rodeaba de una omnipotencia sorda y cruel. El gran misericordioso le adjudicaba una injusticia sin mise-

¿Desde la Luz Primera no estaba escrita profunda palpitante mi hora malvada?

¿O la Mente Suprema no es infinita ni dirige los tiempos, ni piensa nada?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ricordia y calvinista:

Somos los anunciados, los previstos Si hay un Dios, si hay un punto omnisapiente Y antes de ser, ya son en esa mente Los Judas, los Pilatos y los Cristos.

("El Misionero").

Por considerar a Dios con un poder tan ilimitado e incompartido, lo apostrofa en el "Trémolo" y en "Perlas Negras" y en esta lucha con su Dios, el poeta confiesa su impotencia desesperada, como un ángel rebelde que hubiera querido posesionarse y rehacer a la

humanidad, a su antojo, y ha sido aplastado.

Los hombres tienen conciencia del mal y lo repudian, pero ¿qué fuerza los impulsa hacia él? ¿Por qué el Omnipotente no suprime el mal? (¿Quién reduce tus fuerzas infinitas?). (Nótese que en el universo religioso de Almafuerte, la doctrina semítica del pecado original, no tiene lugar). ¿Por qué tolera que "una mano brutal, que un brazo enorme — Nos hunda en lo soez"? Se siente un eco del "Poter che ascoso o comun danno impera", pero en el pesimismo transcendental de Leopardi, la salvación consiste en naufragar en la infinitud de la muerte, aunque este nihilismo no conforma al poeta argentino. Como lo veremos, él preferirá la insurrección.

Demasiado soberbio para decir aquellas palabras de Pascal (Prière pour le bon usage des maladies") pidiendo a Dios que una sus consuelos a su dolor para poder sufrir como buen cristiano, Almafuerte vocifera: "¿Cuándo dejarás de ser silencioso como el capataz de un ingenio de azúcar o de una cuadrilla de camineros?". Y si emplea la palabra "capataz", en un alarde de compadrada, es para ser más mortificante, ya que implica la definición de prepotencia.

Dios gobierna al mundo como un "tirano sin control", como un carcelero y Almafuerte se propone enmendarlo, reducirle el poder, pero practica la pedagogía del insulto. Como Almafuerte no cree que la introducción del pecado en la tierra sea obra del hombre, se lo atribuye al Todopoderoso y este exaltador del hombre, lo considera incapaz de sobreponerse al mal. El hombre actual, que Almafuerte conoce, Adán, "en vano exhala blasfemias de Titán al monte asido" y para resolver esta impotencia tiene que refugiarse en el sueño brahamánico y teosófico de una segunda naturaleza, cuyo advenimiento ocurrirá en mil siglos. Sin embargo, no anhela un mundo burgués, de felicidad apacible. Es bastante religioso para saber que la felicidad es "la consigna del cobarde y del tirano" como lo acuña con rigurosa precisión y que

La perfección en sí del cuadrumano tal vez hubiese suprimido al hombre.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

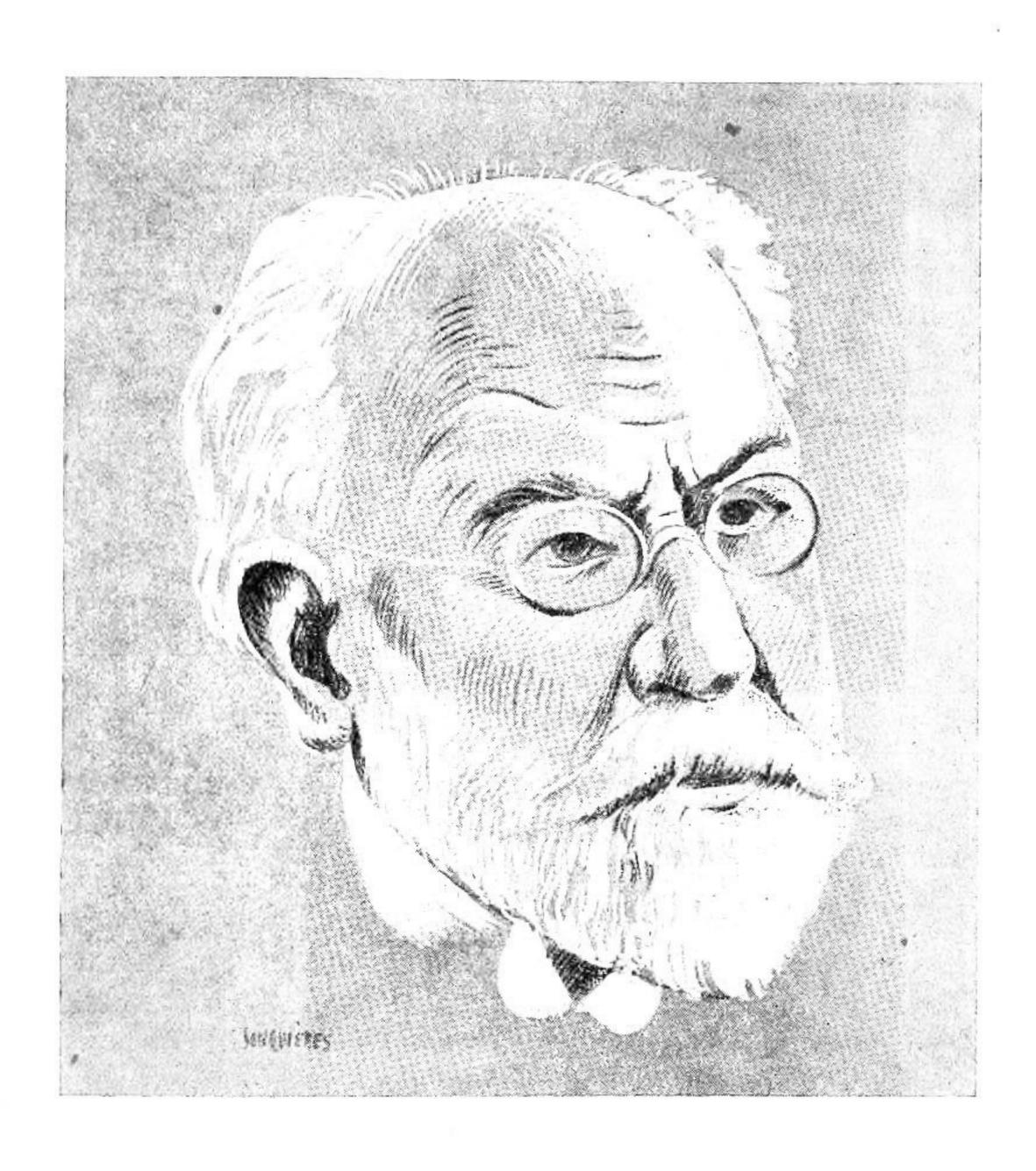
"El ser hombre es gemir", manifiesta en su verso y en las Evangélicas agrega que "la felicidad humana no ha entrado en los designios de Dios" y que la angustia es condición inherente al ser del hombre. Y considera que el sufrimiento es el generador de la idea.

Todo en Almafuerte está ligado al destino del hombre y del mundo. Quisiera centrar su universo en el hombre, pero a cada paso se encuentra con Dios y por eso su obra no puede ser una suerte de antropología, como él hubiera deseado, sino más bien una apologética al revés. Se explican así sus arrebatos contra Dios, contra la razón, contra la caridad, contra la injusticia, contra la misericordia. Todo por el hombre. Esta insurrección contra el mundo y contra el destino, este considerarse Luzbel a cada ocasión, nace de las profundidades de su conciencia cristiana. Con todo, su rebeldía no tiene afinidad con la del Caín o el Demonio de Baudelaire, ni menos con el Satán progresista de Carducci. Leyendo el "Trémolo" me atrevo a recordar el Prometeo de Goethe. Análogas invectivas, pero en el poeta alemán son de desprecio y en el argentino de indignación. El poeta alemán parte de una fuerza plena y dichosa que no existe en Almafuerte, cuya vociferación es la de un misionero fracasado que ha perdido la fe y la esperanza.

El hombre de Almafuerte no va a la redención por el sufrimiento, sino que marcha a la rebelión. En su sistema, el dios despótico no se interesa por conducir a los hombres hacia la beatitud, por ello es que lo trata de "viejo Buda milenario", de "comodín y nada más", de "espantajo innecesario". Considera al hombre aquí y ahora, por eso, su geografía cósmica carece de un lugar de condenación o de salvación concretos. Cuando al cielo o al infierno se refiere, es con sarcasmos.

En Dante y en Baudelaire hay un mundo de condenados. (Hablo de estos dos grandes poetas cristianos porque a Almafuerte siempre, y erróneamente, se lo ha considerado cristiano). Pero en Dante, como ocurre en el dogma católico, la purificación y el arrepentimiento pueden conducir a la gloria. Dante no se rebela contra el orden de la Creación y pone su voluntad al servicio de los planes de Dios. Si anatematiza a los hombres y les distribuye castigos es a causa de que escogieron el mal por el camino de la libertad. Dante exclama en el primer cielo: "E'n la sua volontate è nostra pace", y Almafuerte concluye El Misionero: "Que yo luché con Dios que te moldea". Su actitud frente a Dios y a su obra es la de un constante motín, de ahí que su humanidad tenga dos únicas rutas: el fracaso y la sublevación. O postergar la realización de sus sueños en el tiempo, muy diferentemente a la visión de los profetas y a la apocatastasis de San Pablo.

Hay en el Canto VIII de "El Misionero" seis cuartetas de gran significación. En ellas, Almafuerte se contradice a sabiendas y ataca



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el problema del mal en una forma desusada en él, aunque "sin ver en su razón, razón humana". Piensa que el mal debe rodar al centro de las llamas "para salvar de su contacto al mundo". Esta es la concepción de dos cristianos modernos: Baudelaire y Dostoviesky. Según ellos, a cada crimen, corresponde un castigo; para Almafuerte, a cada crimen corresponde una lágrima de llanto. Mas a pesar de ser el mismo Almafuerte quien subraya esta contradicción, creo que no es tal dentro del círculo de su teología moral. Tanto para Baudelaire como para Dostoviesky, esta idea mística del castigo tiene por fin salvar al culpable, no a la sociedad, al menos materialmente, y ésta es una idea fundamentalmente religiosa. En Almafuerte se justifica el aparente abandono de su sistema penal, porque este canto es el canto de la personalidad. Almafuerte señala con honda intuición que el mal quiere verse realizado y coronado; la personalidad del criminal debe cumplirse, como la del genio. También él tiene su corona: el cadalso. Esta glorificación a la inversa ha de realizarse para que se cumpla el plan de las causas finales. El extraño misterio de estos versos nos lo demuestra:

Hay un fin, hay un plan, hay un camino hay un punto de cita, hay un miraje, hay un afán de búfalo salvaje... el afán migratorio del destino...

Y es sobre la base de esta terrible antinomia, de este destino, que Almafuerte niega toda posibilidad de derecho y de justicia. El delito no amengua para él el valor de un ser humano. El haber delinquido no significa una capitis diminutio:

Yo derramé con delicadas artes sobre cada reptil una caricia, no creí necesaria la justicia cuando reina el dolor por todas partes.

Con sublime suprema Democracia cualquier hombre fué en mi presencia, no dividí jamás en mi conciencia cual un escriba infame la desgracia.

Las consecuencias no podían ser otras. Si no existe libertad, no existe responsabilidad, si no hay responsabilidad la ley carece de cimientos y por lo tanto el derecho. Es verdad que alienta una forma superior del derecho, pero claro está, no se llama derecho, sino piedad:

Yo no sé de razón ni de justicia sólo quiero saber que soy tu hermano. Yo tendí sobre todos como un manto mi noción supersabia del Derecho: dije que a cada mácula de un pecho corresponde una lágrima de llanto.

Es precisamente, la angustia y la desesperación de Almafuerte, al no poder conciliar la antinomia de la gracia y el libre albedrío lo que ha hecho su poesía de sustancia tan profundamente humana, la que le ha dado apasionados lectores aun entre las masas más ignorantes que sin poder traducir a concepto lo que el poeta escribió, sentían que allí estaba la raíz trágica de sus existencias.

Almafuerte ha querido que el destino de la personalidad se cumpla hasta en el criminal, que cada vocación se realice. Nuestra verdad es nuestra única razón, es nuestra ley. Pudo haber sentido la tentación de las palabras de San Agustín, a quien tanto preocupó el problema de la predestinación: In interiore homine habitat veritas. Y el gran desdeñador de la ley y de la razón pudo resumir su pensamiento en aquellas modernas palabras de Séneca: Ex senatus consultis et plebiscitis scelera exercentur que se evidencian ya en la prosa de las Evangélicas, ya en los poemas: "Porque la felicidad consiste en vivir cada uno su verdad. Como la sociedad ha labrado una sola verdad para todos, a unos les viene estrecha por demás y a otros demasiado holgada. La más perniciosa de las manías del hombre es legislar y legislar no es más que perjudicar la variedad".

Es enemigo de todo sistema moral que destruya la autenticidad, de toda moral que sea producto de la ley general, para exaltar el impulso propio, la recóndita verdad:

¿Qué moral puede ser esa siniestra Que mata todo impulso en la criatura?

Dios ha puesto las pragmáticas del bien delante de los ojos de los hombres, pero ¿quién puede arroganse al derecho de condenar a quienes obran a como están hechos? ¿Se puede condenar a los chacales porque no actúan como corderos?

¿Quién habla de deberes, de derechos, de arrojar a los malos a una pira? Si ellos viven sus vidas sin mentira Si no pueden dejar sus propios pechos.

Sólo por excepción ha hablado de condenar al mal al centro de las llamas, pues su norma es conceder lágrimas y misericordia al desdichado. En esta confusión y congoja que le deja la libertad, creadora Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a la vez del bien y del mal, se levanta, impasiblemente, contra toda distinción:

Que tu bien y tu mal son palabras resonantes palabras vacías...

("Jesús").

y extiende para el hombre los límites de su impulso no coartado por ninguna ley, sino por la propia razón de ser. Más allá de todos los conceptos de bien o de mal, imagina la misma libertad que tienen las fuerzas y los fenómenos de la naturaleza:

> ¿Por qué le ha de dejar el Universo vasto campo a la luz para que vibre, y el corazón de Adán no ha de ser libre, y el alma ha de rimarse como un verso?

Esta amoralidad de la naturaleza librada a la necesidad es el espejo del hombre. ¿Por qué se ha de someter a una norma que no está de acuerdo a su naturaleza? No todos los seres humanos son iguales y una ley que a unos le va bien a otros le ajusta. (One law for the Lion and Ox is Oppression-William Blake.) ¿Por qué se ha de dejar de ser lo que se es para aparentar ser lo que no se es? El Canto XV de "El Misionero" proclama la libertad absoluta, la independencia del espíritu irresponsable.

Blake me podría prestar muchos de sus proverbios, como quien cita una jurisprudencia consabrada, para aclarar puntos oscuros de la poesía de Palacios. Se vería a qué abismos ha descendido este vate desaforado y prodigioso. Mas esta labor, casi curial, excede los lí-

mites de un mero perfil.

El dejar de ser es lo que Almafuerte ha despreciado. Se obstina en este pensar: "Nadie quiere dejar de ser lo que es porque morir no es más que pasar de un estado a otro y dejar de ser lo que se es implica entonces la muerte. De ésto se deduce que ni siquiera en pensamiento se puede ser otra cosa que lo que es". (Evangélicas, 133, edic. citada).

El criminal ha de llegar a la eminencia de su vocación, el tigre y la víbora han de continuar insumisos a la protección imperial del hombre. Blake presintió la grandeza de estas energías que escapan a la codificación de los impulsos: "The roaring of lions, the howling of wolves, the raging of the stormy sea, and the destructive sword, are portions of eternity too great for the eye of man".

Hay quienes, en virtud de una teoría evolucionista según la cual el mal no sería nada más que un instante en la evolución del bien, creen que marchan las especies hacia una beatificación. Para ellos, un día el tigre se comportará como el cordero y la serpiente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

como la paloma. Ni siquiera Isaías, al profetizar el reinado del Mesías, habla de un cambio en el ser, sino que predice una paz entre el lobo y el cordero, como consecuencia de estar toda la tierra llena del conocimiento de Dios.

Almafuerte, que ha cantado que todo ser debe persistir en sí mismo, pero evolucionista intermitente, cree en esta teoría. Nos lo dicen sus palabras: "La evolución de las especies hacia el humanizamiento, constituye la evolución universal hacia el amor angélico; el éxodo hacia la realización completa de lo justo, de lo bello y lo inofensivo; el viaje de ese lírico que palpita dentro del lodo de las necesidades físicas, hacia un imperio de luz; el despertamiento y la materialización de móviles que no son ni hombre ni sexo, en medio de las groseras manifestaciones de la vida y a pesar de todas ellas; la lucha eterna es algo incorpóreo que quiere triunfar de lo evidente y brutal. El ser humano, cabeza de columna de semejante evolución, quiere ser bueno y quiere parecer bueno, quiere ser alma y quiere parecer alma, quiere ser ángel y quiere parecer ángel... (Evangélicas, pág. 71).

En su Autobiografía habla Chesterton de un cierto Mr. Blatchford que negaba la necesidad del perdón, aunque él por su parte estaba siempre dispuesto a perdonar. Algo análogo ha ocurrido con este gran perdonador que fué Palacios. No sólo negó el derecho, niega

también el perdón:

El perdón es la mácula de cieno Puesto sobre la clámide de un nombre.

A quien se absuelve al absolver los reos Es al sublime artífice del Todo.

¿Quién tiene tan alta jerarquía para perdonar si Dios es el culpable del mal, si el hombre está destinado a la amargura, si hasta las bestias se humanizan con tal que sufran?

> Porque tengo amarguras ya soy hombre Y porque soy un hombre ya soy bueno.

¿Es que acaso el hombre se labra un destino, que está sujeto a las leyes del azar, ante la indiferencia de un Dios sordo al clamor de los desdichados?

En las olas que te alzan y voltean Ruedas al más allá rota burbuja, Sin saber la razón que te rempuja Como no sabe un buey porqué le arrean.

El hombre que triunfa es el que destruye la equidad. Dos seres parten desde el mismo punto a la conquista del mundo, uno triunfa Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y el otro es derrotado. ¿En nombre de qué principios morales hay que otorgar la victoria al triunfador? ¹. ¿No dijo alguna vez Groussac que en los conflictos históricos el factor decisivo no es el vencedor, sino el vencido? Esta glorificación de la derrota conforma uno de los aspectos más originales de la ética de Almafuerte.

Pero también pienso que la derrota merece sus laureles y arcos triunfales.

La Derrota o el Triunfo no son motivos que turben la conciencia del hombre bueno: solo marcan el paso los relativos llevando los compases del juicio ajeno.

En las Evangélicas, este concepto está prolijamente referido: "La montaña del éxito está rodeada por una cintura de almas sin esperanza que obstruyen el paso." Y: "De diez hijos de rey, solamente uno será rey; de cien millones de hombres, solamente ciento serán encumbrados."

El fracaso, patrimonio de la mayoría, llega a constituir la más alta jerarquía moral. (Es la teoría de la frustración de Borges.) Todo el mundo de los malogrados, constituye la chusma a quien se dirige con predilección. La chusma le inspira su amor más grande y se complace en presidirla porque está caída y condenada y porque lo impulsa su soberbia congénita. Esa chusma es "la inmortal":

Tan solo la sobra humana Tiene sobre mí derechos.

("En el abismo").

Porque lo vil y caído Me llena de amor a mí.

("Milongas clásicas").

Jesús, cima de la especie, no es el hombre triunfal. ("Convirtió su fracaso en victoria.") Es el hombre que ha surgido de las entrañas del chusmaje como síntesis de todo ese dolor y esa visión de justicia que sueña la raza humana. Jesús es la coronación de la inmortal, la "cumbre del Cosmos", pero es, a la vez, nada más que una "inasible figura esfumada" que vaga por la vida "como polvo de aurora difuso".

¹ Esta teoría de Almafuerte sin duda, tiene vinculación con nuestra doctrina de política internacional: "la victoria no da derechos". No creo, como pretende Ramiro de Maeztu (Defensa de la Hispanidad), que este postulado tenga abolengo hispánico. ¿Es que nunca podremos tener nada que no nos venga de allá?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El poeta quiso reinar sobre el chusmaje, sobre "esa res vencida" como lo dice con elocuentes palabras de matadero, ha querido ponerle por escudo su gloria, anheló ser su profeta, su caudillo, su consolador, su abogado. Quiso ser el Hombre de Dios, el redentor de una nueva tierra para amparo de los que sufren. Quiso ser tanto y forjó planes fantásticos, pero Dios no lo secundó. Hasta ahora, los profetas han seguido un camino distinto al que siguió Almafuerte: atacan a los hombres, con palabras de fuego, porque no siguen las veredas del Señor, Almafuerte perdonó todo en los hombres y difamó a Dios, a quien quiso someter a su voluntad y a sus propósitos. No ha seguido ni la vía unitiva de los místicos ni la ruta ensangrentada de los profetas y de los mártires. Se comportaba con Dios como si se ejercitase con "El Arte de perder amigos". Su lenguaje litúrgico no es el de las oraciones ni el de las letanías sino el de las blasfemias. Deseaba captar lo absoluto y vivir dentro de esa plenitud, pero sólo tenía vagos presentimientos o efímeros chispazos:

> Como chispa fugaz o estrofa trunca Palpita lo absoluto entre los pechos, La verdad miserable de los hechos No es la misma verdad ni será nunca.

Si bien se conducía como un cristiano por su misericordia y su caridad hacia el prójimo, y siquiera alcanzase, a veces, la expresión dolorosa de un discípulo de Jesús, no puede decirse que su pensar sea cristiano. Su cosmovisión es totalmente distinta a la del Evangelio. Compáreselo con Dostoviesky, a quien por su humildad todas las cosas le fueron reveladas. La obra de Almafuerte tiende a la aniquilación del cristianismo, aunque para eso haya partido de él.

Dios no le permitió realizar sus planes sino que puso la noche en su camino. Esa noche, de que nos da noticia en el "Trémolo", no sabemos en qué consiste, pero puede ser la clave de toda la obra del

Almafuerte maduro, vale decir, de la que tiene interés.

El verso dice así:

Me pusiste la cruz de un gran destino Me pusiste el afán de un más allá Y pusiste la Noche en mi camino No doy un paso más.

Hay un misterio en la vida de Almafuerte que se presiente con perturbación a lo largo de sus versos desolados. Recordemos las palabras de Goethe: "Todos tienen algo en su carácter que si lo profiriesen públicamente causarían disgusto" (Sprüche). Hasta el presente este misterio ha permanecido sin revelación. Quizá sea esa Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar

noche a que alude la imprecación, la que le impidió realizarse como hombre de Dios. Sólo un malogrado podía haber echado la sonda en el légamo triste del hombre, como él lo hizo. Los triunfadores no analizan las causas de sus victorias, las llevan a cuestas como un merecimiento.

La misión con la cual soñó, sólo podía realizarla quien tuviese una fe ardiente, una confianza ilimitada en Dios, quien estuviese embriagado por el soplo divino, pero Almafuerte carecía de las virtudes teologales —sólo blandía la caridad— y a cada paso, a cada injusticia, se la tomaba con Dios a denuestos.

Es lógico que los planes de Dios no coincidan con los de los hombres. Pretender que sea un diputado, o un comisionista —profesiones confundibles— no suele ser el camino más viable para obtener de él poderes extraordinarios. La soberbia, una desmesurada soberbia, es el rasgo más saliente de Almafuerte. Él no la ha ocultado; más; una de sus poesías está destinada a su apología, "En el Abismo", que en cierta manera es la síntesis de su psicología, su prontuario, como dice en la jerga policial a la cual era tan afecto.

Tomó la cruz para ser el misionero y el profeta, ese era el destino impuesto a su indiscutible temperamento religioso, pero abandonado a su orgullo titánico, fracasó. Su fracaso es la forma de su poesía mayor y en especial de todo ese poema "El Misionero", cuyas no decaíble inspiración y tensión constituyen una de las expresiones más originales de la lengua española:

> Y aquella cruz no es carga de soberbios, No es un deporte olímpico de Grecia.

La pensé un talismán que no sé cómo Consagra privilegios nunca vistos: Y ella sobre los falsos Jesucristos Pesa como cien lápidas de plomo.

Después de esa lucha, en la que cae derrotado, blasfemando, este Ángel de la Rebelión, canta su malograda epopeya y exalta en su caída a todos los vencidos en la ardua empresa de vivir.

Ven a mí, recua inmensa hija del llanto, Escala del feliz Luzbel hediondo, Tengo todo el secreto de tu fondo Por la misma razón de que soy santo.

Pero, ¿por qué es santo? Lo es porque se ha frustrado, porque ha caído, al fin, y pertenece a la hez de la tierra; porque ha roto con todas las formas y con todas las jerarquías confundido en la innú-Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mera descendencia de Luzbel. Instalado en lo temporal, Almafuerte ha vivido sediento de lo absoluto. Las pretensiones que tenía resultan paradójicas: quiere llegar a un punto marchando en dirección contraria. En vez de colaborar con la voluntad divina, ya que era "vocatus", combatió contra Dios. Su lucha ha sido más bien una disputa de poder en una constante intercesión por el ser humano.

Inconformista, como era, quiso desatar las energías demoníacas y creadoras, destruyendo el círculo que las encierra sin tener en cuenta que hubiese requerido un nuevo círculo de formas para no desencadenar el caos por oposición al cosmos. Pero en lo hondo de sí mismo, temía por las consecuencias. Él hubiese acaudillado la rebelión del chusmaje, no sólo contra el patriciado, sino contra el mismo Dios. Almafuerte sentía vivamente el mito moderno de la Revolución, presente en su obra, mayormente en "La Inmortal". Dostoviesky cree que la Revolución es el Mal, el reino de Satán, mas Almafuerte, que centra su humanidad en lo terreno, no podía tener, en realidad, otra salida par construir su "Ciudad dl Hombre". Su mundo hubiese sido un mundo carente de libertad.

La chusma lo es todo para Palacios:

Sí: yo sé que el fondo más hondo Surgirán las alturas más altas...

Ese ejército de precitos es el que cavó "el zanjón de la tumba pagana", es el que levantó los altares, "los mismos altares que ya no lo salvan", es el que produce la santidad a través "de algún cáncer atroz de cloaca". Y, con una caprichosa exageración, se ariresga a decir que es el que crea la ciencia:

convendrás que tu triunfo primero triunfo fué de la humana ignorancia, y hallarás que los sueños de un loco van siempre alumbrando cualquiera vanguardia.

La chusma creadora está oculta a la superficie del mundo acechando, con la zarpa recogida, el instante oportuno. Ella, que sostiene la cúpula humana, no tiene ningún respeto por la respetabilidad:

> ni respeto ni amor le despiertan tus borlas de sabio, tus cruces de plata.

Ella ve que tu ley no sostiene ni el derecho ni el bien que consagra... Y pues tiene noción de lo justo... Tu disfraz de Catón la sulfura Y enloda y escupe tu túnica blanca.

Anuncia "la rebelión de las masas" y prefigura el cataclismo. Cree que la chusma, con el instinto desatado, "sin ver lo qu episan y rompen las patas", destruyendo templos y códicos, es menos ofensiva aún que los jerarcas de la injusticia, que los "grandes ungidos", que la

estolidez de una ciencia que se burla de lo heroico.

Es un lugar común, al hablar de Palacios, referirse a sus contradicciones de las cuales él mismo ha hecho jactancia. Estas no son tan comunes como se alardea. Constituyen un verdadero contrapunto. Los panegiristas del poeta, para quienes las divagaciones y las vulgaridades más estridentes constituyen abstrusos enigmas poéticos y metafísicos, insisten, con alborotadora amenaza, en su optimismo, como si afirmar lo contrario fuera agraviarlo. Pesimismo vital, dejó escrito Mas y Pi. Pesimismo, al fin de cuentas, como otras tantas veces se ha porfiado. Que en algunas poesías diga lo contrario, ¿quién lo duda? Así como hay una serie de poemas, anteriores a su visión de Damasmo a la inversa, que carecen de interés frente a la obra magna, lo remediar entuertos. "Nunca sigas impulsos compasivos". Por lo que demás está bien raleado en la obra general. Se citan con menuda frecuencia los sonetos medicinales. El primero es optimista, en el segundo termina exaltado el orgullo, el tercero dice: "¡Ah! nunca quieras remediar entuertos "Nunca sigas impulsos compasivos". Por lo que toca al cuarto, se inicia aleluyendo: "El mundo miserable es un estrado - Donde todo es estólido y fingido". Se ha citado una carta dirigida a Francisco Barroetaveña, escrita en 1916 y en la cual Almafuerte exhibe un optimismo candoroso. Esta epístola daría al traste con el misionero iracundo y frustrado, pero en realidad no es más que un poco de "polvo de compasión sobre las llagas". No hay duda que Almafuerte alcanzó su eminencia poética cuando cantó la desesperada angustia del ser humano frente a las inmensas y desconocidas potencias de Dios.

André Gide ha notado que la literatura occidental, salvo raras excepciones, se ocupa de las relaciones entre los hombres y nunca de las del individuo consigo mismo o con Dios. Dostoievsky es una excepción para Gide y Claude Mauriac (Introduction à une mystique de l'enfer), al ocuparse de esta reflexión, considera a Gide mismo y a Marcel Jouhandeau entre ellas. ¿Sería darle a los franceses un susto demasiado grande si incluyéramos a nuestro Almafuerte?

LUIS DE PAOLA

LA DANZA HECHA POESÍA EN CLOTILDE Y ALEJANDRO SAKHAROFF

Pioneers en una época decadente de la danza, cabe a Clotilde y Alejandro Sakharoff la milagrosa tarea de superar el desilusionado menosprecio ambiente con la certeza de que su arte puede alcanzar perfecciones equiparables a las de la música, la pintura, la escultura.

Se ama a la danza viéndolos danzar. Se comprende que es también el camino hacia la suprema sabiduría, el supremo bien, la belleza.

Hay en sus danzas, develados, infinitos misterios de emoción, de pensamiento. Su movimiento parece crear un mundo apasionado en el que, sin saber cómo y sin esfuerzo, se nos ha dado el privilegio de penetrar, de permanecer unos instantes de luz. Mientras dejamos crecer en nosotros quién sabe qué de dormido o de tímidamente rechazado, que se hace verdad y goce y plenitud por la fuerza de su sentirlo.

No son nuestros pequeños sentimientos los que bailan, nuestra vida, sino los de la sabia verdad universal intensa y pura, a que por

milagro tienen acceso.

Es por este don de maravilla que se mide la magnitud de su arte. Así como los grandes trágicos del teatro (aquella Sara Bernhardt que descubrió para Alejandro la fuerza de comunicación que hay en el movimiento) tienen el poder de transportarnos a épocas de la historia en que se vivía y hasta se sentía diferentemente, así nos llevan a su mundo ideal, donde toda pasión es más intensa, más libre.

Malas armas son las palabras para dar con ellas idea de su arte. Porque si desde toda la vida, el poeta se ha sentido esclavo de la palabra, la danza de estos poetas es un arte de libertad, es el alma dueña de todo lo inasible, libre para expresarse y para comunicarse. Y para crearse de nuevo en quien lo contempla.

Surgidos entre los primeros representantes de la "danza libre", herederos espirituales —como el mismo Sakharoff afirma— de Isadora Duncan y contemporáneos de Wigman, Laban, Joos, dieron a la danza un contenido anímico de tal dignidad que ésta superó la decadencia barroca en que se hallaba sumida, desplazada de entre las otras artes, primero como intrascendente diversión de cortesanos y luego de burguesías incultas.

Aunque cuantas veces los vimos nos pareció que en su arte no cabía superación alguna, cada nueva vez sentimos igual sorprendida ansiedad, y fué de nuevo un velo descorrido sobre lo ideal, un viaje hasta lo más profundo del espíritu, un despertar de lo más oculto del sentir.

Es esa filigrana de sutilezas emocionales —la que por imponderable escapa al recuerdo preciso, dándonos siempre la emoción de lo inesperado. Extraño milagro el de ser únicos en su realización de la danza, no obstante ser distintos en cada tema, renovarse en el dibujo de cada melodía.

Maravillosa identificación del lenguaje del movimiento con el de los sonidos por la cual se los siente al pronto inmateriales —armonía hecha forma, dibujo melódico transformado en movimiento— y luego tan humanamente cerca de nosotros en la simple sinceridad de su silencioso mensaje emocional.

Al mismo tiempo que dueños de un arte idealmente perfecto, maestros también de la ejecución, dueños de la fuerza de abrirnos su mundo con la expresividad de sus cuerpos, tamiz donde lo espiritual va transformándose en formal, en sensible, en visible.

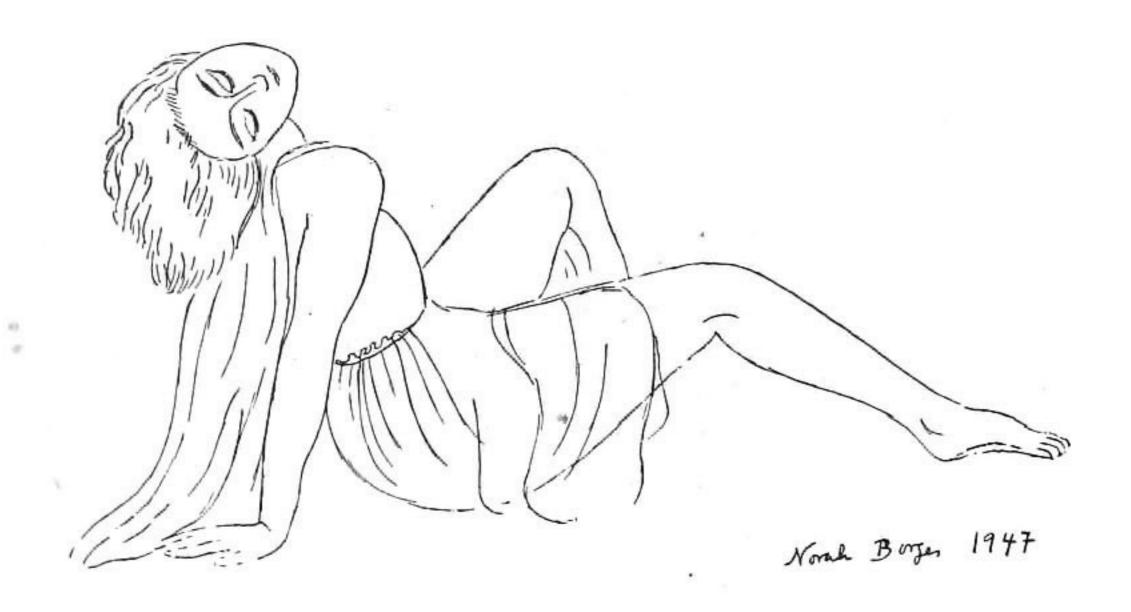
Cada músculo es palabra hecha movimiento, rimado a otro movimiento para formar las más bellas frases. Y éstas a su vez formando poemas, de un colorido plástico cuya belleza pasa violentamente de nuestra sensibilidad a nuestra comprensión, a esos recovecos de nuestro corazón raras veces explorados que casi nunca vibran. Y que frente a ellos se estremecen de gozo, de admiración, de placer, de temor.

No se puede hablar de sus manos, de sus hombros, de sus caderas, de sus rodillas, sin adjetivarlos, porque siempre se mueven expresando algo, representan algo, que, aunque les pertenece, es distinto de ellos mismos, hecho ritmo universal de la verdad.

Clotilde Sakharoff vivió una infancia inquieta, turbada por dramas familiares que desenvolvieron en la niña débil y delicada, una precoz tristeza que agudizó su sensibilidad naciente. Su madre, exquisita naturaleza que volcaba su soledad en interpretaciones pianísticas, fué su compañera de niñez junto a quien aprendió a amar la música y a refugiarse en ella. A la edad de cinco años comenzó a estudiar el violín, con profunda dedicación y no lo abandonó hasta diez años después, cuando la danza la robó, no sólo a su música, sino a su familia y a sus más queridos amigos, para emprender su primera gira por Alemania.

Fué viviendo en Munich que conoció a los grandes intelectuales, músicos y pintores de ese momento y cuando lo que primero fueron estudios de gimnasia rítmica —incorporados a su educación como a

la de tantas niñas de sociedad en esa época— se concretaron en una intensa inquietud creadora y compuso por primera vez sus propios bailes, fué esta élite de talentos la que la aconsejó y guió y estimuló sus primeros pasos. A los quince años dió su primer concierto con coreografías propias sobre músicas de Strauss, Max Reger, Tchaicowsky, Chopin, Schumann, Schubert y, al saludarla como un notable valor naciente, fueron esos mismos amigos quienes convencieron a su familia —severa y tradicionalista— para que permitiera a la joven comenzar sus conciertos públicos con el nombre de Clotilde Von Derp.



Reinhardt la eligió para bailar en el "Sueño de una noche de verano" y la llevó a Londres donde triunfó precisamente en momentos en que Alejandro Sakharoff hacía su debut en Munich.

Nacido Alejandro en una pequeña ciudad rusa, este extraño niño que hubiera deseado ser robado por los gitanos para correr los caminos de lo desconocido, bailaba en su jardín, de noche, envuelto en ropajes improvisados. Descubriendo junto al piano de su hermana los primeros movimientos, iba llenando su alma de los ritmos sonoros e inmortales que un día le revelarían su propio secreto y su maravillosa misión.

A los nueve años inició estudios de pintura que, ya adolescente, continuó en París donde su padre lo envió a seguir los cursos de la Facultad de Derecho.

Pero un día, viendo a Sarah Bernhardt (cuya lengua aún no comprendía) descubrió que por el movimiento todo puede decirse y hacerse sentir. Supo que para eso había nacido; supo también que para nada más y destruyó sus telas y todos los lazos que lo unían a los otros caminos de la vida.

En 1910 debutó en el Teatro Odeón de Munich, donde hasta entonces estaba cerrado el acceso a los bailarines.

En esos veinte años de no hallarse a sí mismo había ido recogiendo bienes que nadie como él ha sido capaz de aportar a la danza.

Iniciado así tarde en la educación de sus músculos fué la suya una lucha apasionada contra el tiempo, contra las dificultades físicas, que parecían insalvables. Se entregó a su trabajo con devoción, con ceguera para todo lo que no fuera conseguir los medios de su arte, estudiando once horas diarias, con maestros a quienes llegó a atemorizar su excesiva dedicación.

Fué el primer hombre que presentó por sí solo un concierto de creaciones propias; el primer danzarín moderno que emprendió una gira por Europa sin otro bagaje que sus danzas, en medio de un público mitad indignado y mitad apasionado.

Un feliz suceso reunió por primera vez a estos dos jóvenes que tanto sabían ya uno del otro, que tenían las mismas aspiraciones y eran ya igualmente dos preferidos del público. Se realizaba en Munich el baile de la Prensa ofreciendo obras líricas de Strauss y a ambos, separadamente, se les solicitó su colaboración. Así en medio de uno de sus mayores triunfos es que cambiaron por primera vez sus sonrisas, sus ideas sobre su "gran arte", y compartieron tal vez por primera vez los aplausos que luego no volverían a escuchar separados.

Tres meses más tarde unieron sus destinos en esa maravillosa jornada de arte que viene siendo su vida desde hace ahora más de treinta años.

Esa jornada, no sólo de éxitos y fama sino de intensa lucha. De arduo y penoso estudio, de duda ante la creación de una manera totalmente diferente dentro de toda una generación de bailarines. De ver su amor y su fe y su sacerdocio acusado a veces de falta de técnica. Y luego imitado, adaptado, usado como fuente de inspiración.

Poco a poco su arte fué recibido en todo el mundo. Fué tan verdadero su movimiento que hasta los extraños asiáticos lo comprendieron. Y toda Europa, las Américas y el Egipto.

Cuando vemos a Clotilde bailar nos parece increíble tal dulzura, tal frescura, tal emoción apasionada. Sus creaciones son siempre tan esencialmente danzadas. Algunas de ellas parecen deslizarse sobre el tiempo sin tocarlo, tan suavemente se unen entre sí las formas como en un solo movimiento creciente, sólo resuelto en el gesto final, inesperado. Otras veces es precisamente el tiempo quien pone el acento sobre los movimientos, es la duración lo que aumenta o disminuye la intensidad, más que la amplitud o la complejidad.

Alejandro Sakharoff es de una legitimidad nobilísima en sus movimientos. Profundamente moderno en sus formas, tan inmediato en las fuerzas emocionales de sus temas, transportados ya a ese mundo ideal en que su arte se mueve, más cerca de la respuesta muscular y de la idea que de ella nace, algo vaga a veces pero tan profundamente sentida. Y en sus últimas creaciones, sublimado, viviendo su misticismo con una sinceridad que emociona hasta el recogimiento. Despreciando un dibujo coreográfico que le ayude a retener la atención con la sola fuerza del contenido de su movimiento, nos lleva a través de su propio éxtasis a un recogimiento semejante al suyo. No un recogimiento de medias luces favorables ni una exaltación por la fuerza sonora de la música, sino una fuerza anímica que no se desplaza sino que se mueve.

Músicos a la par que bailarines, cuerda sensible a la más mínima vibración sonora, se siente que no hay ni una nota perdida, ni una melodía no vivida, ni una fuerza sonora no paralelada. Hay tal sinceridad en sus cuerpos y en sus movimientos que la emoción fluye dentro de nosotros y penetra más y más, se adueña y nos llena y embriaga.

Así su arte, siempre el mismo y siempre nuevo y diferente, deja en nosotros, cada vez que se marchan, una profunda visión de lo que la danza puede ser, dar y crear.

Ser el incomparablemente bello camino hacia la suprema sabiduría y el supremo bien. Y hacia toda poesía.

CECILIA INGENIEROS

POEMA

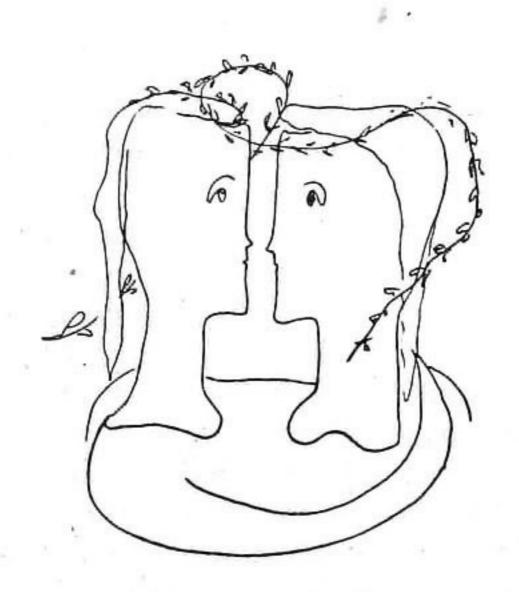
Cuando el sueño avance sobre ti y te cubra como una marea que avanza sobre el cuerpo de un hombre desvanecido en una playa, me verás adelantarme sin ruido por ese ámbito de verdes cristales transparentes. Sin ruido, como quien camina sobre fieltros ensordecidos, avanzaré por un corredor de puertas innumerables y sucesivas y llegaré hasta tu corazón para golpear en él con poderosos aldabonazos sin estrépito, desesperado, como quien golpea en un sordo saco de algodones, en una bolsa de lana sin ecos en el mundo. En alguna parte un violinista escuálido deslizará su arco sobre las cuerdas sin sonido. Ondulará la cabeza y el torso desvaneciéndose como una nube se deshace a compás de la melodía que no se oye. -¡Qué hermoso y triste es todo esto!dirá el arcángel que solloza en tus sueños. -¡Qué hermoso y triste es todo estorepetirán, sin voz, mis labios. Te tomaré de la mano. No. Me tomarás de la mano

y nos iremos

por un camino de geometrías infinitas deslizando sobre huyentes planos inclinados. Incontenidas lágrimas invisibles rodarán por mi pecho, y caerán, pesadas, sobre mi corazón mientras sonrío.

Y de tu mano, en el espacio, desprendida como una paloma detenida en vuelo, trascenderá un perfume, el perfume intenso y denso de la mano de nieblas con que movías en el mundo las hojas de los días.

CÓRDOVA ITURBURU



DESTINO DEL MAR

"A bordo de la goleta Viborg nació en alta mar, en medio de una tempestad, una criatura de sexo masculino. La tripulación reunió el dinero para la educación del niño."

(De los diarios.)

En torno de la mesa redonda cubierta con un mantel de cuadros rojos y azules, toda la familia estaba reunida: la madre, las dos niñas y Pierre Marino. Afuera, la lluvia cortaba en líneas oblicuas las ventanas de vidrio sin cortinas y adentro se respiraba una atmósfera caliente de fines de verano. Las niñas jugaban con los viejos naipes de una baraja y la mujer tejía una inmensa manta de lana. De vez en cuando alzaba los ojos hacia el hijo y sonreía. Y allí, a esa hora de la noche, era él el único que no hacía nada ni parecía pensar en nada. Su cara estaba completamente vacía de milagros: parecía no tener pensamientos ni para lo pasado ni para lo presente. Era una cara espléndidamente hermosa, pero inexpresiva y poco marcada por la alegría. La semejanza entre las tres figuras era completa: no se necesitaba más que un golpe de vista para deducir que allí, alrededor de la mesa redonda, estaban tres hermanos, hijos de un mismo padre. Los mismos cabellos negros, los mismos ojos azules y la misma barbilla deprimida en el medio. Y para unirlos más, la delicadeza del talle, la armonía de los ademanes. Hermanos.

Y mientras la mujer tejía y miraba al hijo, profundos pensamientos emergían del fondo de sus pupilas cálidas y oscuras, en total contraste con las de los hijos; pensaba y sonreía pues para ella había llegado el minuto perfecto, el complemento ansiado de toda su vida: Pierre Marino se embarcaba para su primer viaje por mar! De pronto se sintió grande y fuerte, tal como las mujeres antiguas que desde las torres miraban partir a sus amados para la guerra, sobre caballos blancos, teñidos de sangre al regreso.

Esa noche entregaba al hijo a su propio destino, aquél que el Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mar criara para su fin esencial. Allí, en ese corazón de adolescente, se realizaba el final de una larga, de una enorme espera. Pierre volvía al mar, de donde saliera, donde naciera. Y la mujer presentía su partida como el término de una larga, larguísima etapa que, gracias a ella, llegaba a su fin feliz. Recordaba con el corazón lleno de orgullo cómo le había llegado el hijo en plena tempestad, en pleno océano. Casada hacía poco, partió con su marido para América. Con una anticipación de predestinado, la criatura insistió en nacer a bordo, en la peor de las noches, en el peor de los vientos. Crujían las velas, rompíanse las jarcias, quebrábanse los botes salvavidas. En la bodega, el agua parecía querer partir el viejo casco del navío y entrar a borbotones. Todos se sostenían como podían para no caer y no ser lanzados contra las máquinas. Sobre la cubierta un pobre piloto fué arastrado por la fuerza de las olas y arrojado al mar. Hubo momentos en que nadie creyó que fuera posible resistir los embates de aquella tormenta que parecía descender del cielo, con fuego y con agua.

Marta se apretaba en la estrecha litera de la tercera y rechinaba los dientes con los dolores que parecían venirle tanto desde afuera como de las entrañas. Recordaba cómo el marido la miraba con ojos de despedida y cómo el médico, preso de las náuseas, la abandonó por completo. También las mujeres caían sobre las camas como muertas, uniendo un miedo atroz con el más absurdo de los desmayos, provocados por los vaivenes del navío. Y los marineros corrían y lanzaban llamados desesperados a los barcos mayores que pasaban a millas de distancia sin

poder hacer nada.

Aquella noche fué para Marta como debió haber sido la noche de Navidad para María, pues por sobre todas las sensaciones peligrosas ella mantuvo la seguridad de que el hijo esperado vengaría el mar, salvaría el navío y cantaría la canción de los ángeles en su primer llanto. Y uniendo plegarias absurdas e incoherentes, prometió allí mismo, a gritos, que entregaría su hijo al mar si todos se salvaban. Y como si se produjera el milagro y como si ella tuviese conciencia de que prometía algo divino y algo profano a los peces sagrados que dieran nombre al propio Jesús, el llanto de su hijo fué como una señal de serenidad y de alegría. El mar volvió a su calma en pocas horas y las mujeres alzaron al niño y lo envolvieron en mantas de marinero y los ojos minúsculos que nada veían aún, vieron una enorme ancla prendida al cielo: ¡era esclavo del mar!

"El hijo de Marta calmó las olas..." "el hijo de Marta era una bendición del mar." Y vinieron las mujeres del otro lado del navío, vinieron con presentes. Y vinieron los hombres de la bodega y la tripulación toda contempló con asombro y respeto el grupo que formaban aquella extraña mujer, novia del mar, de cabellos rojos de un rojo de fuego, con los pechos repletos y las manos acostumbradas a las

redes, con su hijo en el regazo, muy pequeño y ahogado en leche. Los marineros se quitaron las gorras y muchos besaron la mano minúscula del que naciera para salvarlos en plena tempestad.

Casi al llegar al primer puerto, el niño milagro del mar fué bautizado. La ceremonia se hizo sobre la cubierta y tuvo la solemnidad de las cosas primitivas, pues nadie dudaba un instante que allí se rebautizaba a un ángel. El capitán del navío, con los ojos húmedos, le puso la sal en la frente, y depositó en el regazo de la madre una bolsa llena de monedas; el peculio del futuro marinero reunido por toda la tripulación y por todos los pasajeros. El nombre ¿qué otro podía ser sino el del patrón de los pescadores, de los afligidos del mar, del primer santo que llevó su barca con el Salvador en su seno?: Pedro (Pierre en la lengua natal del padre), y otro más como para sellar definitivamente su destino, Marino. Pierre Marino fué llamado y como tal desembarcó en el puerto alegre que sería su primera morada.

Marta reveía ahora las luchas de los primeros años, la instalación de la familia, después de los primeros contratiempos naturales de quien no conoce la tierra en donde va a vivir. La casa nueva a orillas del mar, la taberna, fonda y posada que abrió el marido para sustentar la familia. Después, el progreso lento pero firme de los negocios que aumentaron poco a poco, la casa siempre abierta a la clientela por tarde que fuese. La "Estrella del mar" no era una posada más. Era la casa y abrigo de pescadores, de refugiados del mar, de marineros que bebían ron y de mujeres que iban a rescatar los maridos, pesados de alcohol y de tabaco fuerte.

También la familia fué aumentando, dos niñas más nacieron un año tras otro; y mientras Marta cocinaba, lavaba, cosía, tejía y vendía, el marido administraba la fonda como podía. Los hijos estaban casi siempre encerrados en la casa o jugaban en la arena de la playa. Caracoles, conchillas, pececillos diminutos, estrellas de mar, erizos entraban con la arena casa adentro sin distinción alguna. Y el padre, atento al negocio, hacía muñecos de madera en horas de la noche y vendía los juguetes deseados por todos, pues eran coloridos y con ropas extravagantes y originales.

Las niñas contemplaban los juguetes y a veces arrastraban sus cajas de muñecas cerca del padre. También Pierre parecía atento a aquellas figuras de ojos de cuentas y de pompones rojos en los zapatos. Marta veíalos así juntos, dominados por el mismo interés familiar, más exigió de su marido un juguete más libre y más bello: una miniatura del navío que sirviera de cuna al hijo. Y cuando el barco quedó listo, con velas blancas, jarcias, cuerdas, ancla y un nombre bonito en la proa, lloró y rió al mismo tiempo. En balde los niños quisieron llevar el juguete para las playas próximas. Marta se opuso y la miniatura quedó para siempre dentro de una redoma de vidrio.

Encima del estante de la taberna, a la vista de todos los ojos, la cuna de Pierre Marino estuvo expuesta toda la vida: era su cuna, él lo sabía, pero a medida que sus piernas iban creciendo y que su cabeza pensaba más claro, acentuábase el recuerdo del mar como el de una tormenta sin fin. Prefería mil veces quedarse solo en la taberna jugando con los caballos de madera, con las muñecas de paño. Admiraba las crines de lana colocadas sobre las cabezas duras de pescuezo poco flexible, o las matas de seda que el padre pacientemente retorcía en las muñecas hechas de trapo y coloreadas con papel encarnado y agua. Pero la madre intervenía siempre e instigábalo a correr por la playa, a meterse en el agua y a subir en las barcazas de los pescadores que iban en busca de peces en alta mar. Pierre sufría con aquella educación, pero carecía de fuerza para enfrentarse con la iniciativa de la madre, siempre alegre y enérgica. Con los años se acostumbró a dominar el terror que le inspiraban las altas olas y el día de la muerte del padre supo cruzar la playa desierta en plena tormenta en busca de un médico, olvidándose de sí mismo y de sus terrores sombríos. Mas cuando la calma volvió al lar, y cuando en la cabecera de la mesa no tuvo más el apoyo de los ojos comprensivos del padre, Pierre se sintió completamente perdido, a merced de los deseos de Marta. Presintió que de ahí en adelante era inútil luchar, ninguna carrera, por grande que fuera el futuro que le ofreciera, sería capaz de disuadir a la mujer que retuviera siempre en el corazón el sueño de verlo marinero, venciendo tormentas y trayendo de cada puerto un recuerdo alegre.

Vinieron entonces años seguidos y callados, en los cuales Pierre estudió para grumete con aplicación y paciencia. Jamás demostró entusiasmo entre sus colegas, ni pasión por los estudios, pero se mantuvo discretamente atento y atravesó las etapas naturales del aprendizaje. Cuando ya estaba pronto para terminar su curso, las hermanas le trajeron como amiga una muchachita de facciones puras y piernas muy bien hechas que él podía ver a cada momento pues pasaba las tardes metiéndose en el mar, hasta la mitad del cuerpo, sin ropa de baño y dando grititos cuando las olas crecían. Se llamaba Teresa y era hija de italianos.

Pierre, con sus dieciséis años, cayó en las manos de Teresa como caen los corales en manos del buzo. Ella no le decía ni que sí ni que no, lo miraba y corría todas las veces que quedaban solos, y se metía hasta la mitad del cuerpo en el agua cada vez que él trataba de agarrarle las trenzas. Una tarde Pierre avanzó mar adentro detrás de Teresa y ella gritó más alto y más hondo, pero el muchacho no cejó. Le agarró las trenzas mojadas, se apretó contra su cuerpo, sediento de cariño, tentando besarla desordenadamente los cabellos y la boca. Entonces Teresa le gritó:

-¡No quiero amores con marinero! En el primer puerto me cambias por otra... No quiero...

Pero no se apartó ni un milímetro de Pierre y cuando regresaron a la playa había oscurecido por completo. Tenían las ropas mojadas y la arena les incomodaba en los pies. Con todo, se sentaron en las rocas y, silenciosos como pescadores, comenzaron unos besos espaciados y nerviosos.

-¿Cuántos años tienes? — le preguntó Pierre.

-Dieciseis. Un año más y me puedo casar, dice mi padre. Y tú eres casi menor que yo... y vas a marcharte... yo sé...

Pierre sintió más rabia contra la carrera que debería iniciar en breve, pero trató de convencer a Teresa de que eso no era ningún inconveniente; volvería, partiría de nuevo, pero siempre, intermitentemente, regresaría a ella. Allí sería su casa, y el mar con sus viajes, sus olas y puertos nuevos, etapas de sacrificio y de separación. ¿No se casaban acaso los marineros? Allí mismo, cuántos había casados, con hijos y nietos.

Teresa, empero, meneaba la cabeza.

-¿Y qué haré en tu ausencia? ¿De qué viviré?

Sin embargo, interrumpieron las discusiones con otros besos y prometieron encontrarse todas las tardes en las rocas, debajo de la última cabaña de pescadores. Volvieron juntos, tomados de la mano, pues Teresa vivía en su casa, traída como un regalo por sus hermanas, mas quisieron esconder sus amores hasta más adelante, cuando todo estuviese definitivamente resuelto. Fueron meses de alegría para Pierre aquellos en que pudo tener a Teresa bajo sus ojos tardes sin fin Contemplaban las hermanas con simpatía los amores y tácitamente lo escondían de la madre. Ésta sólo se enteró de lo que pasaba muy poco antes de la partida de Pierre. Una rabia violenta hizo presa de ella, temiendo que algo pudiese desviar a Pierre de su carrera de marino, de su futuro libre dentro del mar. Llamó al hijo, lo interpeló, y él, con aquel mismo rencor sordo con que en la infancia tentara hacerle frente, no le respondió. Los argumentos fueron, sin embargo, ásperos, perversos:

-¿Crees que alguna muchacha va a esperar que vuelvas del viaje para casarse? ¿No ves que Teresa ya está en edad de buscar marido y tú no eres sino un marinero que va a comenzar su vida?

Pierre no respondió. Era equella su manera natural de enfurecerse. Batió la puerta y salió en busca de Teresa. Sentada allí en las rocas, con su vestido oscuro, casi negro, y las trenzas sueltas, era la mujer más deseada de todas. Ningún hombre se llegó con mayor furor ni con mayor deseo a su enamorada. Tenía los ojos apretados de rabia impotente y una especie de deseo de martirizarse ya que comenzó una



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

larga historia, llena de vueltas, antes de entrar en el asunto que más lo interesaba.

-¿Es verdad que si me embarco no me puedes esperar porque tu padre quiere que te cases pronto con un novio que hace mucho que él te escogió? ¡Dime, Teresa!

La muchachita, como toda mujer, jugó con la tristeza del enamorado, dejó que su angustia fuese mayor y que su expectativa llegase casi hasta las lágrimas, para responderle:

-Yo te esperaré . . . pero no sé si mi padre querrá que yo te espere. Es tan incierto el destino de un marinero . . .

—Para mí no hay otro destino que el de casarme contigo y vivir a tu lado. ¡Qué me importa el mar, la carrera, la voluntad de mi madre! Si me esperas, cuando regrese de este viaje abandonaré todo y buscaré trabajo. Compraremos un pedazo de tierra a tus padres y plantaremos cualquier cosa, y tendremos vacas y ovejas... Dime que me espererás, Teresa.

Y Teresa prometió, le juró frente al sol que caía en el mar que no se casaría con nadie que no fuese él, su amado, su único amado. Y Pierre, por primera vez en sus dieciseis años se sintió completamente feliz y seguro de sí mismo. Retornó a la casa con la furia aplacada y los ojos secos; contempló a la madre como quien desafía a un elemento dominado. Comió con las hermanas y con Teresa en aquella mesa grande, de mantel a cuadritos, alegremente protegido por el retrato de su padre.

Esa noche escuchó hasta muy tarde le batir de las aguas en la playa y cuando se durmió tenía casi la seguridad de que al fin había conseguido cambiar su destino de marinero por esa cosa fuerte y bella que era su amor por Teresa, sus sueños de una casa en tierra firme, definitivamente de espaldas al mar. Pero a la madrugada siguiente Teresa no estaba más en su casa como un presente de las hermanas: el padre había venido a buscarla a pesar de las negativas de Marta. Pierre sospechó de una intriga para separarlos. No se irritó mucho porque sintió que era inútil. Todavía resonaban en sus oídos las promesas de Teresa, las palabras de amor que escuchara de ella, y sus manos todavía sentían el roce de sus trenzas, suaves y caprichosamente peinadas antes de la entrevista. Le escribió una carta, luego otra y otra más, y aguardó. Esperó angustiado días y semanas y no le vino ninguna respuesta. Durante la tertulia nocturna miraba los ojos de la madre, escondidos por encima de la lámpara en su trabajo interminable del tejido, y sentía que ella lo juzgaba, lo maldecía. Y esperó.

Más o menos unos veinte días antes de embarcarse llegó una carta muy pequeña que Pierre abrió con voracidad y que decía así:

"Pierre: Aquello que planeamos no puede ser. Tu madre y mi Archivo padre tienen razón. Ya soy grande y debo pensar en el porvenir, y tu primer viaje puede durar más de un año, quién sabe. No me quieras mal y no dejes de pensar en quien mucho te quiso.

Teresa."

La carta estuvo sobre la mesa horas a hilo después de la primera lectura sin que Pierre tuviese el coraje de tocarla. Era un aguamar que le quemaba la piel, un áspero erizo que no quería tocar con la mano. Al final, una de las hermanas la dobló cuidadosamente, con un ademán tan piadoso que más parecía estar cerrando los ojos de un muerto, y Pierre decidió no pensar más en Teresa y prepararse para su primer viaje. Apretó más los ojos como siempre hacía y la voz le salió de ahí en adelante más brusca y más ronca: era ya voz de un hombre que sufrió su primer desengaño de amor.

Era la noche de la partida aquella en que la familia aguardaba en torno de la mesa. Las hermanas jugaban con una baraja vieja, la madre tejía el interminable trabajo de años. Pierre no hablaba y ni parecía pensar en nada. Acompañaba el batir de las agujas, el caer de los naipes de la baraja. Escuchaba también el tictac del reloj, el golpe de sus pulsos, el romper de las olas sobre las rocas y esos sones aflautados que producen los vientos cerca del mar. Estaba para partir y a la madrugada tomaría rumbo al Norte, mar afuera, en un viaje que duraría seis, ocho meses, o dos años, no se sabía con seguridad. Tenía el saco de marinero pronto, la ropa doblada, el retrato del padre y la carta de Teresa debajo de la blusa azul marino. Reunía sus pensamientos dispersos y trataba de recordar a su madre en una actitud tierna y amorosa. No lo podía; veíala siempre mandando, llevándolo aterrorizado dentro de las aguas, obligándolo desde muy pequeño a beber agua sadala y a remover los pescados que todavía vivos se agitaban en las cestas. "Su madre", esa misma que lo meciera en alta mar cuando nació en la mala goleta que no se partió gracias a su milagro infantil de predestinado... y sus ojos se humedecieron temiendo haberle negado siempre su recompensa merecida. Pero cuando llegó la partida, no pudo llorar sino de añoranza de las hermanas que allí quedaban y de aquella Teresa que tenía las trenzas de seda y los ojos de mujer hecha. De su madre no pudo lamentar la distancia.

Altas estaban las estrellas sobre el navío que empezaba a romper las olas rumbo al norte, conforme era su destino. Pierre, apoyado contra la borda, escuchó el canto sombrío de un viejo marinero que con la cabeza descansando sobre un rollo de cuerdas, cantaba:

> "Donde yo nací, no digo, Porque no lo sé de cierto. Cuando procuré un amigo,

Archivo Histórico Hallé Plemundo designationas | www.ahira.com.ar

Y lloré al oír las plagas, De mis rudos compañeros, Y gané el amor a las aguas, Y a las furias de los aguaceros..."

Aplicó más el oído a la canción que le parecía venir como una enseñanza, más el viento cambió de rumbo y la voz se perdió en el espacio; y por debajo de una angustia singular que provenía de la soledad de las horas de tristezas de las estrellas, escuchó los últimos versos que cantaban:

"No importa, irás conmigo A dormir en el fondo del mar...

Ya entonces sintió Pierre como si le hubiese llegado en aquel momento el primer mensaje verdadero del cielo: dormir en el fondo del mar...¿Qué otra cosa podía desear? ¿No estaba preso desde el primer llanto a esa cuna pesada y ruda que le atontaba la vista? ¿Cómo soportar aquellas horas sin rumbo, aquella soledad, sin amigos y sin hermanas? ¿Cómo pasar los días y las noches escuchando la voz de Teresa y saberla casada con otro que era dueño de tierras y señor de rebaños?

La vida en el mar se le apareció ahora como una abyección mayor de lo que él mismo había creído. Sintió el pecho pesado como de plomo y triste como la voz del marinero que cantó en la cubierta del navío antes de dormirse: no, él no podría soportar esa vida áspera, sin otra referencia que una estrella tristona, sin otra brújula que el puerto desconocido que él no amaría nunca. Su primera noche en alta mar . . . Pierre sufría a lágrima viva su soledad que apenas comenzaba y que sabía que iba a durar toda la vida. ¡No estaba hecho para los balanceos del mar! ¿Qué destino absurdo lo había hecho nacer entre los pliegues de unas velas y entre los cantos de una tempestad? Era hombre de recogimiento que pedía afecto, calor de hogar, y las trenzas de Teresa lo llamaron como alas de golondrina.

El silencio era mayor aquella noche, pero el presentimiento de una tormenta hacía que la tripulación estuviese alerta. Únicamente Pierre no escuchaba sino el palpitar de su propio pecho, y la humedad que le mojaba el rostro no le venía del mar, ni de la noche, sino de las lágrimas que le corrían ardientes hasta el pecho. Cuando llegó el temporal y la tripulación comenzó a agitarse remendando aquí y allá los defectos del barco algo viejo, Pierre continuó inmóvil como si nada pasara. Sentía un terror sordo contra las olas que ora le parecían castillos y ora le parecían montañas franjeadas de espuma, mas no se movía. El balanceo del barco lo inclinaba de tal forma que sus manos

ya sangraban por el esfuerzo de sostenerse a la borda encordada del navío.

-¡Pierre! ¡Pierre!

Era la voz del compañero que lo llamaba. Pero él no se movió, apretándose más contra la cuerda y viendo que una ola enorme, más alta que el velamen del barco le venía encima.

-Que venga - murmuró.

Las últimas visiones que tuvo fueron los ojos de la madre: le pareció que en medio del torpor que le entumecía los miembros, que le dilataba las pupilas, aquellos ojos le reprendían una vez más. Pero tuvo una especie de alegría salvaje en la inmovilidad de su cuerpo que flotaba sobre altos castillos franjeados, en lagos profundos poblados de peces enormes. La alegría de saberse libre del mar, de su destino, y de dejar vagar su cuerpo a placer de la olas. "Quisiera morir en campo florido —fué lo último que pensó— pero si he de vivir en el mar, antes prefiero morir de una vez..."

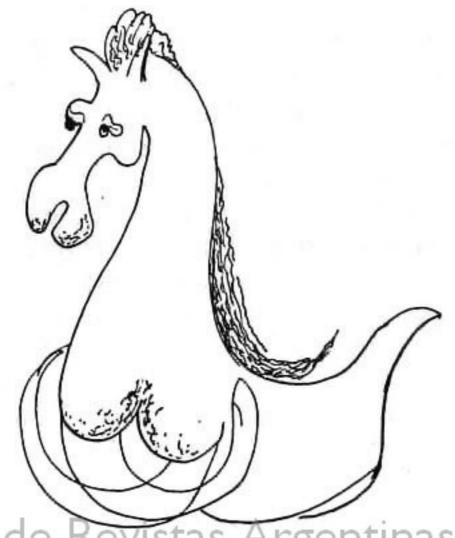
-¡Pierre!

Era la voz de Teresa que lo escuchaba, con sus trenzas atadas con lazos azul marino...

-Estoy muerto, Teresa- pudo decir aún, pero no estaba sino adormecido, semimuerto y semidormido, en busca de su destino final. La voz de la madre no se escuchó esa noche, pues era muda su garganta sobre el interminable tejido de lana.

"Se arrojó al mar, en su primer viaje, el grumete de la goleta Jan Doern que navegaba rumbo a Irlanda." (De los diarios.)

NEWTON FREITAS



EL SENTIDO DE LA SOLEDAD

Estar a solas, experimentar la plena soledad, es quizá para el hombre común uno de los más desagradables acontecimientos. Porque la soledad entendida como aislamiento y privación de toda presencia humana, lo condena transitoriamente al hastío o a la desesperación. Y si este hombre caracteriza la soledad como el renunciamiento a un natural instinto gregario, ocurre que la experiencia: estar a solas, representa para él un suceso anormal en su vida cotidiana.

Entendemos hasta aquí la soledad como confinamiento estricto, como privación de toda extraña existencia humana, ya que el hombre común no experimenta la desazón de ese trance si en torno suyo percibe la presencia de sus semejantes. Aun cuando, como actitud excepcional y desde ahora enunciada, podría darse el caso contrario: la situación paradojal de los que viviendo en compañía, están solos.

De modo, pues, que podríamos definir este primer sentido de la soledad en los términos de una exclusión del escenario mundano; la vivencia de un estado de privación y abandono.

¿Cómo justificar esa inquietud del hombre para quien la soledad se torna insoportable?

El hombre no quiere permanecer a solas porque a través de la soledad debe advertir, necesariamente, la miseria de su vida. Esta interpretación pascalina de la condición humana nos induce a suponer que quizá en la soledad resida un sentido oculto, una solemne invitación a detenernos en el sondeo del problema que uno mismo es. Quizá ella nos propone una tarea que aguarda –a veces en vano— su instante propicio; el instante en que la reflexión descubre, estremecida, la necesidad de *pre-ocuparse* por una genuina e impostergable recuperación.

Por consiguiente, el repudio de la soledad vendría a significar una especie de temor hacia algo, el temor a la exigencia implícita de abocarse a una dramática demanda y la natural resistencia ante el presunto abandono de un estilo de vida mundano. De ahí que,, rehuir la soledad vale tanto como rehuir la propia presencia y, por añadidura, el desconocimiento o renuncia a una inalienable y si acaso, legítima vocación.

Esa pavorosa fuga del ser humano ante sí mismo nos señala, pues, desde ahora, que en el trance de la soledad existe siempre —si bien a menudo no cabalmente advertida— una clamorosa presencia: la de nosotros mismos. Caracterizada presencia que ya el poeta nos incita a descubrir a través de la imperativa estrofa de su canto:

"Mas busca en tu espejo al otro, al otro que va contigo." 1 De esta manera cobra la soledad un nuevo y dignísimo sentido, el cual, lejos de expresar una privación, descubre a quien retorna de la "existencia banal" al seno de su interioridad, la perentoria exigencia y cuidado de un

alguien más que aguarda en acecho el instante de su realización.

Si bien la soledad es la hora propicia donde se anuncia la patente realidad que somos nosotros mismos, resulta que no es menester la penumbra del claustro ni el silencio de la cámara para advertir que llevamos de la mano la responsabilidad de nuestro destino. El mundo de los seres y las cosas provee en cada circunstancia de la vida –si bien miramos— la entrañable inquietud que nos mueve a la búsqueda de una exigencia última, requerimiento que acucia al hombre simultáneamente con el reclamo de otorgar el justo sentido a ésa, su otra existencia "desvelada".

De ahí, más explícito el contenido de aquella paradoja que enunciamos; bues, ocurre ahora, que en la soledad puede el hombre no sentirse solo y en cambio saberse un solitario entre los entes que lo rodean. Agreguemos: como un solitario en tanto aquellos que habitan en su mundo no hayan iniciado ese tránsito que exige, como punto de partida, un peculiar retorno a la desnuda subjetividad.

Desde aquel sondeo preliminar que hurga y descubre la presunta vía, se revela la soledad como un patrimonio intransferible de donde brota —si bien conforme a ineludibles premisas— el impulso que nos incita a ingresar en la trayectoria del ser. Convengamos en que este ingreso es, consecutivamente, un retorno al mundo de la exterioridad, mas, provistos ahora de una conciencia dotada de nuevas y límpidas luces y de una vocación que llamaríamos, cósmica.

Cabe, pues, esta última significación de la soledad que promueve desde el plano subjetivo el solemne irrumpir de una advertencia inusitada, que es, desde entonces, tránsito y superación, porque penetrar el sentido de esta segunda presencia es quizá el más virginal atisbo de una presencia divina en nosotros.

Iniciar desde este reconocimiento que parte del saber de nuestra condición, el primer paso hacia la nueva y difícil tarea, otorga a la soledad su veraz significado, ya que, en su secreta vocación halla la respuesta del reiterado interrogar sobre el porqué del hombre.

Quizá la más consistente sabiduría sea el fruto de aquella enajenación primaria de todo requerimiento "banal", centrados en la exigencia de una reflexión sobre sí y, simultáneamente, sobre el sentido último del mundo y de la vida. Instalados en el filo de esta nueva aurora donde apunta el propósito de avanzar por la ruta del ser, se habrá de derivar una praxis en la que se proyecte la pureza de una meditación lograda. Metafísica y ética confluirán así como dos modos de aspiración y realización de lo permanente en el plano de una exaltación virtuosa del hombre.

LUIS M. RAVAGNAN

BIBLIOTECA

Antes de la guerra de 1914 se encontraban aún, dispersas aún por Francia, y, tanto en París como en las ciudades de provincias, las llamadas "librerías de ocasión" (1). En medio de una tienda tapizada con libros antiguos, bajo la mirada cordial de un librero que dejaba deslizarse sus anteojos hasta la punta de la nariz, un grupo de aficionados, escritores o simples amigos de los libros, se reunían allí todos los días, y, mientras hojeaban obras antiguas, disertaban durante una hora o dos sobre los méritos comparados de las ediciones de Alde y las de Plantin.

Los parroquianos no compraban, por cierto, libros todos los días; muy raramente eran personas de dinero, pero de cuando en cuando partían con un "elzevir" de un franco en el bolsillo o con uno de esos admirables Barbou, dechados de nuestra tipografía del siglo xvIII (anteriores al reinado de Didot) que se vendían a dos francos con cincuenta, con su hermosa encuadernación en pasta. Francia era un manantial de libros antiguos. Se los encontraba en todas partes. Las ediciones primeras eran ya costosas, pero al margen de las "princeps" podían montarse agradables bibliotecas con poco gasto. Veinte años después las mismas ediciones número uno estaban aun al alcance de periodistas y escritores que no poseían propiedades ni profusión de cargos. Pierre Champion me aseguró que Anatole France nunca compró en la librería "Champion" (una de las postreras "librerías de ocasión", precisamente) libros que costaran más de cien francos. El dato es valioso para quienes conocieron la admirable colección reunida por el autor de "La Azucena Roja".

Anatole representaba precisamente el tipo de los autores que rememoro al escribir este artículo, los cuales no solamente compraban libros viejos, clásicos, y aun obras de autores griegos y latinos en ediciones antiguas, sino que, inclusive, los leían. Los leían y encontraban placeres suplementarios al saborear los textos en las ediciones que conocedores fervientes habían acariciado antes que ellos. Conservo las primeras ediciones de los Varones ilustres y las Obras Morales, de Plutarco, en la traducción de Amyot: en la guarda los propietarios sucesivos han inscripto sus apellidos y una frase benévola destinada a recomendar la obra a los bibliófilos futuros. Leídas textualmente resultan plegarias de amantes. Nada como estas obras proporciona un sentimiento tan

^{1 &}quot;Libraires a chaises", en el original. Eran librerías de viejo, o de lance, con el círculo asiduo de concurrente conversadores. El lafonteniano "Mr. le belesprit" de provincias, debatía allí, con los Prudhommes y Homains del lugar, los méritos de las obras expuestas a la venta. Algunas de estas reliquias sobreviven todavía en Francia. La ilimitada duración de las pláticas que en ellas se sostuvieron es un anticipo de su asegurada eternidad (No del T.) de Revistas Argentinas www.anira.com.ar

agudo del paso de las generaciones. La vida cotidiana ha impreso también allí sus huellas. En mi Racine, que no es con todo una primera edición, pero ha sido impreso en el siglo xvII, el propietario de entonces escribió para su esposa o para un amigo, sin duda: "Vuelvo. La llave está en la escalera". Familiares y magníficos, estos viejos libros nos hacen respirar la atmósfera de su siglo. ¿Por qué razón un Du Bellay de hoy, en manera alguna nos proporciona el mismo goce que un Du Bellay del siglo xvi? Resultaría dificultoso decirlo, pero es un hecho. Hay no se qué ingenuidad escondida en esos caracteres tipográficos y viñetas que nos transportan de pronto a los tiempos de "La Pléiade". Una atmósfera sutil emana de los folios y se insinúa en nuestro interior, al abrirlos. Sería excesivo afirmar concretamente que nos transformamos en hombres del siglo xvi y nos sentimos por dicha razón más cerca del autor, pero algo de eso sucede sin duda.

Casi todos los escritores franceses de hace cuarenta años, tenían hermosas bibliotecas donde los "Gryphin" y los "Ladvocat" se mostraban al lado del úlsado. El amor por el libro viejo iba unido al gusto de los clásicos, de los autores latinos. Adhería al escritor a una tradición, y, sin quitarle el gusto por el progreso y la evolución, lo apartaba de los sistemas de tabla rasa y lo hacía horrizarse por lo que se llamaba y se llama todavía, quizás injustamente, "lo primario". Y no me refiero a los placeres que los libros antiguos concedían a bres, pero servían sin embargo, para hacerles anudar lazos invisibles con el paalgunos privilegiados que, como Charles Nedier, se abismadan en la contemtimo "Calmann - Lévy" y "Fasquelle". Tales cosas no transformaban a los homplación de las "Observaciones" de Somaize (elzeviriano), del egregio "Sueño de Polifila" (gloria de Aldo Manuccio) o más directamente de "L'art de se rendre heureux par les Songes", de un tal Franklin de Francfort (1746) y comentaban luego con amor la disposición de los títulos y la calidad de la tipografía.

En una palabra, la inclinación por los libros viejos y la posibilidad de adquirirlos mantenían a la mayoría de los escritores franceses dentro de una tradición clásica. Pero los últimos treinta años han cambiado profundamente la situación. Los libros que antes eran buscados únicamente por hombres que los estimaban, han comenzado a adquirirlos otros, que no se preocupaban en modo alguno por ellos. Estos compradores son personajes pudientes, y, si hay que llamarlos por su nombre, especuladores. ¿Debe atribuirse únicamente a los Goncourt la responsabilidad de esta transformación? Resultará tal vez injusto aceptarlo, pero es perfectamente comprobable sin embargo que la especulación del libro comenzó en tiempo de ambos y bajo su personal impulso. Abrieron los ojos a los ciegos. Demostraron el valor artístico y revelaron el valor comercial de esas admirables ediciones ilustradas del siglo xviii en las cuales brilló el talento de los Eisen, los Gravelot, los Leprince y los Marillier. El especulador no se dedicó al principio sino a los libros casi reales, las ediciones de los "Fermiers Généraux" o el "Monument du Costume". Concedía aún al auténtico amigo de los libros la facultad de comprar por un precio módico un "Cazin" o un "Rey". Pero su acción resultó bien pronto semejante a la ejercida en un mercado de valores por el alza de un valor guía, el "Río" o el "Royal Deutsch", por ejemplo. Progresivamente la fiebre cundió. Las primeras ediciones, unas tras otras, pasaron por él: se buscaron las "primeras" de Rabelais, luego, las

de Racine o Corneille, después, las de los románticos. Fueron arrebatadas las "primeras" de Balzac, de Stendhal. Los precios subieron lentamente en un principio; más tarde, luego de la guerra del 14 y la primera desvalorización del franco, ascendieron verticalmente. Una primera edición de "El Cid" costaba en 1913, diez mil francos; en 1935, cien mil. Una de "Atalía", en 1913, doscientos francos; en 1930, ocho mil. ¡Y hoy, hoy! Más vale no hablar. Un Molière de finales del siglo xvIII, en seis volúmenes, que valía en 1914, veinte francos, y, en 1930, doscientos, cuesta ahora seis mil. ¿La razón? Los especuladores en libros han recibido ayuda de los especuladores de cualquier cosa que adquieren un Montaigne como comprarían una botella de coñac, para hacer provisión o conjurar una posible desvalorización de la moneda. Cabe agregar a la acción de esas operaciones interesadas, la destrucción de muchas copiosas bibliotecas y la influencia del fenómeno muy conocido que conduce a los posesores de títulos o valores bursátiles a rehusar desprenderse de las acciones que "suben". El libro antiguo se ha hecho, en dos palabras, un artículo inaccesible. Los escritores jóvenes no pueden soñar en comprarlo. Bastante les cuesta procurarse en ediciones modernas las obras indispensables. Resulta imposible conseguir hoy en París, aunque sea en una edición del siglo xx, las "Memorias de Ultratumba", de Chateaubriand. Y algo que resulta más sorprendente aún: al día siguiente de aparecer (1945) la edición completa de Mallarmé anotada por el profesor Mondor, fué imposible descubrir en las librerías un solo ejemplar.

Elevación vertiginosa de los precios de los libros antiguos; falta del libro moderno impreso en ediciones demasiado reducidas; falta de papel: los "jóvenes" no pueden ya más montar una biblioteca. Mejor para ellos, pensarán quizás algunos espíritus prácticos meditando en el caso de nuestro amigo Dorsenne y en los de muchos otros que prefirieron no abandonar a París durante los años trágicos y hacerse arrestar por último por los alemanes antes que dejar su amada biblioteca. Es un punto de vista. Pero Maurois y Jules Romains sustentan hoy ideas diferentes sobre el problema, por cuanto al volver de Francia, después de cinco años de ausencia, encontraron sus bibliotecas completamente saqueadas por los alemanes, y están desesperados. Se desesperan y se arruinan para hacerse propietarios de nuevo, de un Voltaire completo o de un Saint-Simon.

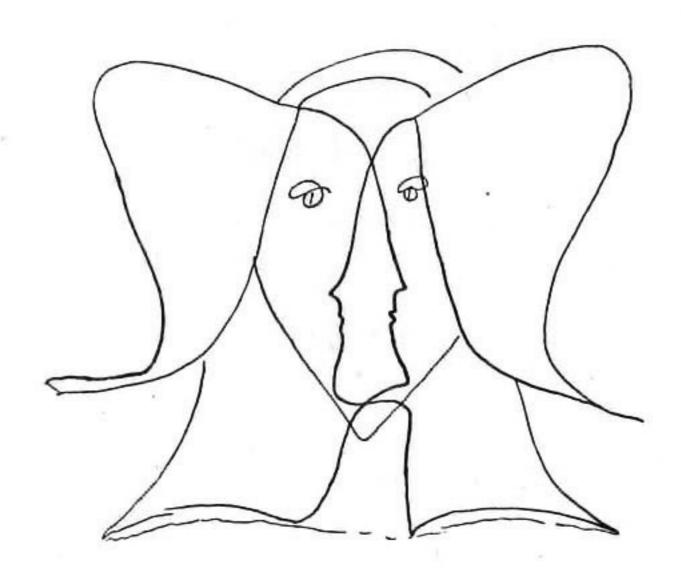
Comprendo su desesperación. Es una desesperación de humanista. Hay cierta clase de genio literario que no puede florecer sino entre estantes colmados de libros. Sainte - Beuve extraía de ellos su aticismo y me parece imposible imaginar a nuestro caro Valéry - Larbaud, en nuestros días, trabajando lejos de esos sus anaqueles blancos dondes alternaban con los Joyce, los Ramón Gómez de la Serna, los Butler, las ediciones antiguas de Scève y de Heroët... y los soldaditos de plomo (1). Son críticos, ensayistas, se nos dirá. Sin duda. La biblioteca es necesaria al crítico antes que a ningún otro. Pero no nos equivoquemos: la desaparición de las bibliotecas privadas y su terrible empobrecimiento representa para todos los escritores un cambio real de clima. En un departamento semidesnudo, donde yace un centenar cualquiera de libros, no se escriben las mismas obras que en una ciudadela de volúmenes. Un Restif de la Bretonne, que componía su obra en los muelles o en los bajos fondos, no po-

¹ Eran españoles. Se hizo retratar junto con ellos. En carta a un amigo envió el retrato y formuló la advertencia, que consideraba importante. (N. del T.)

día aperentar el mismo estado de espíritu de un Voltaire, hundido cómodamente en un sillón bajo los infolios y los in-octavo de Cirey o Ferney. No hay duda que hacen falta los Restif de la Bretonne, pero también son necesarios los Sainte-Beuve, los Nodier y los Larbaud.

No quiero afirmar que le eliminación de las bibliotecas, la desaparición del gusto por los viejos libros, el desconocimiento de ese vagar placentero a través de libros cubiertos de pergamino, constituya por sí mismo, solamente, una causa de revolución literaria. Pero es un elemento que ejerce su acción entre otros, una acción que nadie ha revelado hasta ahora, pero cuyos efectos no tardarán en surgir con claridad. Un joven de hoy no sueña más en los ejemplos de la biblioteca de Montaigne o la de Jérôme Coignard (²). Ignora la felicidad de "in angello cum libello", como ignora ¡ay!, por la aspereza de los tiempos, las demás venturas. Se planta frente a la vida, mira (más o menos bien) y considera que eso ya basta. Es posible.

MARCEL THIÉBAUT



2 "Jai passé l'hiver au gré des sages, "in angello cum libello", et voici que les hirendelles du quais Malaquais me trouvent a leur retour tel a peu prés qu'ilis m'ont laissé..."

"Silvestre Bonnard." (N. del T.)
El traductor presume que la biblioteca aludida no es la de Coignard, sino la de S.
Bonnard.

Los títulos de libros traducidos al castellano, están en español, excepto las traducciones de Plutarco, de Amyot (traducción no traducida).

PINTURA

ARTISTAS ITALIANOS DE HOY

GALERÍA MÜLLER

De nuevo podemos gozar con una exposición muy selecta de artistas italianos modernos. En todas las salas hay rincones de encantamiento y cada cuadro tiene su propio valor. Recordamos de Ugo Bernasconi "Nieve al río" de tonos suavísimos. Massimo Campigli, uno de los pintores más poéticos de la época actual, nos muestras sus series de mujeres de perfiles en ángulo recto, todas rosadas y amarillas con reminiscencias del arte etrusco.

"El Angel que despierta los pastores" de Felice Carena es de un bello estilo clásico. La "Cabeza de mujer" de Carlo Carrá es casi pompeyana, muy jugosas son las naturalezas muertas de Felice Casorati en verdes y amarillas. De Giorgio de Chirico podemos admirar la "Lucha de gladiadores" de 1928, con colorido de tizas y los pequeños cuadros actuales que ha pintado con tanto placer.

De Virgilio Guidi hay una figura de mujer, geométrica y dulce. El "Paisaje" de Giorgio Morandi es todo en verdes y rosas apagados. Las "Flores" de Alberto Salietti tienen un inverosímil fondo en rosa subido. Los cuadros de Gino Severini son resplandecientes de claridad y colorido; están maravillosamente compuestos con rectas y arabescos sutiles. La "Isla de San Jorge" de Giogiotti Zanini está en colores suavísimos como de sueño. Son muy bellos también sus instrumentos musicales sobre un fondo de mar. Estos pintores, todos extremadamente sensibles en el color han perdido todo lazo de unión con el pasado de Italia. En nada se parecen a Giotto, a los primitivos o a los pintores del renacimiento. Ya no saben, o no quieren componer. Ya no les interesan los sensibles rostros humanos. El impresionismo ha dejado también sobre ellos su huella destructora.

CÁNDIDO PORTINARI

SALÓN PEUSER

La cualidad más saliente en la obra de Portinari es la fuerza. Sus cuadros nos dan la sensación de un gran viento huracanado; con recuerdos del "Guernica" de Picasso y de los fresquistas mejicanos. Es una pintura tenebrosa, lacerante, triste como estos tiempos. Hay en ella un movimiento y unos grandes

gritos, cuando la obra de arte debe de estar como en suspenso y llena de silencio.

Donde vemos verdadera creación y grandeza es en esas cabezas de mulatas, de un gris lívido, con grandes ojos de vidrio y esos violetas y verdes discordantes y magníficos, que tienen la grandeza de los retratos de los sarcófagos greco-egipcios.

Esta exposición removerá nuestro ambiente un poco demasiado académico y tímido.

ERNESTO SCOTTI

WITCOMB

Ernesto Scotti presenta una importante exposición de óleos sobre los más diversos motivos; retratos, paisajes, desnudos y temas religiosos. Toda su obra demuestra un perfecto equilibrio en el dibujo, el color y la composición. En los desnudos logra quizá sus mejores realizaciones por la riqueza de tonos. En los paisajes abusa de los tintes sombríos. A estos cuadros que no carecen de grandeza les falta sin embargo espíritu, gracia aérea. Quedan siempre a ras de tierra y faltos de inspiración.

RAÚL SOLDI

MÜLLER

La exposición de Soldi nos deja como un deslumbramiento de color. Sus cuadros tienen esa gracia y esa frescura que sólo los grandes pintores pueden lograr. Nadie sabe como él, pintar una rosa tan tierna que es casi gris, o un amarillo tan sostenido (como la chaqueta del joven del circo) que entone tan finamente con la cara enharinada. Hay una gran riqueza de matices en sus rosas, verdes y amarillos que pone uno junto al otro en tonos tan leves, redondeando y diluyendo los contornos. En algunas telas se deja ver aun demasiado claramente la influencia de Renoir. Sus tipos de mujeres son idénticas. No ha creado aún seres nuevos. Pero a veces es más estilizado, más poético y sencillo y sus mujeres tan redondas y terrenales se convierten fácilmente en ángeles por la pureza de sus colores.

BATLLE PLANAS

VIAU

Arte muy cerebral, pero al mismo tiempo lleno de emoción, este de Batlle Planas, nos cautiva de inmediato y nos lleva a un mundo de ensueño en donde las jóvenes pasean sobre "campos de Vidrio", "convierten las uyas en Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar ciruelas" y "se evaden de los abanicos". Está en ese misterioso punto donde se encuentran a veces la poesía y la pintura. Noica nos mira con sus ojos entrecerrados, y con esas estrafalarias vestimentas que parecen fin de siglo. Todo es extremadamente sensible en su dibujo: el cabello enmarañado, las manos con un dedo en el aire, y el lazo ajustado de la cintura.

LÓPEZ CLARO

KRAFT

López Claro expone óleos y dibujos a pincel. Todos los paisajes están impregnados de un expresivo realismo que nos muestra la triste quietud del litoral. Hay una atmósfera de angustiosa soledad en sus cielos tormentosos y en los campos secos. No es la realidad fotográfica. Son algunos elementos del paisaje recreados y ordenados de nuevo por el artista. He aquí un pintor lleno de grandeza, con un rico colorido de amarillos y de verdes-oliva, empapado de poesía melancólica.

MANUEL PINEDO

그렇게 하는 사람은 이 없는 사람들이 되는 사람들이 없었다.

The Art of the State of the Art of the State of the State

and the major extends to a my second little and the first second to the

LOS LIBROS

Nora Raquel Muchinik. MUNDO DE HADAS. Editorial Normario. Buenos Aires. 1946.

Este libro de cuentos, cuyas páginas evocan un tierno candor, un mundo de estampa, ha sido escrito por una niña de ocho años de edad. Como los problemas de psicología infantil han dado origen a una literatura bastante intrincada, no menos desavenida y un tanto plomiza, debo confesar que me siento algo así como obligado a contribuir a la confusión general. No sé si serán suficientes dos observaciones.

Más de una vez se ha impugnado el valor pedagógico de la llamada literatura infantil -versión adulta del alma del niño-, sobre la base de que su ámbito y el de las personas mayores son intransferibles, no comunicables. Es cierto que el subconsciente infantil se proyecta más tarde en el hombre, influye en su conducta y hasta en sus mismas ideas; pero este lazo está lejos de ser tan decisivo como el establecido por medio del consciente. En verdad, la divulgación de unas pocas nociones del psicoanálisis ha influído para que muchas personas crean que el subconsciente lo es todo en el individuo. Naturalmente, esto es excesivo si no falso. Haeckel, que fué zoólogo y monista, estableció en su ley biogenética que la vida embrional del hombre atraviesa en el breve tiempo del embarazo de la madre por todos los estados del desarrollo de la especie. Sin embargo, sería harta ligereza suponer por ello que el hombre civilizado se siente inclinado en lo más mínimo a comportarse como un pez, un reptil y ni siquiera como un antropófago. Tales aberraciones llamarían fuertemente la atención. Cuando no es así, cuando el hombre, por ejemplo, sufre un ataque de licantropía, entonces estamos frente a una grave perturbación de sl psiquis. No veo por qué debe ser distinto el caso del complejo de Edipo. En el subconsciente del hombre hay en efecto un pasado de barbarie, de crimen y de incesto; pero cuando este depósito de horrores emerge de su turbio círculo infernal y se impone al consciente, entramos de lleno en la anormalidad. Es que se olvida demasiado a menudo que el psicoanálisis es sólo para enfermos, para los que de alguna manera son alienados. El hombre normal posee tanto el complejo de Edipo como la atracción por la carne humana o la de reptar por el suelo. Si porque el psicoanálisis estudia las neurosis se pretende aplicarlo a todo el mundo, entonces habría que hacer lo propio con la patología en masa. Pero es en vano: una cosa es un hígado con cirrosis y otra un hígado sano; una un esquizofrénico y otra una mente normal.

No sólo el mundo del niño y el del adulto son ajenos; en cierta forma son también hostiles. Las nuevas tendencias pedagógicas reconocen que el niño no debe ser considerado como un aprendiz de hombre, como un ser en el que todo es precario, imperfecto y débil, sino que su personalidad es completa en sí misma, definida. No obstante, la actitud general del adulto

para con el niño es por lo regular la otra, la que al enfrentarlo en todos los momentos con la imagen de lo que ha de ser más tarde con los años, pone en evidencia sus errores, su aparente puerilidad, su forzosa torpeza. Para muchos, ser niño es ser culpable. No ha de extrañar, pues, que muchos niños

sientan su infancia como una falta, un pecado.

Este desencuentro entre las dos edades, que algunas veces puede llegar al encono y al odio, a ese rencor que tan bien trata Hesse en sus personajes infantiles, aconsejaría dejar un poco más tranquila a la gente menuda de lo que está en la actualidad. Hoy Dickens quizá no podría escribir ya el drama del niño desvalido, pero sí podría escribir en cambio la triste suerte del niño sofisticado. Habría que reunir más a las criaturas entre sí, no excitar tanto su atención hacia las cosas de los mayores; darles gobierno propio, hacerlos depender más de su iniciativa. El adulto más que su director, debería ser su respetuoso asistente.

Por estos motivos pienso que es beneficioso que los niños escriban, que al menos, parte de la literatura que se les destina sea obra de ellos mismos. La mejor expresión del alma infantil no puede ser otra, y ya se sabe todo lo que significa como enseñanza la comunicación espiritual. Un inconveniente grave —hay que reconocerlo— es la cuestión de la autenticidad. En tal sentido, este libro de la pequeña Nora posee inapreciable valor, pues se respira en él una tranquilizadora atmósfera de espontánea frescura. Se advierte bien que no ha sido promovido por los mayores, ni escrito con el fin de deslumbrarlos. Está dedicado, con verdadera intuición, "para los otros niños", y acaso sea una impertinencia que esta nota bibliográfica no haya sido escrita por uno de ellos.

Por lo demás, el requisito de la autenticidad en esta materia goza de una salvaguardia especial. La precocidad en los niños se observa sobre todo en aquellas actividades que suponen un puro juego de la inteligencia, como sucede con la música, el ajedrez o la matemática; esto es, cuando se trata, como diría Poe, más de una función en la que interviene el mero cálculo que de una en la que actúa el análisis. De manera que las proyecciones de esa inteligencia, su intervención en la realidad concreta, ya sea para obrar sobre ésta, ya para interpretarla, no son campo propicio para el fruto temprano. En realidad, seríamos más exactos si dijéramos que se trata de otro género de precocidad que el corriente. Tomemos el caso de la literatura: no hay un Mozart, un Capablanca o un Pascal de la novela. Capablanca vencía a buenos jugadores de Ajedrez a los pocos años y teniendo once fué campeón de Cuba; se cotejaba con adultos y observaba las mismas reglas de juego que éstos. En cambio, habría que descartar la posibilidad más remota de que un niño escritor de esa edad pudiera compararse con Martí. Esta notoria diferencia resulta significativa. Parece indicar que en las actividades de tipo abstracto la precocidad del niño consiste en expresarse en el nivel del hombre. Por el contrario, en las de tipo concreto la precocidad consistiría en expresarse en su propio nivel, no como lo haría un grande, sino como lo haría un niño. Es decir, no se trata de que la literatura sea un medio de expresión inaccesible a los niños, sino se expresan en literatura de otra manera que los grandes. En esta circunstancia, la autenticidad tiene acaso su mejor garantía.

De cualquier forma, éste es el caso. Mundo de Hadas deja en el ánimo la convicción de que si los niños supieran escribir, escribirían así. La edición ha sido objeto sólo de correcciones ortográficas.

ARTURO SÁNCHEZ RIVA

POPOL VUH. LAS ANTIGUAS HISTORIAS DEL QUICHÉ. Traducción de Adrián Recinos. México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

Muchas son las causas que pueden explicar el escaso prestigio que la arqueología americana ha logrado en el gran público y la indiferencia con que habitualmente se considera ese pasado prehispánico. Falta aún la novela o el poema que otorgue a las viejas culturas una validez humana y literaria, mejor dicho, que se las exponga como hechos de hombres, capaces de un tratamiento artístico. Los grandes templos, los elaborados sistemas descubiertos para medir el tiempo y recordarlo, la mitología que conocemos de esos pueblos, la cerámica y sus otros numerosísimos hechos son rigurosamente comparados con la exactitud, el arte, la complejidad de los análogos elementos de las culturas clásicas del Viejo Mundo. Schlieman dando una certeza al poema homérico, Wooley probando la veracidad del bíblico diluvio, parecen negar toda posibilidad de prestigio a la arqueología de América. Pasado el asombro, que siempre está denunciando un desdén anterior, el Mediterráneo triunfa sobre lo americano. Y no es ésta una queja obligada por este nuevo nacionalismo de carácter continental, tan al gusto de la época. Se trata tan sólo de la constatación de una realidad. La razón del triunfo tal vez resida, en última instancia, en que los libros, los grandes libros de la humanidad se han escrito a la par que se construían los monumentos, se refieren o explican los hechos de los hombres que domesticaron el caballo, la vid y el olivo. Los mármoles, la ornamentación de un vaso, las Pirámides, el Pórtico de los Leones, las pinturas de Knosos tienen un texto, un epígrafe, una tradición que los prolonga hasta nuestros días, o un testimonio literario que lo incorpora vivamente a la cultura, a nuestra cultura.

Esta falta del testimonio literario es la mayor imposibilidad de las culturas del nuevo continente. Lo que debió ser vivo y tradicional en los pueblos, el conocimiento que perpetuaban los cantos de areitos y mitotes, el arte sacerdotal y secreto de los jeroglíficos sufrió la brutal interrupción de la Conquista. Ahora sólo nos quedan fragmentos de aquella riqueza perdida que integraba plenamente el complejo mecanismo de las civilizaciones. Todo lo que proporcionaba vida a los restos materiales que han vencido al tiempo, lo que puede explicar el silencioso recato del indio, las ceremonias extrañas que no interpretamos plenamente, se procura recuperar en un trabajo paciente, minucioso, pleno de erudiciones pero alentado por una pasión que a veces no disciernen los mismos investigadores.

Tenemos, sin embargo, algunos preciosos testimonios literarios que nos pueden proporcionar idea vagorosa de aquella vida que el arte plástico no alcanza a manifestarnos o que nosotros, occidentales, no alcanzamos a interpretar en todo su valor. Aquellas culturas, a punto de lograr la escritura cuando se produce el cataclismo, pudieron proporcionarnos, sin embargo, durante los primeros cincuenta años de la conquista española algunos textos, sometiendo su fonética a los signos gráficos que les proporcionara el conquistador. De esta primera época, cuando aún el cristianismo no había confundido el viejo fondo tradicional, cuando los valores impuestos por el blanco no llegaban a ser una costumbre y se debatían con los antiguos sistemas, Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.anira.com.ar

101

datan los más valiosos testimonios de esta naturaleza. Justo es decirlo, es a veces la curiosidad de los mismos españoles la que nos ha conservado, intuyendo cabalmente sus valores, textos de himnos, mitos, discursos y todo el
rico repertorio que Sahagún supo atesorar en la propia lengua de sus informantes. Pero de todos los textos primitivos, sin duda alguna el más importante es el Popol Vuh, que en nueva versión castellana de Adrián Recinos
nos proporciona el Fondo de Cultura Económica, iniciando con este volúmen

la monumental Biblioteca Americana que se propone.

Escrito en idioma quiché, valiéndose su autor de la grafía española, ha dado lugar a que los eruditos discutan, en primera instancia, sobre si se trata de una transcripción o interpretación de pinturas mayas o simplemente de una recopilación de tradiciones orales. Ya sea éste o aquél su origen, resulta el libro un testimonio definitivo e íntimo de una agrupación de gentes, que nos proporçiona el modo de su expresión, la violencia de su sintaxis, la lógica peculiar de sus figuras, la iteración enfática y oratoria de sus apelativos. "Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo. Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques: sólo el cielo existía." Así se inicia este Génesis americano. Y los dioses dieron origen a las cosas del mundo maya, creando luego al hombre. Son dioses que se equivocan, que rehacen pacientemente su obra. "Cuando el Creador y el Formador vieron que no era posible que hablaran, se dijeron entre sí: -No ha sido posible que ellos digan nuestro nombre, el de nosotros, sus creadores y formadores. Esto no está bien, dijeron entre sí los Progenitores." Crean al hombre y lo destruyen repetidas veces, hasta que forman su carne con el maíz. Entre las creaciones se intercala el relato de las aventuras de los héroes, los muchachos Hunahpú e Ixbalanqué, que dialogan con los animales y vencen como Hércules, insidias y acechanzas. La etnografía se complace en descubrir en sus páginas el inventario de la cultura, el recuerdo de las migraciones de las tribus, que siguieron el curso de los ríos buscando el lugar propicio, recordando las tierras y los hombres que dejaban atrás, en el Yucatán, cuidando el milagro del fuego, variando la lengua y el nombre de sus dioses. Es también la historia del dios Tohil que no accede a la seducción de las doncellas, hijas de los señores, porque a "Tohil no se le antojaron las dos doncellas." El libro, contiene una infinita posibilidad que supera las especializaciones.

Luego del primer intento del P. Ximénez, descubridor del texto quiché, que procuró una traducción literal y fiel a la expresión indígena, y por lo mismo frecuentemente hermética, los resultados más notorios conseguidos en esta tarea corresponden a Brasseur de Bourbourg y a Reynaud, que trasladaron este texto al francés. La traducción de Seeler, profundo conocer del tema, aun permanece inédita. Es evidente que la mayor preocupación de Adrián Recinos —que en su extenso y prolijo prólogo se muestra respetuoso de los anteriores esfuerzos— ha sido la de proporcionar al lector un texto inteligible y claro, reduciéndolo, dentro de normas discretas, a nuestra sintaxis y con-

cepto de la claridad. Se deben también a Recinos las abundantes notas que ilustran el texto proporcionando al lector una suficiente ayuda.

El libro ha sido correctamente presentado; se complementa con índices analíticos y un mapa de la región maya-quiché que resulta indispensable.

ALBERTO MARIO SALAS

FRANK HARRIS: "EL HOMBRE SHAKESPEARE y su vida trágica"

Traducción de Luis Echavarri – Editorial Losada.

A veces la biografía de los dioses, de los héroes y de los sabios es ignorada como la biografía de un rinoceronte en la selva. Algunas vidas se pierden. El laberinto está en cada instante que ha transcurrido. El pasado tiene tanta distancia y tanta oscuridad como el futuro. Una vida pasada suele ser tan inalcanzable como aquella que aún no tiene signo, estrella, ni destino. El biógrafo o el crítico, cuando proyectan una vida, suelen ser magos sin magia.

Si Goethe, Carlyle, Coleridge, Tolstoy, Hallam, Wordsworth, y acaso también Swinburne, Matthew Arnold y Browning, y quizás Ben Jonson, — abandonando sus cielos o sus infiernos—, fueran invitados a pasar un week end a la tierra para conquistar el verdadero país Shakespeare, llegarían al condado de Warwick, mirarían a la ciudad de Stratford, y con ojos muy distantes contemplarían las casas de Henley Street, y por muy grandes que fueran sus ojos y luminosas sus celestiales o infernales linternas, seguirían en la misma oscuridad. Una vez llegados al parque de Sir Tomas Lucy de Charlecot nada hallarían. No obstante llegarían a otros lugares. Y llegar, llegar, sería su nuevo destino. En el Obispado de Worcester ocurriría igualmente. En tanto la caravana entre cosas inciertas exclamaría:

-Para salvar nuestro cielo o nuestro infierno partamos al país Shakespeare, a Shakespeare.

Por cierto que sería difícil reconocerle como hombre entre una multitud de rostros. Pero también sería difícil descubrir a Chaucer en su mundo de Cantorbery, a Dickens en el del "Hada Pickwick", o a Chesterton en su mundo de duelos infinitos, de Domingo, de Adam Smith, o de Notting Hill. Difícil porque cada creación es una pregunta. La creación acontece como redención o como pecado. En esta diferencia pueden ser hallados Chaucer, Dickens, Chesterton.

Entonces la caravana detenida en un bosque, donde los árboles fueran de espejos, elegiría sus ángulos. Sus linternas —algunas con la luz del infierno conocerían las cosas en una sola dimensión, otras de luz angélica y conocer bidimensional— registrarían aquel bosque de azogue. Todos tendrían los ojos y las luces muy despiertos. Habría muchos árboles, tantos como héroes, algunos entrelazados, tejiéndose, y el cielo seguiría siendo el mismo. Sin duda, cada hombre de la caravana se reflejaría en el árbol donde se detuviera, cada luz se estrecharía entre sí y cada hombre creería ver en cada imagen a su Shakespeare y en cada Shakespeare a sí mismo. Cambiarían de lugar y, nuevas distancias crearían nuevas imágenes: pero la caravana no enloquecería aunque se viera multiplicada y ninguna linterna habría de olvidarse aunque con-

fundiera su luz. Y esos hombres en un week end de la eternidad, no habrían hallado nada... Sólo alternarían sus rostros y sus luces en aquel infinito país, cuya magia era ser cada hombre en cada una de sus risas y en cada uno de sus llantos. No obstante dirían cosas inteligentes y retornarían luego a sus cielos y a sus infiernos. En tanto, los hombres de la tierra seguirían interrogando los enigmas, sin adivinar el pasado.

Es tan oscura la vida de Lao Tsé, como la de Confucio o la de Shakespeare. Los amores de un indio de la Polinesia son tan inalcanzables como el álbum de pensamientos de una esponja del Pacífico. La ternura de un oso polar, tan desconocida como la melancolía del camello que atravesará el Sahara el lunes próximo. Sin embargo, aun se persiste en encontrar la luz de la oscuridad. La oscuridad tiene sortilegio y los milagros perduran.

Frank Harris pertenece a los buscadores de luces en la sombra; pero no ha advertido que buscar a Shakespeare es buscar en el bosque de los espejos. Su Shakespeare, puramente personal, aparece proyectado desde estas notas periodísticas, desde la vacilación de Hamlet hasta la locura de Lear y la desesperación de Timon. No aportan ninguna novedad de juicio. Quieren demostrar que Shakespeare es cada uno de sus héroes. Ningún héroe oculta a su creador, más bien lo revela. Es en síntesis un Shakespeare-Hamlet. El héroe ha creado a Shakespeare, y Hamlet no agotará a Shakespeare. Shakespeare tampoco agotará a Hamlet. El plan de Harris es una constante relación entre las supuestas grandes circunstancias de la vida de Shakespeare, con la de sus personajes. Para Frank Harris todos son uno. Aquel Hamlet, que para Goêthe era "el incomparable" y, en donde Coleridge vió "una actividad intelectual grande, casi enorme, y una aversión proporcionada a la acción real consiguiente", y que en Dowden era "el hijo meditativo", es para Harris el más cercano Shakespeare. En el terreno de las suposiciones es aceptable. Es aceptable que Hamlet sea Shakespeare, que Macbeth sea también Hamlet, pero no es recomendable. Harris afirma superficialmente: "Hamlet está descrito en el primer acto de Macbeth, con más claridad que en el primer acto de Hamlet". Luego considera a Macbeth y a Hamlet como expresión de la literatura de Shakespeare y como los líricos por excelencia: "Desde el comienzo hasta el final del drama, Hamlet es un gran poeta lírico" y dirá luego "Macbeth posee ese mismo don". Pero no es muy difícil encontrar continuamente poetas líricos en muchos de los dramas. Además, ¿por qué necesariamente Macbeth tiene que ser Hamlet? ¿Por qué ha de buscar Harris, palabras que pudo haber pronunciado Hamlet, si hubiera sido Macbeth, o que hubiera dicho Macbeth si hubiera sido Hamlet. Esta búsqueda no resuelve nada. Si bien Hamlet puede ser el más cercano a Shakespeare, es preciso no olvidar que estamos frente a una sustancia donde Hamlet no es más que Hamlet, y Macbeth no es otro que Macbeth. Harris busca a Shakespeare en la persistencia de tal o cual imagen, en tristezas comunes, en saludos pasajeros o encuentros accidentales. Dirá Harris: "Pintó su propio retrato en todos los períodos críticos de su vida; como joven sensual entregado por completo al amor y a la poesía, en Romeo; pocos años después como un espectador melancólico del drama de la vida, en Jacobo; en la edad madura como el filósofo apasionado, triste y esteta de la índole más bondadosa, en Hamlet y Macbeth; como el duque caprichoso o incapaz de severidad en Measure for Measure y, ya

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

20

a la sombra de la muerte, como Póstumo, una reproducción idealizada, aunque más débil, de Hamlet". Todo muy sugestivo, todo muy relativo y todo desde el inseguro suelo de las posibilidades. ¿No es acaso arbitrario el capítulo que dedica a Falstaff como exponente del humorismo de Shakespeare? Falstaff está tan lejos del humorismo como las estrellas de las manos de los hombres. Luego según Harris simbolizarán la acción: El Bastardo, Arturo, Ricardo II, Hotspur, Enrique V, Enrique VI, y Ricardo III, los que por desplegar acción para Harris, no son precisamente Shakespeare. ¿Y qué alega? Dirá: "Son arquetipos tomados de la fábula, de la leyenda, y no de la imaginación". Pero ¿basta pertenecer a la fábula, a la historia o a la leyenda para no ser una creación? Y además, ¿cómo puede saber Frank Harris que Shakespeare carecía de acción? O bien ¿por qué tendrán que ser forzosamente "estrafalarios y contradictorios" los rasgos de la crueldad de Ricardo II? En cambio no será estrafalario ni contradictorio cuando se "dibuja en la nobleza y la amabilidad", porque ahí puede encontrar a su supuesto Shakespeare.

Este libro, en la ajustada versión castellana de Luis Echavarri, quizá despierte cierto interés, sobre todo en quienes ignoran a Shakespeare. Libro de concepción y estructura periodística, tiene ya un sabor antiguo, aunque sea de este siglo. El juicio envejece más pronto en el periodismo que en la literatura. No obstante "El hombre Shakespeare y su vida trágica" es una buena receta arbitraria para hablar de Shakespeare. Vivirá unos años y tal vez muchos. Representa este comentario la urgencia de hablar sin conocer, para aquel público que busca los ángulos arbitrarios, porque suelen ser los más accesibles y transitables.

MARTA MOSQUERA .EASTMAN



NA ESTÁ SU BAÑO, SEÑOR!

Con el tanque eléctrico, en seguida, a cualquier hora del dia o de la noche, Ud. dispone de un saludable baño caliente... En cuanto abre la canilla, el agua brota abundante y a la temperatura deseada!...

El tanque eléctrico ahorra tiempo. Es cómodo, limpio y seguro... En nuestras Exposiciones puede usted adquirirlo en cuotas mensuales.



AV. PTE. ROQUE SAENZ PEÑA 812 - T. A. 34, DEFENSA 6001
Y SUCURSALES EN CAPITAL Y PROVINCIA

LOS ANALES DE BUENOS AIRES

Condiciones de Suscripción:

ANUAL \$ 12 PROTECTOR \$ 25

Dirección y Administración

Avenida ROQUE SAENZ PEÑA 1119 — BUENOS AIRES — T. A. 35, LIBERTAD 8512





NOMARIX

contenidos todos los datos sobre actividades y conocimientos humanos indispensables a la cultura integral del hombre moderno,

Y completamente al dia con datos posteriores a la última Gran Guerra, con biografías de los hombres de más figuración en los últimos años, descripciones de los más modernos descubrimientos científicos, actualización de los conocimientos sobre todas las remae del eaber, mapas y cartas marinas, etc.

U con un regio mueble desarmable, de fina madera lustrada, diseñado para armonizar con cualquier ambiente hogareño o de oficina. y el cual constituye un adorno de gran categoría y distinción.

Si Vd. desea recibir un folleto explicativo, envienos el cupón adjunto, que gustosamente se lo remitiremos libre de todo gasto.

DICCIONARIO **ENCICLOPEDICO** SALVAT

SIG	Salv

Distribuider Antonio Muñoz. Sirvanse remitirme un folleto explicativo del DICCIONARIO ENCICLOPEDICO SALVAT

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

